19

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

19
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

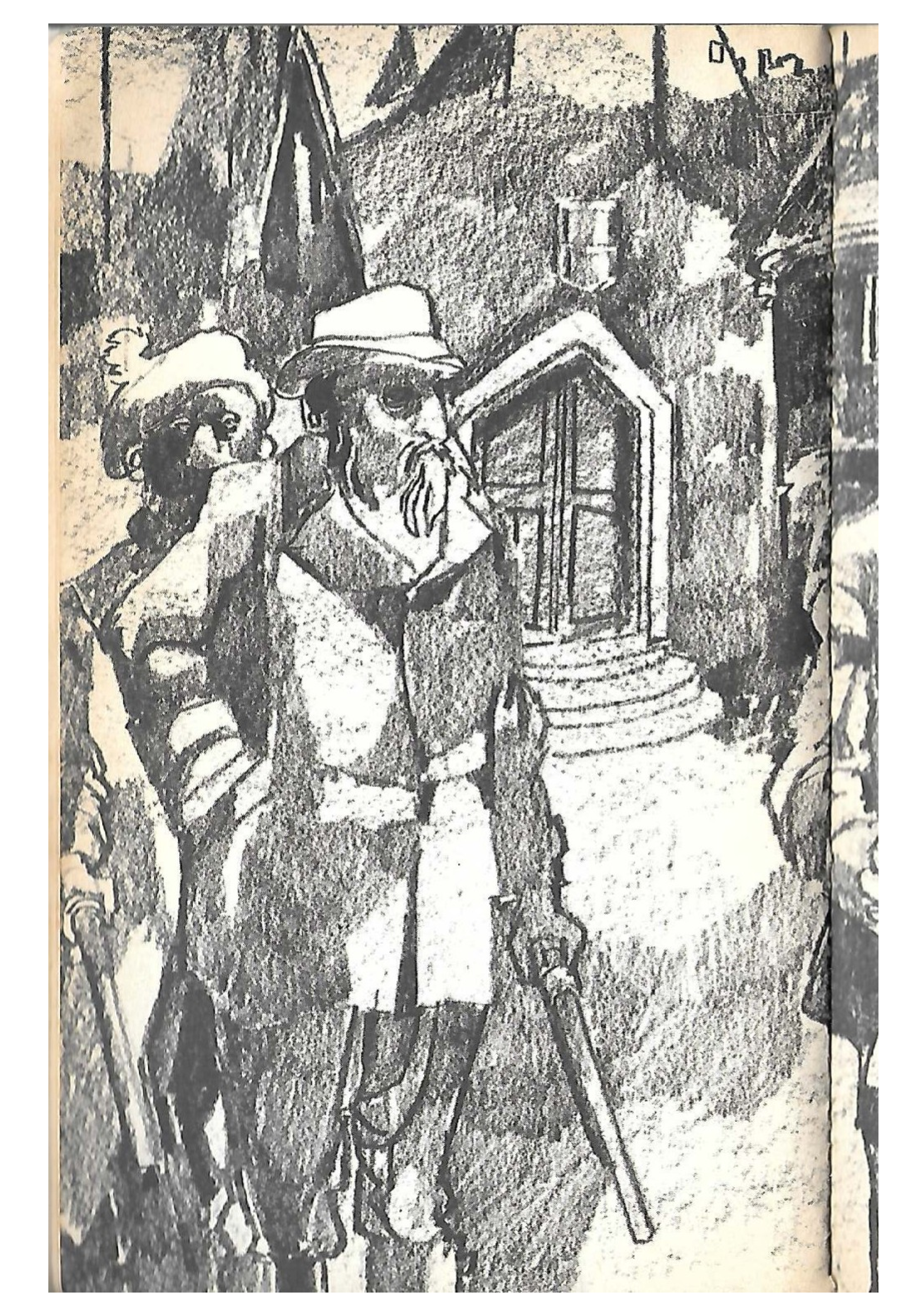
Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 28.809-1981.
ISBN: 84-85609-97-2.

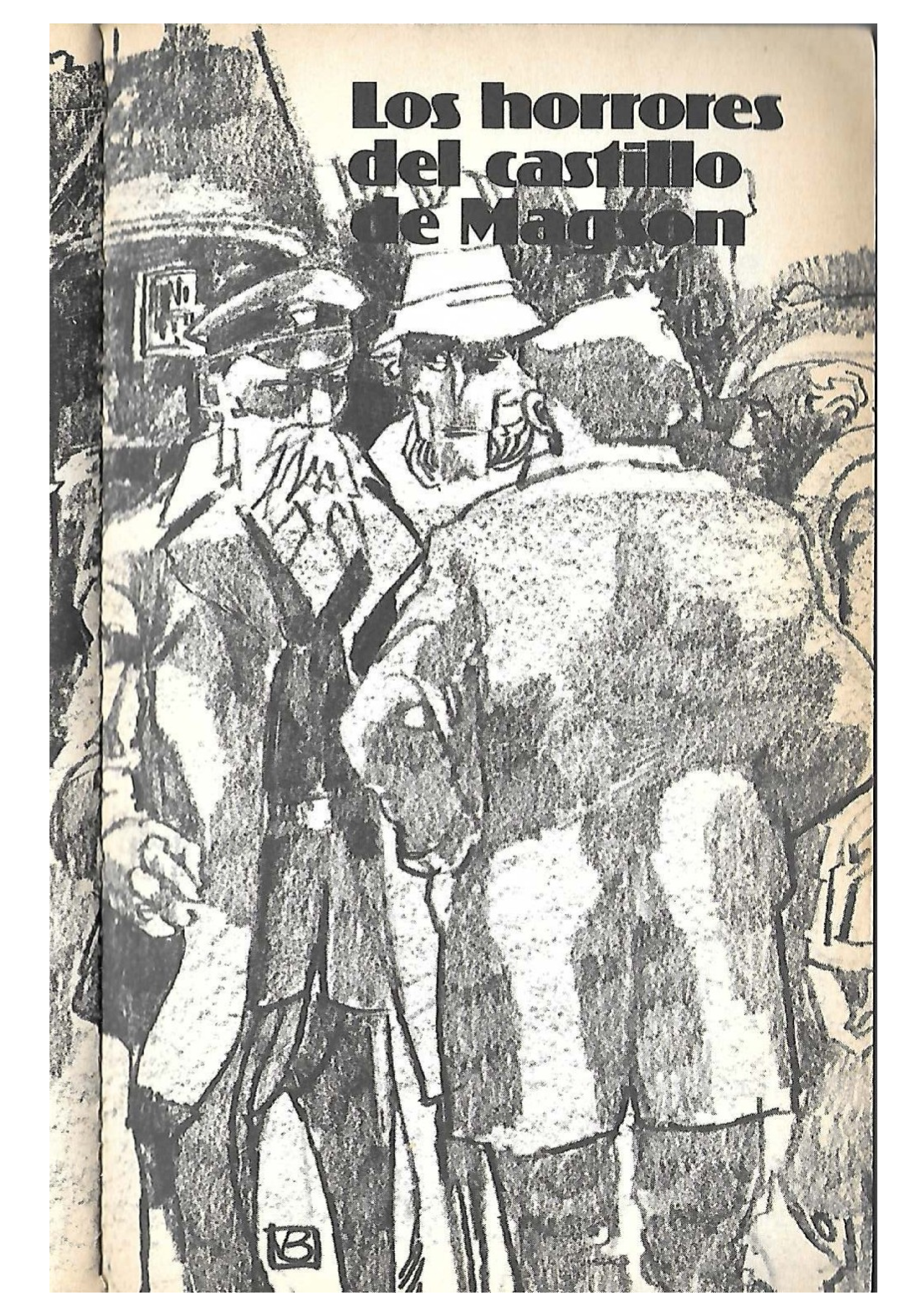
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO



Los horrores del castillo de Magson



Los horrores del castillo de Magson

Carlos Sainz Cidoncha

«Quedó sola y entonces buscó galán que le calentara su cama. Pero el galán tenía cuernos y rabo y unas grandes alas de murciélago en la espalda».

De una leyenda de los Highlands



CIERTAMENTE, ahora que todo ha pasado y que sólo mi amigo Patterson y yo sabemos lo que en realidad ocurrió en aquellos días de locura, no puedo ni siquiera imaginar mi estado de ánimo anterior a los hechos, mi estado de ánimo en los días en que Magson me parecía un pueblo aburrido y todo mi ser ansiaba acción y aventura.

En realidad ni yo mismo puedo ahora desmentir el hecho de que Magson, el pequeño pueblo perdido en los verdes y montañosos Highlands, fuera un lugar apacible y ajeno a las conmociones de todo tipo que sacudían en el mundo. Hasta que «la cosa» se manifestó, y entonces yo mismo tuve ocasión de tener toda la acción y toda la aventura que deseaba. Y mucha más acción y aventura de la que nunca pudiera haber deseado. Verdaderamente mucha más.

Desde entonces amo la apacibilidad. Desde que he comprobado con todo mi ser y mi consciencia los horrores que pueden brotar súbitamente en un mundo que pensamos sensato y suponemos sujeto a unas leyes descubiertas y medidas por el hombre... desde entonces prefiero la apacibilidad.

Mas debo comenzar por presentarme. Mi nombre es Carson, Philip Carson, nacido en uno de los barrios más tradicionales y respetables del viejo Londres. Y alguno de mis mejores amigos quizás añadirían a mi nombre la palabra «escritor». Pensando precisamente en escribir un libro fue como llegué al pueblo escocés de Magson, una localidad perdida en las montañas del Norte, allí donde se conservan ciertas leyendas y tradiciones que eran ya viejas cuando Guillermo el Conquistador puso su pie en las suaves playas de la Gran Bretaña. Quise recoger todo aquel material en la que confiaba sería mi obra maestra y para ello logré utilizar mi título de periodista para entrar en el orgulloso local, nada menos que un periódico propio de Magson, cuyo nombre llevaba, para que no hubiera lugar a ninguna duda, el «Magson Observer».

Se trataba en realidad del capricho de un excéntrico local, un tal Mr. Dillingham, enamorado del pueblo que le vio nacer y que había ideado lo del periódico para darle el honor y la fama que a su juicio merecía, gastando sus buenas libras en el proyecto. A las órdenes de Mr. Dillingham trabajábamos el viejo cajista, escocés de pura cepa, apellidado nada menos que McGregor, y yo mismo, redactor jefe y reportero en una pieza. El sueldo convenía a mi subsistencia y el trabajo dejaba libre el tiempo que necesitaba para escribir el original de mi libro.

Samuel Patterson era el jefe de policía local, con el que pronto simpaticé. En broma me prometía siempre avisarme en el caso de que algún crimen ocurriera en Magson y sus proximidades, dándome así ocasión de adornar el «Magson Observer» con un artículo sensacionalista. ¿Quién, por todos los diablos, hubiera llegado a pensar...?

Pero de nuevo me anticipo a los acontecimientos. En la época a que me refiero no había crimen ni posibilidad de él en muchas leguas a la redonda. ¿Quién hubiera pensado en quitar la vida al prójimo bajo el luminoso cielo de la vieja Escocia? Todo el trabajo de

Patterson se reducía a poner paz en alguna pelea a puñetazos entre granjeros, encerrar por una noche a algún bala perdida local demasiado sensible a los efectos del whisky... quizá vigilar el paso de algún vagabundo, uno de esos simpáticos y amables vagabundos británicos cuya idea de la propiedad privada suele ser bastante peculiar y acomodaticia... Por eso la idea de un crimen no podía dar lugar sino a bromas y a amistosos brindis en la taberna del pueblo, llamada ostentosamente «El Dragón Dorado».

Nadie podrá reprocharme, pues, que al principio no tomara en serio lo que Patterson me comunicó, muy excitado, a través del viejo teléfono local, en la mañana de uno de aquello tranquilos días.

—¡Phil! ¿Eres tú? Prepárate, tengo un crimen para ti.

—¿Sí? —fingí asombrarme—. ¿Al fin te has decidido a liquidar a tu mujer?

Pero la voz que salía del auricular era demasiado seria.

—Esta vez no te hablo en broma, Phil. Te espero a la salida del pueblo, si es que quieres venir conmigo. Han matado a «laird» Campbell.

¡«Laird» Campell! En un segundo dejé de considerar aquello como una broma. Patterson no bromearía acerca de «laird» Campbell, como tampoco lo haría ningún habitante de Magson.

«Laird» Campbell era la celebridad de la región. Un gran noble escocés, perteneciente a uno de los más viejos clanes y poseedor de grandes, aunque indeterminadas riquezas. Habitaba en el viejo castillo de sus antepasados, con su esposa y seis servidores, y todas las tierras del pueblo al río eran de su propiedad. Raro era en el pueblo quien no había prestado servicio en una u otra ocasión al viejo aristócrata. «Laird» Campbell... muerto. Aquello causaría sensación en todo el Highland.

Me di cuenta de que conservaba en la mano un auricular silencioso. Patterson había colgado, y yo estaba a punto de dejar pasar el reportaje de mi vida.

Agarré al paso mi cámara fotográfica y salí a toda prisa hacia el lugar donde mi amigo me había citado.

Si he visto alguna vez en mi vida un rostro sombrío, éste era el de Patterson aquella mañana. Antes de que llegara a su altura empezó a andar por el camino que llevaba al castillo, por lo que hube de apretar el paso para alcanzarle.

—¿Quién ha sido? —fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

Patterson me dirigió una mirada extraña.

—Eso es lo que tengo que averiguar. Escucha, Phil, esto es algo que jamás, jamás, había ocurrido por estas tierras, y que nadie tenía la menor sospecha de que iba a ocurrir. Se trata, al parecer, de un crimen ritual.

—¿Un crimen ritual?

En mi mente se formó la imagen desagradable de un sujeto barbudo y de ojos brillantes, rodeado de un grupo de muchachas jóvenes armadas con cuchillos y navajas. Horror y muerte sobre un pacífico «chalet»... allá en América, al otro lado del mar.

—Eso es lo que parece, según me ha contado el granjero Dewitt... y temblaba mientras me lo describía. Escúchame, Phil, han matado al «laird» y a sus seis criados en unas circunstancias que... —y se interrumpió como si no se atreviese a seguir.

—¿Y «lady» Campbell? —pregunté impresionado.

—Escapó a la matanza, no se sabe cómo. Pero ha enloquecido y no puede decir nada sensato, si lo que me dijo Dewitt es cierto. Lo que presenció la volvió completamente loca.

Los verdes campos a nuestro alrededor lucían aún con el rocío matutino y los pájaros gorjeaban alegremente sobre los árboles. Aquella historia de horrores y sangre parecía lejana, completamente ajena a la realidad. Y sin embargo...

—Escucha, Sam —me dirigí a mi amigo con inquietud—, ¿quieres decir que una pandilla de fanáticos asesinos anda suelta por aquí, dispuesta a caer sobre cualquiera de nosotros?

Patterson hizo un rápido gesto y me mostró la culata del revólver que sobresalía de su cinto.

—No voy desprevenido —gruñó—. Esos fanáticos asesinos harán bien en no acercarse a nosotros. Después de lo que han hecho no dudarían en meter a cada uno una bala en la cabeza.

—Pero, ¿y el pueblo? ¿Y los granjeros?

Patterson continuó su marcha, inexorable como una fuerza de la naturaleza.

—McDougal habrá avisado ya a todos los del pueblo. Los granjeros ya saben lo sucedido y habrán tomado sus medidas. Los «highlanders» son un pueblo tranquilo, pero de ninguna manera blando. Si una banda de extranjeros ha acampado por aquí cerca, no te quepa duda de que no tardarán en ser descubiertos, y que el diablo se apiade de sus malditas almas, si no soy yo quien los descubre.

No pude menos de asentir para mí mismo. Conocía a los granjeros de la región y también conocía cómo todos apreciaban al «laird».

Ya el castillo se alzaba ante nosotros, enorme y oscuro en el flanco de la montaña. Las torres se destacaban contra el cielo como ciclópeos centinelas que defendieran a los dueños de la mansión, centinelas que no habían sido capaces, sin embargo, de detener a la Muerte cuando ésta llamó en el gran portón.

Al contemplar la antigua fortaleza algo que no era el fresco aire de la mañana me provocó un escalofrío. A mi mente acudieron las estrofas del viejo poema:

«A media asta flamean las banderas
del castillo, en que el «laird» ha muerto ayer...»

Pero el «laird» señor de la fortaleza no había caído en una guerra noble, marchando al frente de los clanes al son de gaitas y cornamusas. No, había perecido asaltado en su propia morada por una turba de asesinos ignorados, quizá sin poder intentar un gesto de defensa, acorralado tal vez entre las viejas armaduras de otras épocas cuyas armas no tuvo tiempo de esgrimir.

El rápido paso de Patterson, que yo seguía a duras penas, nos condujo directamente al portón, una de cuyas hojas estaba abierta. Ante él había un grupo de ceñudos granjeros, armados de escopetas y algunas armas blancas. Uno de ellos salió a nuestro encuentro.

—Hola, Bill —saludó Patterson—. ¿Ha entrado alguien en el castillo?

—No desde que Dewitt los descubrió —respondió el granjero—. Ni nadie ha podido salir tampoco.

Las implicaciones de esta última frase lograron erizarme los cabellos. Pero mi amigo se limitó a asentir gravemente.

—Bien, no creo que el asesino o los asesinos hayan quedado dentro, pero nunca se sabe —y empuñó el grueso revólver. Sígueme con dos hombres, Bill, y que el resto vigile todas las salidas.

Nada me había dicho a mí, pero me di por invitado. Cruzamos el portal y después una serie de amplias estancias provistas de muebles sólidos y antiguos. Finalmente, el granjero Bill hizo un gesto.

—Allí.

Patterson dio un paso al frente y luego se detuvo, como paralizado por un invisible fluido.

—Dios mío —susurró.

Al principio no pude darme cuenta de lo que motivaba esta exclamación. Ante mi amigo había algo que a primera vista hubiera podido tomarse por un montón de polvo o basura desparramado por el suelo. Pero cuando advertí de repente que aquel polvo era rojo y me hice una idea de su verdadera naturaleza, mis pies me llevaron hacia atrás en un salto repentino, mientras mi estómago se retorcía horriblemente.

—¿Pero... pero... cómo...? —fue todo lo que logré articular.

Patterson me impuso silencio con un gesto.

—¿Es «laird» Campbell? —preguntó simplemente.

El granjero asintió.

—Era «laird» Campbell —corrigió, sin ironía nin-

guna—. Ahí puede ver usted los restos de su cabeza... con las muelas de oro.

Yo no quise mirar. Tenía suficiente con lo que había visto a la primera ojeada.

—¿Y los sirvientes? —preguntó Patterson. Su voz era ronca y extraña, con una tonalidad que nunca antes le había oído.

—Un poco más allá —Bill parecía el más tranquilo del grupo, aunque tampoco su voz era normal del todo—. Debieron acudir corriendo al oír los gritos... y lo que fuera les agarró uno a uno. Quizás a su muerte debió «lady» Campbell su posibilidad de escapar.

Patterson avanzó hacia la puerta del fondo, seguido por los granjeros. Pero yo no pude imitarles. Retrocedí cada vez más aprisa y al fin di media vuelta y corrí hasta la puerta principal del castillo, hasta la luz y el aire puro del exterior. Los granjeros que habían quedado fuera me miraron con curiosidad y yo permanecí junto a ellos, sin decir una palabra, hasta que Patterson y los demás salieron del edificio. El rostro de mi amigo estaba espantosamente pálido.

—Bien, desde el pueblo he telegrafiado a la capital antes de salir para aquí. No creo que haya nadie oculto en el castillo, ya que tiempo han tenido los asesinos de huir. Dejemos todo como está y vayamos a ver a «lady» Campbell.

—Está en mi granja —dijo Bill—. Las mujeres cuidan de ella, pero la pobre está completamente loca.

—No es para menos —comentó uno de los granjeros que habían entrado en el castillo.

Estuve por completo de acuerdo con él.

Ya Patterson marchaba en cabeza del grupo, acompañado de Bill y seguido por el resto. Rápidamente me puse a su altura.

—Oye Sam —le dije—. ¿Tienes alguna idea...?

—No, no tengo ninguna idea.

Aunque no hubiera querido mencionar aquello (oh, no hubiera querido mencionarlo en todo lo que me restaba de vida), no pude por menos de estallar:

—¿Pero qué gente... con qué armas? ¿Cómo han podido hacer picadillo a siete personas en el curso de una noche... ¡Hacerles literalmente picadillo, uno tras otro...! ¿Cuántos hombres se necesitan para un trabajo como ése?

—No eran hombres —intervino Bill—. Eran fieras.

—O quizás algo todavía peor —dijo otro granjero—. Algo mucho peor.

Pero ya llegábamos a la granja de Bill. El granjero Dewitt había regresado del pueblo, donde fue a avisar a Patterson, y nos aguardaba junto a la puerta.

—¿Cómo van las cosas en el pueblo? —le preguntó Patterson.

—Mal —respondió el granjero—. La gente está asustada, aunque ni siquiera sospecha con lo que tiene que enfrentarse.

—¿Es que tú lo sabes? —se revolvió Patterson, molesto.

Dewitt dio la callada por respuesta.

Cuando penetrábamos en la granja, no pude dejar de interrogar a Patterson acerca de las reticencias de Dewitt, pero mi amigo no pareció darle gran importancia al asunto.

—¡Bah!, estos granjeros están llenos de supersticiones —rezongó— ¡Sabe Dios qué cuentos habrán ya inventado!

Dentro de la granja murmuraban varias mujeres. Una de ellas saludó brevemente a Patterson, indicándole una de las habitaciones.

—Está allí —dijo—. Pero no puede decir nada, sólo delira.

En efecto, la desdichada «lady» Campbell había perdido la razón, de eso no cabía la menor duda. Cuando entramos en la habitación, no nos dirigió ni una mirada. Sus ojos estaban fijos en el muro del fondo y sus labios se movían de vez en cuando, como rezando.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Patterson, acercándose a ella. Las dos mujeres que se hallaban

en la habitación con la demente se encogieron de hombros.

Pero cuando me acerqué a mi vez a ella, advertí que el bisbiseo se limitaba a repetir una pregunta, una y otra vez.

—¿Cuántos escalones quedan? ¡Oh, Dios mío! ¿Cuántos escalones quedan?

Patterson y yo nos miramos perplejos. Mi amigo tomó en su mano el hombro de «lady» Campbell.

—¡Por favor «milady»! —exclamó, suavemente pero con voz firme—. Despierte. ¿No me conoce? Soy Samuel Patterson, el jefe de policía de Magson.

—¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan? —bisbiseó de nuevo la dama.

—¡Por Dios, «lady» Campbell! —alzó la voz Patterson—. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Debe ayudarnos!

—¡Oh, Dios mío! —respondió la infortunada—. ¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?

Exasperado, Patterson hizo girar levemente a «lady» Campbell. El resultado fue atroz, pues la dama desorbitó súbitamente los ojos y gritó con todas sus fuerzas:

—¿¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAN??? ¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAAAAAN??

Las mujeres corrieron a sujetarla, mientras yo me enfrentaba con mi amigo.

—¡Calma Sam! —le grité—. Así no conseguirás nada. Esa mujer ha perdido la razón, y no somos nosotros los más indicados para tratar con ella. Debemos hacer venir a un psiquiatra, a un...

—¡Escucha!

Todos nos volvimos como impulsados por un resorte. Era «lady» Campbell quien había hablado. Ahora su expresión parecía casi normal, si bien levemente intrigada. Inconscientemente todos afinamos el oído, como esperando oír algún ruido imperceptible.

—Escucha —repitió la dama—. ¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose? Parece como si...

Y en aquel mismo momento, para susto de todos los presentes, «lady» Campbell lanzó el alarido más espeluznante que nadie pueda imaginar, retorciendo su rostro en una horrible mueca de espanto. Tras de lo cual se desplomó en brazos de las dos mujeres, desmayada.

—¡Maldición de todos los diablos! —gritó Patterson— Si no salimos de aquí acabaremos todos locos. Organizaremos una batida, no dejaremos rincón de la región por registrar. ¡Esos sádicos asesinos deben ser cazados como bestias salvajes!

Fuera de la casa, todos los granjeros estaban reunidos, con una extraña expresión en los rostros. Sus miradas estaban fijas en el castillo.

Patterson se alejó de ellos con un bufido. Pero yo quise saber algo más acerca de aquellas supersticiones de que mi amigo me hablara.

—¿Cómo creen ustedes que los asesinos lograron entrar en el castillo? —pregunté como al descuido.

Dewitt se volvió hacia mí. Había pánico en sus ojos.

—Nunca entraron en el castillo —murmuró—. Lo que mató al «laird» procedía del mismo castillo.

—Han sido rotas las cadenas que le sujetaban —intervino Bill—. Lo que mató al «laird» abandonará el castillo y seguirá matando.

De nuevo sentí un escalofrío. Aquellos hombres parecían saber muy bien de qué estaban hablando.

—Pero ¿qué es lo que fue? —pregunté una vez más—. En nombre de Dios, díganmelo.

—Era la señora de la comarca —la voz de Bill se oía monocorde, como si algún otro ser hablara por sus labios—. Era rica, bella y poderosa, y todo lo que había a la vista de su castillo la pertenecía.

—¿Pero quién era ella? —pregunté.

Los granjeros no parecieron haberme oído.

—Murió su esposo, el gran «laird» —continuó

Bill—. Un rayo del cielo le fulminó cuando cazaba en la montaña.

—Ella quedó sola y entonces buscó galán que calentara su cama —intervino Dewitt, tan impasible como su compañero.

—Pero el galán al que hizo compartir su lecho tenía cuernos y rabo —continuó un tercer granjero, en el mismo tono de voz—. Y unas grandes alas de murciélago en la espalda.

Sentí el invisible aleteo de algo inmaterial, allá, en la soleada mañana de un día risueño y cálido. La conseja había empezado y cada hombre representaba su papel relatando la parte prevista para él, como en un antiguo rito.

—Aquel que calentaba la cama de ella, le dio junto con el placer, todo el poder que ella ambicionaba —salmodió otro granjero.

—Pero el poder del Bien hubo de derrotar a las fuerzas de las tinieblas.

—Y ella hubo de subir los escalones que conducían a la pira, entre el clamor de las gentes del Highland.

—Mientras la llama consumía su cuerpo, ella echaba espumarajos por la boca, y vociferaba terribles blasfemias y maldiciones.

Hubo una pausa y por un momento creí terminado aquel absurdo y fragmentario relato. Pero fue Dewitt quien le puso punto final, con su último e inquietante fragmento.

—Y en el mismo momento de la muerte, ella habló de esta manera: «No quedará sin venganza esta muerte que me dais. Aquel que acecha en la oscuridad y cuyo nombre teméis, tiene la paciencia de los siglos, y sabe que algún día le será abierto paso hacia el exterior. Y entonces llegarán las noches de terror, pues él os hará rechinar los dientes y temblar con todos los miembros de vuestro cuerpo. Serán noches en las que la muerte cabalgará por esta región del Highland que yo maldigo». Tras de lo cual la llama la abrasó y con la última blasfemia, su alma partió a

reunirse con el amante de los abismos al que antes entregara su cuerpo.

Apagóse la última palabra, y entonces las miradas de todos los granjeros se posaron en mí. Miradas no muy firmes, vacilantes, como si los hombres acabaran de despertar de un mal sueño.

—¿Pero quién era ella? —pregunté nuevamente.

Bill suspiró.

—Los hombres de la llanura no creen en la vieja sabiduría del Highland. Pero nosotros sabemos que ella existió, y que su maldición perduró durante cinco siglos en el castillo hasta que la noche pasada alguien tuvo la osadía de despertarla.

«¿Quién era ella?» La infernal, la maldita «lady» Farlight, que luego sería conocida como la Bruja de Magson.

* * *

Llegaron numerosos policías de la ciudad y se hicieron registros por toda la comarca. Nada se halló, ni campamento de satanistas, ni huellas de que hubiera habido alguno en las proximidades. Se interrogó a los granjeros, que se negaron a cooperar con aquellos «forasteros». Una y otra vez se exploró el castillo, sin encontrar huella alguna que explicara los brutales crímenes. Los médicos forenses se horrorizaron ante el espantoso amasijo de los cadáveres, que parecían triturados por una gigantesca máquina de picar carne. Algo encontraron o hallaron en falta en aquellos montones de materia orgánica, pero ninguno quiso hablar de ello, ni aún en sus informes, quizá por temor a ser tenidos por locos.

Loca por completo estaba «lady» Campbell y ningún psiquiatra pudo sacar la menor conclusión de sus delirios. Hablaba sin cesar de aquellos misteriosos escalones y todo intento por traerla a la razón se resolvía en verdaderas crisis de pánico.

El «Magson Observer» conoció un periodo de inconcebible auge, aumentando sus antes pequeña ti-

rada considerablemente. Se habló del crimen en toda la nación, incluso en el extranjero. Se hicieron mil cábalas y se formularon mil teorías.

Y luego las aguas volvieron a su cauce. Uno tras otro fuéronse retirando los policías forasteros hasta que tan sólo Patterson quedó en el escenario de los hechos. Dióse como resultado de la encuesta el de «asesinados por persona o personas desconocidas» y sin duda la carpeta correspondiente pasó al olvidado archivo de los casos no resueltos. El «Magson Observer» volvió tras aquello a su minúscula tirada habitual.

Pero hubo algo que no volvió a la forma de ser anterior al hecho. En las noches oscuras sin luna, muchos eran los fuegos que brillaban en la montaña. Los granjeros sabían o creían saber que aquello a lo que temían, temía a su vez la luz, y jamás dejaban las granjas huérfanas de iluminación. Hablábase de extrañas presencias que acechaban en la noche, justamente más allá del círculo iluminado por las hogueras, de ruidos misteriosos en la oscuridad y siniestros roces contra las paredes de las viviendas. Nada se materializó, sin embargo, pero no por ello dejaban los granjeros de cuchichear su nerviosismo a todas horas. El nefando nombre de «lady» Farlight se susurraba de boca en boca, sin ánimo de pronunciarlo en voz alta y atraer quizá sobre el imprudente el embate de los tenebrosos seres que la servían.

¡La Bruja de Magson! Un nombre nuevo para mí, que había estudiado las más extrañas leyendas del Highland. ¿Cuántas infelices mujeres no habían sido incineradas como brujas en el curso de la ignorante Edad Media? Algunas de las víctimas, locas de miedo y dolor, habían incluso invocado en su desvarío el nombre de Satán, dando nuevas armas a los perseguidores. ¿Qué podía tener el caso de «lady» Farlight que no tuvieran los cientos de suplicios similares registrados en los anales de la época?

Y, sin embargo, los hombres de la montaña seguían prendiendo sus hogueras en la noche y entre

los habitantes del pueblo corrían extraños rumores.

Así pues, cuando el horror se hizo tangible, quizá Patterson y yo fuimos los más sorprendidos, mientras que para muchos de los habitantes del lugar el estallido no fue completamente inesperado.

* * *

Ocurrió una noche más tenebrosa de lo ordinario, una noche en la que los negros nubarrones habían ocultado la luna y la oscuridad reinaba sobre toda la comarca. Terribles gritos oyéronse en la montaña y después llegaron los hombres, granjeros empavorecidos con antorchas en las manos, golpeando en las puertas y llamando a gritos a Patterson.

—¡Arriba! ¡En la montaña! ¡En la montaña...!

Conseguí salir a la calle cuando ya Patterson discutía con los recién llegados. Lo poco que oí me hizo buscar la escopeta de Mr. Dillingham, una enorme y vieja arma que, cargada con postas, podía destrozar por completo a un ser humano de un solo disparo. Logré su préstamo sin dificultad, pues ni el director del «Magson Observer» ni ninguno de sus conciudadanos se atrevió a salir del pueblo aquella noche.

Patterson y yo recorrimos el ya conocido camino, iluminados por la cambiante luz de las antorchas que nos escoltaban y con el círculo luminoso de la poderosa linterna que mi amigo empuñaba precediéndonos en la oscuridad. Patterson empuñaba su revólver y yo esgrimía la terrible escopeta, mas nada se opuso en nuestro camino.

Al fin encontramos el cuerpo, mejor dicho aquello que había sido un cuerpo. El trasgo desconocido había golpeado una vez más y el desdichado Angus McClancey había sido la víctima.

—Su hoguera se apagó y nadie pudo encenderla de nuevo —explicó Bill con la voz terriblemente alterada —. Cuando le oímos gritar acudimos en su ayuda. Esto fue lo que encontramos.

—¡Ha vuelto al castillo! —gritó otro granjero—.

Ha saciado su sed de sangre y después ha vuelto al castillo.

—¡Pues en el castillo le buscaremos! —exclamó Patterson, furioso—. Si esa bestia asesina se esconde en el castillo, allí deberemos buscarla.

—No de noche —dijo Dewitt, con firmeza—. Las tinieblas son su hogar, sea lo que fuere aquello que nos ataca.

—Ni de noche ni de día —intervino Bill—. Sólo el diablo sabe dónde se oculta la bestia. Yo no subiré a ese castillo a ninguna hora. Puede que la muerte descienda a por mí, pero yo no ascenderé en busca de la muerte.

Todos los granjeros asintieron a sus palabras, incluido el propio Dewitt.

—¿Pero qué es? —pregunté desesperadamente—. ¿Es un animal?

En mi fuero interno sabía que ningún animal sería capaz de matar a una persona de aquel modo.

La voz de Bill temblaba al responderme.

—No sabemos lo que es, pero sí que no es ni hombre ni bestia. No es nada de este mundo, y sin embargo actúa y mata en él. Ha sido conjurado para vengar la muerte de la Bruja de Magson.

—¡Pues acabaremos con él, sea lo que sea! —rugió Patterson—. Subiré al castillo y por Cristo vivo que le haré pedazos.

—No esta noche —repitió Dewitt. Y había tal fuerza en su voz que incluso el poderoso Patterson decidió esperar al amanecer.

Aguardamos pues, entre los chisporroteos de las antorchas y el bramido ígneo de las hogueras incesantemente alimentadas. Los granjeros rezaban.

Finalmente la mañana trajo algo de tranquilidad. Una tras otra se apagaron las hogueras y los granjeros parecieron dominar sus temores nocturnos, si bien ninguno de ellos se ofreció para acompañarnos al castillo. Velaban a lo que había sido su compañero en el momento en que Patterson y yo iniciábamos la marcha hacia el siniestro edificio.

—No encontraremos nada —repetía Patterson, como queriendo convencerse a sí mismo—. Quizá los asesinos han vuelto al lugar de su crimen y han actuado de nuevo, pero su escondite estará en el bosque, y no allá arriba. Ya la vez pasada registramos a fondo el castillo y nada hallamos en él...

Yo no podía obligarme a responderle. Todo mi esfuerzo estaba dedicado a impedir que el cañón de la escopeta temblara. Debía confiar en ella, en el chorro de estruendosa destrucción que brotaría de sus cañones a un simple movimiento de mi índice. Debía confiar en ello...

El castillo había sido cerrado tras el suceso anterior, pero Patterson llevaba consigo la llave. Abrió el portón y entonces nos encontramos con la primera sorpresa.

Alguien había entrado en el primero de los salones después de cerrado el edificio. Negros cortinajes habían sido colocados contra los ventanales, negando el paso a la luz. Con un juramento, Patterson encendió la linterna... y en el mismo instante ambos quedaron helados justo en el umbral del edificio.

Porque, allá dentro, algo se había movido. En las tinieblas a las que no llegaba la luz de la linterna, algo había rebullido y, acto seguido, un seco ruido de piedra contra piedra había brotado de la oscuridad, inconfundible.

Ahora sí que no cabía ninguna duda. No estábamos solos en el castillo del difunto «laird» Campbell. Debíamos estarlo, pero sin embargo no lo estábamos.

Ignoro cuanto tiempo nos mantuvimos paralizados en el umbral de la puerta, mirándonos el uno al otro y aguzando el oído en busca de cualquier otro rumor. Finalmente Patterson me hizo una seña.

—Ha sido en el segundo salón —murmuró—. Vamos.

Antes de ponerme en marcha recogí y encendí una lámpara de petróleo que estaba sobre una mesa. Algo me decía que aquella habría de ser la verdadera protección, y no la escopeta que empuñaba con la

mano derecha. Patterson debió pensar algo por el estilo, pues oprimió el conmutador de la luz eléctrica con que el castillo estaba dotada. Las luces no se encendieron.

—Ciertamente odia la luz —murmuró mi amigo. Y dio toda la potencia posible a su moderna linterna.

El segundo salón también estaba sumido en tinieblas, bien tapadas todas sus ventanas por nuevas cortinas de color negro. Patterson avanzó hacia una adornada chimenea situada en un rincón.

—Es curioso —dijo—. Mira eso.

Cerca de la repisa había un bajorrelieve de piedra, incluyendo dos círculos que sobresalían del fondo. Uno de ellos estaba ligeramente hundido con respecto a su vecino. El otro aparecía cubierto de una extraña materia semilíquida punteada de burbujas irisadas.

Patterson tocó con el dedo aquel fluido misterioso, sin que nada ocurriera. Luego apretó con firmeza, y el círculo se hundió hacia adentro, alcanzando el nivel de su compañero.

No pude evitar un grito. Allá en la pared frontera, un bloque entero de piedra se hundía lentamente con un leve chirrido, dejando tras él un espacio suficiente para permitir la entrada de un hombre.

—¡Cierra eso, Sam! —grité—. ¡Ciérralo, por amor de Dios!

Mi amigo trasteaba febrilmente en los círculos de piedra. Con toda la rapidez de que fui capaz agarré la linterna, que él dejara sobre la repisa y la enfoqué contra el orificio de la pared, pensando mantener con ello a raya a cualquier cosa que pudiera brotar por allí.

Pero el bloque de piedra habíase detenido en su camino, y ahora empezaba a avanzar de nuevo, llenando el orificio. Llegó finalmente al nivel del muro y entonces ambos pudimos escuchar el mismo chasquido de piedra contra piedra que antes oyéramos desde la puerta.

Patterson continuaba hurgando en el motivo ornamental de la chimenea.

—Creo que ya lo tengo —dijo por fin—. Para abrir el pasadizo basta apretar el primer círculo de piedra hacia adentro. Si se desea cerrarlo basta empujarlo un poco lateralmente y él mismo salta hasta su posición primitiva, cerrándose entonces el pasadizo.

Transfirió entonces su atención al segundo círculo, el que estaba algo hundido con respecto a su compañaro. Le apretó en un lado, y el círculo saltó hacia afuera hasta igualarse con su compañero.

—Esta debe ser la solución —dijo Patterson—. Ahora, como ves, aprieto con todas mis fuerzas el primer círculo y no logro hundirlo, ni desde luego abrir el pasadizo. En mi opinión el segundo círculo es una especie de seguro que mantiene cerrado el pasadizo desde fuera. Si se hunde, entonces el pasadizo puede ser abierto desde aquí por medio del primer círculo y, sin duda, desde dentro por algún otro dispositivo similar. Este segundo círculo fue lo que mantuvo sellado al pasadizo durante cinco siglos.

—¿Entonces...? —pregunté, empezando a comprender.

—El difunto «laird» oprimió el segundo círculo sin saberlo, y con ello abrió el camino de... de lo que quiera que estuviera dentro. Quizás incluso penetró en el pasadizo él mismo, tras haber oprimido también el primer círculo, o quizá la salida fue abierta desde dentro. El resultado fue la muerte del «laird» y de sus sirvientes y la locura de «lady» Campbell.

—Luego eso quiere decir —continué su razonamiento— que ahora mismo, al quedar saliente el segundo círculo... la bestia del pasadizo queda encerrada dentro para siempre.

Pero Patterson meneó la cabeza negativamente.

—No basta con eso, Phil —dijo—. Tenemos que destruirla. Su sola existencia representa un espantoso peligro para la Humanidad. Más pronto o más tarde alguien volvería a descubrir el secreto de los círculos

y abriría de nuevo el camino a... «la «cosa». Debemos entrar y destruirla. ¿Estás dispuesto?

Tragué saliva y sentí cómo mi corazón latía fuertemente en el pecho.

—¡Te sigo! —exclamé, asiendo con fuerza la lámpara de petróleo y la escopeta.

—Bien. ¡Atención al pasadizo!

Hundió uno tras otro los dos círculos y la negra boca del pasadizo apareció de nuevo al deslizarse el bloque de piedra hacia atrás, hundiéndose en el muro. Antes de que terminara el movimiento, ambos estábamos frente al orificio, Patterson enfocando la linterna al interior y yo manteniendo en alto la lámpara.

—El mecanismo debe de ser hidráulico, conectado con el río —comentó Patterson—. De otro modo no se habría mantenido en funcionamiento durante cinco siglos.

Yo callaba, pues me interesaba mucho más el habitante del pasadizo que cualquier posible explicación técnica sobre el mismo. El bloque de piedra detuvo al fin su marcha, dejando al descubierto un espacio cúbico de regular tamaño.En el suelo del mismo se abría una trampilla, mostrando el comienzo de una escalera descendente.

—Muy ingenioso —dijo Patterson—, cuando el bloque macizo de piedra está en su puesto, nadie podrá jamás detectar un espacio vacío en la pared, por su mismo grosor. Bueno, vamos abajo.

Hicimos incidir la luz a través de la trampilla, descubriendo una interminable cantidad de peldaños que se hundían hasta las tinieblas. No logramos escuchar ningún ruido procedente de aquellas negras profundidades. Lleno de aprensión, comprobé que todos aquellos peldaños aparecían cubiertos por la misma extraña sustancia que advirtiéramos en el círculo de la chimenea.

—Aquí está el segundo botón de apertura —indicó Patterson señalando a un círculo sobresaliente de la pared e igualmente cubierto de líquido burbujeante—. Si el pasadizo se cerrara, desde aquí po-

dríamos abrirlo... a menos, claro está, que alguien cerrase también el segundo círculo de la chimenea.

La idea no me hizo ninguna gracia, pero no le dije nada. En silencio iniciamos el descenso, descubriendo más y más peldaños a medida que dejábamos atrás los primeros.

—Estamos descendiendo a las profundidades de la tierra —comentó Patterson al cabo de un rato—. Posiblemente este subterráneo sea aún más antiguo que el castillo. Como ves está abierto en la roca viva.

Continuábamos descendiendo, precedidos por el poderoso chorro de luz de la linterna. El líquido que cubría los peldaños no era resbaladizo, afortunadamente, antes bien se adhería un tanto a las suelas de los zapatos. El misterioso habitante de las produnfidades no daba señal alguna de vida, quizás intimidado por la luz de que éramos portadores.

Finalmente, cuando ya había llegado a perder la noción del tiempo que llevábamos descendiendo, la escalera llegó a su fin y ante nosotros apareció una entreabierta puerta metálica, grabada con extraños símbolos.

—Atención —advirtió Patterson, enfocando la linterna.

Extendió la pierna y empujó la puerta con la punta del pie. Sonó un chirrido de protesta y la puerta se abrió del todo, sin que nadie ni nada saltara sobre nosotros desde el otro lado.

Nos hallábamos en un amplio cuarto de forma pentagonal, con dos de los lados cubiertos por sendas puertas (una de ellas aquella por la que habíamos entrado) y los otros tres ocupados por viejas estanterías de libros. El suelo estaba cubierto de curiosos símbolos esotéricos, pentágonos y espirales alternando con círculos y estrellas, todo ello de los más diversos colores.

—Este debe ser el laboratorio de la Bruja —susurró Patterson—. Lo que perseguimos debe hallarse tras esa otra puerta. ¡Preparado!

Apunté simultaneamente con la escopeta y la lin-

terna, mientras él abría súbitamente la puerta. Pero fue grande nuestra sorpresa al comprobar que aquella era sólo la puerta de un armario donde se agolpaban los más extraños trajes rituales, la mayoría muy maltratados por el tiempo.

—¡Diablos! —gruñó Patterson—. ¿En dónde se habrá metido?

—¿Y si pudiera desmaterializarse, —apunté—. No sabemos nada de sus características.

—Si pudiera desmaterializarse ¿crees tú que la puerta de piedra de arriba le hubiera retenido encerrado aquí durante quinientos años? No, la explicación debe ser otra. En esta cámara debe de haber un pasadizo secreto. Busquémoslo.

Dejando la linterna en el suelo, junto con la lámpara de petróleo, empecé a buscar tras las estanterías, quitando uno a uno los libros en demanda de un resorte que nos abriera el deseado camino. Hasta unos minutos después no me di cuenta del contenido de los viejos tomos, y entonces me estremecí.

Algunos de ellos me eran por completo desconocidos, pero otros me recordaban demasiado bien ciertas cosas que había descubierto durante mis investigaciones de las leyendas europeas. No faltaban los «Misterios del Gran Copto», recopilados por Moshe Ben Zachar, ni el sacrílego «Umbral prohibido» del sacerdote excomulgado Fredric Van Der Tablus, ni tampoco el llamado «Clavícula de los Mundos Inferiores», cuyo autor no es conocido ni quizá siquiera humano, de creer a algunos recopiladores posteriores. En el fondo de la última estantería hallé al más espantoso de todos, el temible libro escrito por un loco en los desiertos arenales de Arabia, del que se decía que quien llegara a descifrarlo por completo tendría el poder de desarraigar los cimientos del Universo entero y proclamarse igual a los antiguos dioses. Empecé a comprender lo que aquella diabólica «lady» Farlight había desencadenado desde aquel subterráneo prohibido.

Un chistido me llamó la atención y en el acto me

olvidé de los libros. Con un dedo en los labios, Patterson me indicaba con el revólver la puerta de lo que habíamos tomado por un armario.

Un extraño rumor llegaba del interior, como si los carcomidos trajes y túnicas rituales se hubieran puesto por sí solos en movimiento y batiesen los unos contra los otros, rozándose y golpeándose entre sí.

¡Dios de los cielos! En aquel mismo instante recordé las palabras de la loca: «¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose?». «Lady» Campbel había llegado al lugar donde nos hallábamos nosotros, había escuchado el mismo sonido que llegaba ahora a nuestros oídos y, en el instante siguiente, el espanto le había privado de la razón.

—Es el armario —murmuró Patterson—. El pasadizo debe abrirse a partir de su fondo. Esa peste del infierno está ahora al otro lado de la puerta.

Apenas cesó de hablar, el silencio se hizo también en el interior del armario. Silenciosamente me forcé a avanzar hasta la puerta, mientras tendía a Patterson la escopeta. Mi amigo, tras un momento de duda, enfundó el revólver y apuntó linterna y escopeta hacia la puerta.

—¡Ahora!

De un salvaje tirón abrí la puerta del armario. En el instante siguiente esperé el estruendo del escopetazo, pero éste no llegó. Le sustituyó un rotundo juramento de mi amigo.

—¡Otra vez se nos ha escapado! Pero ahora sabemos dónde encontrarle.

Rápidamente me tendió de nuevo la escopeta, desenfundó su arma y empezó a arrojar fuera del armario los capuchones y túnicas que contenía, hasta dejar al descubierto el fondo. Una breve manipulación y éste se abrió hacia dentro como una puerta que se abre.

—¡Vamos, estamos llegando al final! —exclamó Patterson, lanzándose a través de la abertura, prece-

dido por el rayo de su linterna y el cañón de su revólver.

Le seguí y así fue como nos encontramos en una nueva sala, abierta en roca viva. Montones de objetos heterogéneos recubrían el suelo. La luz de la linterna descubrió un extraño recipiente de madera teñido de siniestro color rojo, un cubo de piedra grabado con símbolos serpentiformes, los huesos y la calavera de un animal pequeño, posiblemente un gato... luego, para mi inquietud, una cuna infantil a la que alguien había quitado parte de la cabecera y casi toda la mitad inferior.

Pero nada vivo aparecía ante nuestra vista.

—¡Rayos, ya me está cansando este juego del escondite! —restalló Patterson, jugueteando nerviosamente con el revólver—. ¿Dónde se ha metido ahora ese maldito ser? ¿Por dónde ha escapado?

Por ninguna parte hubiera podido hacerlo, al parecer. El fondo de la sala era igualmente de roca viva, sin posibilidad de ningún pasadizo ni túnel oculto. Aquel era el final y el extraño morador de las tinieblas se había esfumado...

La mano de Patterson cayó sobre mi brazo, atenazándolo con terrible fuerza.

—¿Qué...? —empecé.

—¡Sssssh! —chistó mi amigo. Su mano se sacudía en temblores espasmódicos.

Me volví hacia él y estuve a punto de gritar, tal era el aspecto de su rostro. Desencajado y palidísimo, con los ojos terriblemente abiertos y la mandíbula temblando incontenible mente. Su respiración era sobresaltada y vi sus nudillos blanquear sobre mi brazo.

No-hables-ni-hagas-ningún-movimiento-brusco —susurró con un murmulló apenas audible—. Vamos hacia la puerta, despacio, muy despacio, muy despacio...

Evidentemente algo terrible le había ocurrido a mi amigo, si bien yo no advertía ningún movimiento hostil a nuestro alrededor. Empecé a moverme len-

tamente hacia la puerta, sin soltar la lámpara de petróleo ni la escopeta.

—Calma, Phil, mucha calma —continuaba el susurro a mi lado—. Y sobre todo no mires hacia el techo.

Aquella insinuación final me puso la carne de gallina. Hubiera salido corriendo con toda la velocidad de mis piernas, pero la garra de Patterson sobre mi brazo ahora me inmovilizaba. El techo... el techo... debía luchar con toda la fuerza de mi voluntad para que mis ojos no se alzaran hacia allí.

Paso a paso, en el recorrido más largo de mi vida, la puerta se fue acercando. Finalmente Patterson salto, arrastrándome con él a través del armario, y luego cerró en lo que pareció un solo movimiento la puerta y el fondo de éste. No quiero recordar el ruido indescriptible que oí o creí oír en aquel mismo momento al otro lado.

Patterson parecía afectado por un ataque de epilepsia. Todo su ser se movía y trepidaba mientras gritaba frases incongruentes.

—¡Oh Dios, Dios, Dios! ¿Por qué permites que tales cosas existan en tu Reino? Esos... esos ojos hambrientos y esos ángulos... ¡Oh, Señor, los ángulos por donde corre la vida...! No, no, no... ¡no! Tales cosas no pueden... no deben... Dios, querido Dios...

Hube de sacudirle fuertemente para que mostrara un mínimo de cordura.

—¿Qué es lo que has visto? ¡Respóndeme, Sam! —de nuevo le sacudí con todas mis fuerzas.

—Ah, Phil —exclamó entonces como si por fin me reconociera—. Eso es... es... no puedo describirlo porque es indescriptible. La abominación última, la blasfemia hecha carne... si es que eso está compuesto de carne...

—Debemos destruirlo —le recordé sus anteriores palabras de allá arriba, en el salón del castillo que ahora aparecía lejanísimo.

—¿Destruirlo? —y Patterson sonrió horriblemente—. ¿Qué arma construida por hombres puede

siquiera dañar a un... un ser como ése. Tan sólo la luz le detiene, por suerte para nosotros.

Recorrió con la mirada la cámara mágica en que nos encontrábamos.

—Es preciso cegar por entero esta cámara y la escalera que lleva al castillo con cemento armado... algo que le entierre aquí para siempre, que le haga inofensivo para el mundo...

De pronto Patterson se interrumpió y un nuevo terror apareció en su mirada.

—¡Phil —exclamó—. ¡La luz!

Sólo entonces me dí cuenta de que la luz había disminuido en la cámara. Inexplicablemente la lámpara de petróleo iba dejando de arder, en tanto que la luminosidad de la linterna se debilitaba.

—¡Dios bendito! —exclamó Patterson—. Es él... es otro poder que tiene... ¡Huyamos de aquí o estamos perdidos!

Pero apenas nos volvimos hacia la puerta metálica de salida, las dos luces se apagaron. Y los dos pudimos oír el formidable crujido de la puerta del armario al saltar en pedazos.

Fue un instante de completa locura, en el que ambos nos lanzamos hacia la puerta, en medio de la oscuridad. Algo se arrolló en mis tobillos y no puede evitar lanzar un grito, un alarido de pánico, hasta que descubrí que el obstáculo no era otra cosa que los vestidos rituales amontonados en el centro de la cámara. Me deshice de ellos fácilmente, escuchando rasgarse la tela podrida y, en el segundo siguiente mis manos tentaban la puerta metálica y podía escuchar el conocido chirrido que me pareció uno de los sonidos más hermosos que jamás oyera.

Luego el frenético escalar, con toda la rapidez que mis piernas me permitían, lanzado hacia arriba por la interminable escalera, sabiendo a Patterson ante mí y a... aquella cosa espantable pisándome los talones. Escaleras arriba, siempre escaleras arriba, en la oscuridad, temiendo en cualquier momento resbalar y caer sobre nuestro espantoso perseguidor, los pies

chasqueando contra el fluido que empapaba los peldaños... arriba, siempre arriba.

¡Cómo comprendí entonces las dementes palabras de «lady» Campbell! «¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?», recuerdos sin duda de su propia huida por aquellas mismas escaleras con la bestia de las tinieblas tras ella. ¿Cuántos escalones quedan?: se preguntaba ahora mi propia mente, luchando contra las oleadas de locura que la asaltaban. ¿Cuántos escalones hasta el mundo de los seres humanos?

De pronto sentí un terrible frío, como un vaho de hielo en los tobillos, algo que me dijo que el monstruo estaba detrás mismo de mí, que en el segundo siguiente me atraparía sin remisión. En un movimiento reflejo, impensado, alcé la escopeta e hice fuego hacia donde suponía que se hallaba mi perseguidor.

El trueno fue ensordecedor en el reducido túnel, en tanto que el terrible fogonazo me deslumbraba, dejando en mis pupilas miles de lucecitas de colores. Nada pude ver allá abajo, pero de un modo indeterminado sentí que había rechazado a la bestia, que ésta retrocedía hacia abajo.

—¡Bien hecho! —aprobó la voz de Patterson, allá arriba—. Los disparos de arma de fuego son inútiles, pero es la luz del fogonazo lo que le ha obligado a retroceder. ¡Pronto, sigue subiendo! No tardará en volver a la carga.

Continué la loca carrera hacia arriba, mientras pugnaba por volver a introducir un cartucho en el cañón descargado de la escopeta. Arriba, corriendo, saltando de peldaño en peldaño... En circunstancias normales tal subida me habría agotado, pero ahora todo mi cuerpo se hallaba galvanizado por el pánico, y las energías musculares parecían infinitas.

Un ruido sordo y reptante me llegó de las profundiades. La bestia avanzaba de nuevo. Apunté hacia abajo y accioné de nuevo el gatillo. ¡Nada se produjo! ¡El monstruo había conseguido neutralizar

aquella nueva fuente de luz del mismo modo que inutilizara las anteriores!

Seguí subiendo, redoblando la velocidad, aunque nunca logré alcanzar a Patterson. Un nuevo pánico aparecía ahora en mi espíritu. ¿Y si por alguna circunstancia el pasadizo había sido cerrado? Sería todo demasiado rápido para darse cuenta. Patterson tropezaría con la piedra y yo tropezaría con Patterson... y en el instante siguiente todo terminaría para nosotros.

Pero la boca del pasadizo estaba abierta. Noté que acababa la escalera cuando mi pie, buscando un nuevo peldaño, halló el vacío y estuvo a punto de caer por tierra. Tanteé la fría pared de piedra del hueco y al momento estuve corriendo por el oscuro salón del castillo.

—¡La puerta! —grité—. ¿Dónde está la puerta?

Y entonces escuché el rugido de Patterson, en el mismo momento en que tropezaba con un mueble y rodaba por el suelo. Mi amigo se había lanzado contra las cortinas, cayendo por tierra envuelto en ellas... ¡y el maravilloso sol del mediodía penetró a raudales en el salón, como una bofetada de luz y calor!

Juro que no sé bien lo que vi. La cosa sea lo que fuere se precipitaba fuera del pasadizo cuando la luz del sol la alcanzó. Hubo un sobrenatural chirrido y luego una tremenda explosión como la de una bomba, que arrasó completamente el salón. Tan rápida fue la desintegración de la criatura infernal que ni tuve tiempo de advertir su forma, aunque mi subconsciente sí lo hizo, y por ello me lanzó al mismo borde de la locura. Un irresistible calor quemó mis pestañas y mis cejas, en tanto que rodaba desesperadamente hacia la ventana que era la única promesa de salvación. La materia incandescente que había sido el subterráneo ser fluía ahora escaleras abajo, y la roca se fundía en lava a su paso, obturando y destruyendo para siempre la escalera interminable y las dos cámaras malditas de allá abajo, con todos sus espantos y los diabólicos libros de una ciencia blasfema y prohibida.

Luego el calor disminuyó de pronto, en tanto que un trueno subterráneo anunciaba el definitivo fin de todo lo que la Bruja de Magson había creado.

Fue mucho después cuando pude hablar a solas con Patterson, después de que muchas heridas físicas y mentales fueran curadas, aunque otras subsistirían tanto como nuestras vidas.

—¿Era entonces eso? —le pregunté—. ¿Era el ser que «lady» Farlight había invocado desde las otras esferas para convertirle en su aliado y su amante?

Pero Patterson negó, cansadamente.

—No, no era aquel ser que los antiguos «highlanders» tomaron por el diablo. Aquel ser desapareció por donde había venido, pero dejó algo de su esencia en nuestro mundo humano.

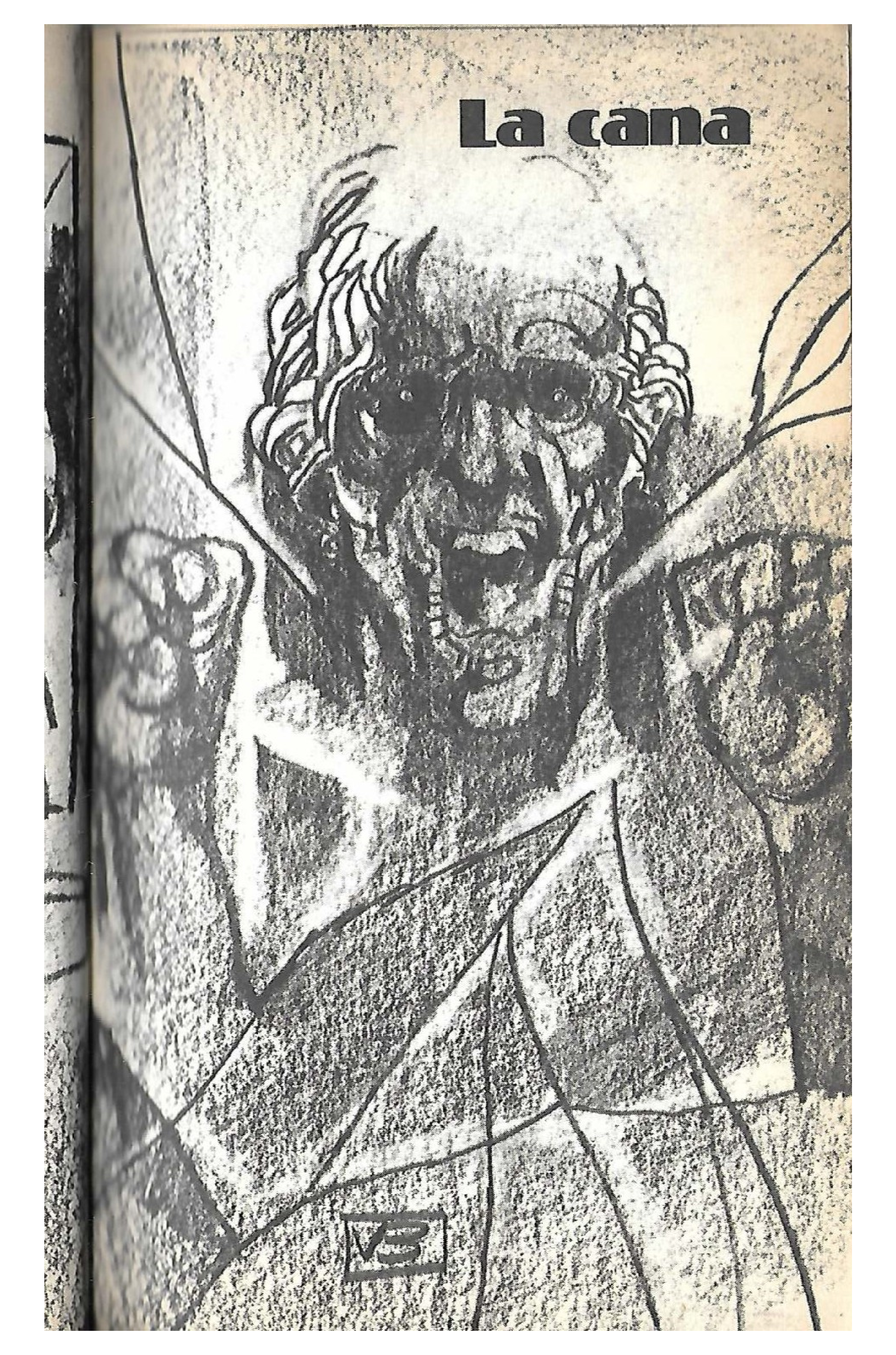
«¿No recuerdas aquella cunita roja, en la segunda cámara de los subterráneos, donde el ser acechaba? Una cuna a la que alguien había deformado para que se adaptara a la deformidad total que debía acoger...»

«No, amigo Phil, el ente con el que combatimos era otra cosa, y parte de su ser era puramente humano. Era el hijo bastardo que «lady» Farlight concibió de su amante infernal, y que aguardó quinientos años junto a la cuna para vengar la ejecución de su madre».





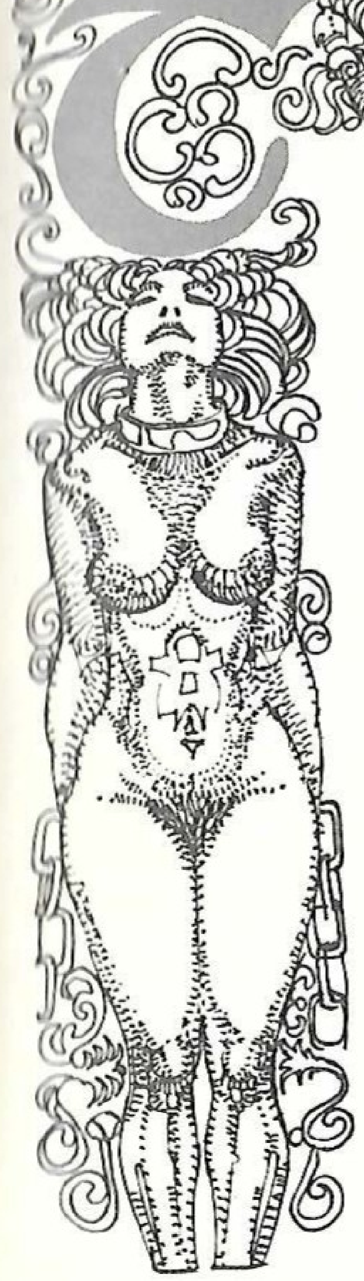
La cana



La cana

Mariano Sanz F. de Córdoba

Se sintió un hombre atractivo, rico, mimado por la vida y por las mujeres, hasta que cierta noche descubrió entre sus cabellos la señal *de que las cosas iban a cambiar para él.*



TODO sucedió demasiado rápidamente. Fue algo tan súbito, inesperado y extraño que mis amigos nunca llegaron a entender lo que había sucedido y la policía tardó mucho tiempo en esclarecer —aunque el caso nunca llegó a ser cerrado— el enigma que había rodeado la muerte de Z. Cuando, diez días después de haber desaparecido del bullicioso mundo que siempre le rodeaba, entraron en su lujoso apartamento forzando la puerta —todos los cerrojos estaban echados y varias sillas apuntalaban la misma— encontraron el cadáver en un estado irreconocible y nauseabundo. El forense dictaminó que había muerto ocho días antes y, sin embargo, su cuerpo estaba enflaquecido y la piel apergaminada; uno de los ojos había saltado de su órbita y el otro se encontraba luchando por hacerlo en el momento en que sobrevino la muerte; su cabeza estaba cubierta por una pelusa blanca y sus dedos —una putrefacta piel recubriendo los huesos— presentaban unas uñas increíblemente largas. Alguien señaló que aquellas características evidenciaban la muerte por miedo, y la teoría fue aceptada como una más de las muchas que se esgri-

mieron para intentar entender la inexplicable muerte de Z. Porque, en cualquier caso, ¿de qué había tenido miedo? ¿Qué había sucedido en el transcurso de aquellos dos días? ¿Por qué estaba apuntalada la puerta? ¿Qué significaban aquellas destrozadas réplicas escultóricas griegas representando héroes o aquellos «posters» y grabados de ídolos juveniles que habían sido acuchillados...?

Alguien, un amigo de Z, me contó lo sucedido. También ofreció su versión de los hechos —al parecer, la única válida— a la policía y a cuantos se interesaron por el tema, pero la mayoría de esas personas prefirieron no escucharla, o, en todo caso, olvidarla. Después de todo, es lógico, porque muchos actuaríamos de una manera similar si nos sucediera lo que a Z... Y puedo aseguraros que a todos nos ha de llegar el momento en que tengamos que sobreponernos a tal trance... quizá tú ya lo has superado o acaso estés esperando con inquietud la llegada del momento fatídico. Da igual. De todas maneras, sucederá.

* * *

Z regresó eufórico a su apartamento a altas horas de la madrugada. Bueno, quizá no sea apropiado utilizar tal término porque su estado de embriaguez no le conducía a la euforia, sino al nihilismo o, en todo caso, al olvido. Tambaleándose, se dirigió al salón-comedor, tiró las llaves y la chaqueta en algún rincón, se deshizo de los incómodos zapatos, puso en marcha el tocadiscos y, después de prepararse una bebida, se dejó caer pesadamente en el sofá.

Acariciado por la melodía, dejó reposar la cabeza en el respaldo de su asiento y, entonces, su mano tropezó con un papel que llevaba en el pantalón. Al mirarlo, sonrió con suficiencia y lo rompió; sólo se trataba de una de tantas direcciones de una de tantas chicas con las que alguna noche salía. Ambos se divertían, sí, pero en muy contadas ocasiones alguna de

ellas llegaba a satisfacerle lo suficiente como para desear disfrutar de su compañía otro día. ¿Por qué se iba a sacrificar pudiendo obtener en todo momento lo que deseaba? Le agradaba toda nueva experiencia y sabía que, mientras fuera joven, no tendría la menor dificultad en disfrutar de ellas... permitiéndose el lujo de poder enviar todos aquellos papeles a la basura, como acababa de suceder con el nombre y las señas que le habían acompañado esa noche.

Cuando acabó la bebida se encontraba ya muy cansado y decidió acostarse.Entró en el cuarto de baño y se apoyó en el lavabo con ánimo de refrescarse. Se miró en el espejo y se frotó los ojos, tocando con las yemas de los dedos las pequeñas almohadillas de grasa que se dibujaban bajo ellos. Sí, tenía que dormir más; no podía permitir que aquellas ojeras se desarrollaran y estropearan su rostro.

Entonces, de pronto, como si un diabólico maleficio lo hubiera hecho crecer allí, lo vio. En el centro de su cuidadosamente descuidada cabellera negra, estaba aquel pelo infame, el silencioso portador de la trágica noticia que todo hombre teme, el mudo testigo que acusa implacablemente, el siniestro despertador de las conciencias olvidadas y despreocupadas, el verdugo de la juventud, el maestresala y heraldo de la muerte, la apología de la decadencia... la cana.

Aquel maldito cabello blanco, increíblemente blanco, subía como una enredadera entre los demás, ahogándolos en su siniestra espiral, destacando su blancura entre los millares de pelos que brotaban a su alrededor. Estaba allí, en primera línea, mirándole con descaro, insultando su juventud, dañando su vista...

La mano, poco segura a consecuencia de los últimos excesos, llegó hasta la frente y sus dedos tocaron la cana. Después de desensortijar el cabello, comprobó que era largo y fuerte. Dejó caer su mano, pero, de pronto, y presa de un frenético delirio, comenzó a agitarse el pelo, sacudiendo al mismo tiempo la cabeza a uno y otro lado, enterrando los

dedos en la cabellera y comprobando todas y cada una de las zonas de la cabeza. Cuando tuvo seguridad de que aquella era la única cana, suspiró, aliviado. Bueno, total sólo era una y...

Z intentó esconder aquel cabello entre la maraña de sus compañeros, pero sus dedos —como su cabeza y el resto del cuerpo— estaban embotados por la bebida y no fueron suficientemente hábiles para conseguir su propósito. Después del tercer intento, Z se cansó y, lanzando un gruñido de impaciencia y desdén, cogió el cabello entre sus dedos y, dando un fuerte tirón, lo arrancó. Sintió un dolor intenso y agudo que le hizo saltar lágrimas, pero en seguida abrió los ojos y se recreó mirando el blanco cabello que, arrancado junto con su amarillenta raíz, parecía tener aún vida. Luego, sonriendo, lo arrojó al suelo y se dio agua fría en el puntito —muy cerca de la frente— que había quedado marcado. Luego se duchó y, antes de acostarse, se observó una y otra vez en el gran espejo instalado en su habitación. Y el sueño lo acogió con una sonrisa dibujada en sus labios.

Despertó sobresaltado. Se sentó en la cama y procuró olvidar la terrible pesadilla. Miró el reloj. Las cinco y diez. Volvió a tumbarse en el lecho y el sueño venció de nuevo su intranquilidad.

En aquella ocasión despertó gritando. Era perfectamente consciente de ello porque le dolía la garganta. Se sentó en la cama y, sobreponiéndose a un ataque de tos, procuró recordar lo sucedido. No; no era lógica aquella pesadilla... bueno, en realidad, ninguna pesadilla es coherente. Entonces, ¿cuál era la razón de aquel nerviosismo?, ¿por qué se encontraba tan intranquilo y temeroso?

Dispuesto a acabar definitivamente con su inquietud, se levantó y poniéndose una bata, se dirigió al cuarto de baño. La luz le cegó por un instante y cuando sus ojos llegaron a acostumbrarse al nuevo estado, lo que vio en el espejo hizo proferir a su garganta un grito ahogado. Allí, en el mismo lugar

donde se encontraba la cana que se arrancó antes de acostarse había otra. ¡Otra cana exactamente igual a la anterior! No; peor aún: era más grande, más brillante, más... ¡viva!

No pudiendo creer lo que sus ojos evidenciaban, se echó agua en la cara, pero la amenazadora visión seguía ocupando todo su universo. No, no era posible que estuviera allí, pues estaba seguro de que la había arrancado poco antes. Por otra parte, había oído decir que cuando se quitaba una cana volvía a salir otra, pero no era posible que en tan breve periodo de tiempo...

¡Ya estaba! Sí, había arrancado el cabello blanco, era verdad, pero sin duda no se había fijado que junto a él, oculto entre la maraña de pelo, había otra cana. ¡Claro, eso era! ¡Qué susto se había dado tan a lo tonto...! Bueno, entonces no había problema... Aplicaría a aquel nefasto cabello el mismo tratamiento que a su albino compañero y listo... ¡No, no, espera, no lo hagas! Dos canas son demasiadas, pero quizás existan otras que en este momento no ves y que mañana mismo puedes descubrir...! o pueden hacerlo tus amigos antes que tú mismo! ¿Entonces...?

Sí, claro, había una solución: teñirse el pelo. La única dificultad estribaba en que no disponía de nada para llevar a cabo el tratamiento. De todas maneras, rebuscó en el armarito situado junto al lavabo y. .. ¡sí, allí estaba! Era el tinte que buscaba. La verdad era que no recordaba haberlo comprado y jamás se había fijado en él, pero leyó las instrucciones y le pareció apropiado. Inmediatamente se lavó el pelo, se untó la mezcla y, siguiendo todas las instrucciones concernientes al asunto, llevó a cabo el proceso del teñido. Cuando, mucho más tarde, finalizó, comprobó que pronto amanecería, pero como no tenía que madrugar y se encontraba muy cansado, decidió volver a acostarse.

Despertó muy temprano, mucho antes de lo que acostumbraba hacerlo. Sintió que se sentía invadido por una extraña inquietud y, sin encender las luces de

su habitación, comenzó a vestirse. Luego se dirigió al cuarto de baño y cuando entró, miró directamente al espejo. Lo que vio le hizo proferir un alarido de fiera y, llevándose las manos a la cabeza, se aplastó contra la pared situada enfrente del espejo sin apartar los desorbitados ojos de éste. Luego, descendiendo sus crispadas manos a la altura de las mejillas, se acercó muy lentamente hacia aquel maldito cristal y confirmó la terrible misión... ¡Estaba semi calvo! El cabello había desaparecido casi en su totalidad, conservando únicamente algunas manchas sobre los parietales y la región occipital.

Comenzó a buscar frenéticamente el frasco que había utilizado con el propósito de teñirse el pelo, pero no pudo encontrarlo. Luego se miró de nuevo en el espejo y tocó lentamente, casi con miedo, la desnuda parte superior del cráneo... ¡Pero no! No había desaparecido totalmente el pelo. Allí estaba... la cana. Desafiante, monstruosamente blanca, ensortijada y fuerte, había resistido aquella agresión que acabara con el resto de sus compañeros.

Z notó que los nervios agarrotaban sus dedos, y su mandíbula comenzó a temblar mientras unas candentes lágrimas resbalaban por sus mejillas. Salió a trompicones del cuarto de baño y, caminando de espaldas y con la cabeza encajada entre sus crispadas manos, llegó al salón, donde desesperado se dejó caer sobre el sofá. Durante unos minutos su cuerpo se estremeció como si cientos de escalofríos lo recorrieran intermitentemente. Luego pareció relajarse y poco después consiguió tumbarse con la mirada perdida en el cielo raso de la estancia. Sin abandonar aquella posición, dejó que las lágrimas brotaran con abundancia de sus ojos con el ánimo de tranquilizarse y notó que todo su cuerpo estaba bañado con un sudor frío.

Poco a poco sus ojos fueron recorriendo todos los rincones del apartamento y, de pronto, se tropezó con los «posters» de algunos cantantes, que parecían observarle con atención. No; no sólo le miraban sino que, además, reían... se reían de él... ¡de él! Se reían

de su vertiginosa alopecia, de su cana, de su prematura vejez, de su desesperación, de su edad, de su juventud perdida y representada con crudeza en su irremisiblemente extinta cabellera. Pero no eran sólo aquellos dos o tres «posters» quienes lo hacían, sino todos los demás, y los grabados y los cuadros y las estatuillas clásicas griegas y todo cuanto representaba una exaltación a la juventud.

Z no pudo soportar aquella burla y, lanzando un gruñido, se abalanzó sobre los objetos que eran motivo de su atención y, arrancándolos de las paredes o derribándolos de sus vitrinas, los destrozó sistemáticamente. Cuando finalizó su labor destructiva, pensó que aún no estaba a salvo, pues era posible que alguien —alguno de sus múltiples amigos, amigas o conocidos— entraran en la casa y lo descubrieran. Apenas hubo cruzado tal idea por su cerebro, corrió a la puerta del apartamento y corrió todos los cerrojos; no obstante, le pareció que aquella no era una suficiente medida de seguridad y, cogiendo dos sillas, apuntaló con ellas la entrada de su domicilio. A continuación y dispuesto a esconderse hasta que pudiera resolver su problema, cerró las ventanas del apartamento y colocó mantas que convirtieron en opacos los livianos visillos que cubrían las mismas.

Adoptadas todas estas medidas, regresó al cuarto de baño y se lavó concienzudamente la cabeza para evitar que los residuos de aquel nefasto producto que aún no había podido localizar, continuara llevando a cabo la masacre y destruyera hasta el último de sus cabellos. Cuando dio por finalizado el lavado y se secó, volvió a mirarse al espejo y vio, destacada y brillante, la cana. Aquello le enervó de nuevo, y, en pleno ataque de nervios, golpeó con el puño la imagen maldita. Retiró la mano ensangrentada y, mientras se curaba, observó que sólo se había roto una parte del espejo, de manera que aún podía hacer uso del resto.

Después de curarse someramente y mientras ordenaba todo en el botiquín, la imagen de la cana volvió a

su mente y, sin soltar las tijeras que en aquellos momentos introducía en el cajón de urgencias, tomó el cabello con los dedos hasta que adquirió su máxima longitud y, con la tijera en la mano herida, lo cortó limpiamente.

Mientras se preparaba una bebida en el salón, elucubraba todo tipo de pensamientos acerca de la mejor manera de salir de aquella situación. Conocía cientos de marcas de revitalizadores de cabello, pero como nunca había imaginado que le llegaría a suceder aquello, no se había interesado en los productos —si acaso existían— que conseguían hacer brotar el cabello donde ya no lo había. Por otra parte, no ignoraba que la ciencia jamás se había ocupado demasiado de combatir la alopecia, aunque también había oído decir que trasplantando cabellos de la región occipital al resto del cuero cabelludo se conseguían magníficos resultados, ya que el cabello sano que había sufrido tal operación no volvía a desprenderse.

Mientras se hacía toda esta serie de razonamientos, se sentó en el sofá y se pasó una y otra vez la mano por la cabeza. Sí, el trasplante capilar podía ser una solución, pero tendría que consultar con especialistas... Ese maldito producto para teñir el pelo... Y el caso era que no recordaba dónde había dejado el frasco vacío. Lo importante era tomar una determinación lo antes posible.

¡Eh! ¿Qué era aquello? Palpó con los dedos el lugar donde se encontrara la cana y... ¡había otra! ¡No era posible! Sin embargo, de nuevo los dedos de su mano derecha ratificaban el temor: había otro cabello y sin duda era una...

Corrió al cuarto de baño y se miró al espejo. Las múltiples imágenes que éste le devolvió coincidían en un punto común: la cana, muy blanca, fuerte, rizada y orgullosa, destacaba sobre el desnudo del cuero cabelludo. Más aún: no se trataba de una única cana, pues, en virtud de un extraño fenómeno, la raíz era la de una sola cana, pero a medida que el tallo se distanciaba de la epidermis, brotaban una segunda cana y,

más arriba, había otra y otra y otra... como si se tratara de una planta de cuyo tronco brotaran más y más ramas.

Z no podía dar crédito a sus ojos. Aquello iba más lejos de lo imaginable. ¡De acuerdo! Si aquello era una declaración de guerra, estaba dispuesto a luchar. Si era la vejez quien luchaba contra la juventud con las armas innobles que aquella siempre emplea, estaba dispuesto a luchar defendiendo la juventud ... su juventud.

Tomó las tijeras y cortó. Después de dejarlas en su lugar, volvió a mirar al espejo y... del mismo lugar donde había dado el tajo habían brotado nuevas canas que, a modo de surtidor, nacían del tallo principal y ya llegaban a descansar sobre la epidermis con las puntas. Z volvió a coger las tijeras y cortó. Y nuevos abortos blancos brotaron de la cana mutilada. Y la operación parecía repetirse indefinidamente.

Z se detuvo. Cada vez cortaba más cerca del origen de la cana y no podía seguir reduciendo esa mínima longitud, so riesgo de herirse. Empero, era la mejor solución que había estudiado... ¡No, había otra mejor! Haría lo mismo que había hecho la noche anterior: se arrancaría aquel infame cabello. Así, extirpándolo de raíz, no habría la menor posibilidad de que se reprodujese.

Depositó las tijeras en el botiquín y tomó la cana junto con su conjunto de ramificaciones. Luego cerró los ojos y, apretando con fuerzas la mandíbula, dio un tirón. Le dolió y las lágrimas saltaron de sus ojos, pero, increíblemente, no fue capaz de arrancar el cabello. Lo intentó de nuevo, más fuerte, pero la cana se negó a abandonar su lugar. Por fin, y armándose de un extraordinario valor, tomó un alicate, se sentó y, cogiendo la herramienta con ambas manos, dio un tirón tan poderoso que cayó de su asiento y fue a parar al suelo. Antes de perder el conocimiento se llevó la mano a la cabeza y comprobó el resultado; la cana había desaparecido, pero el lugar donde se encontrara sangraba abundantemente.

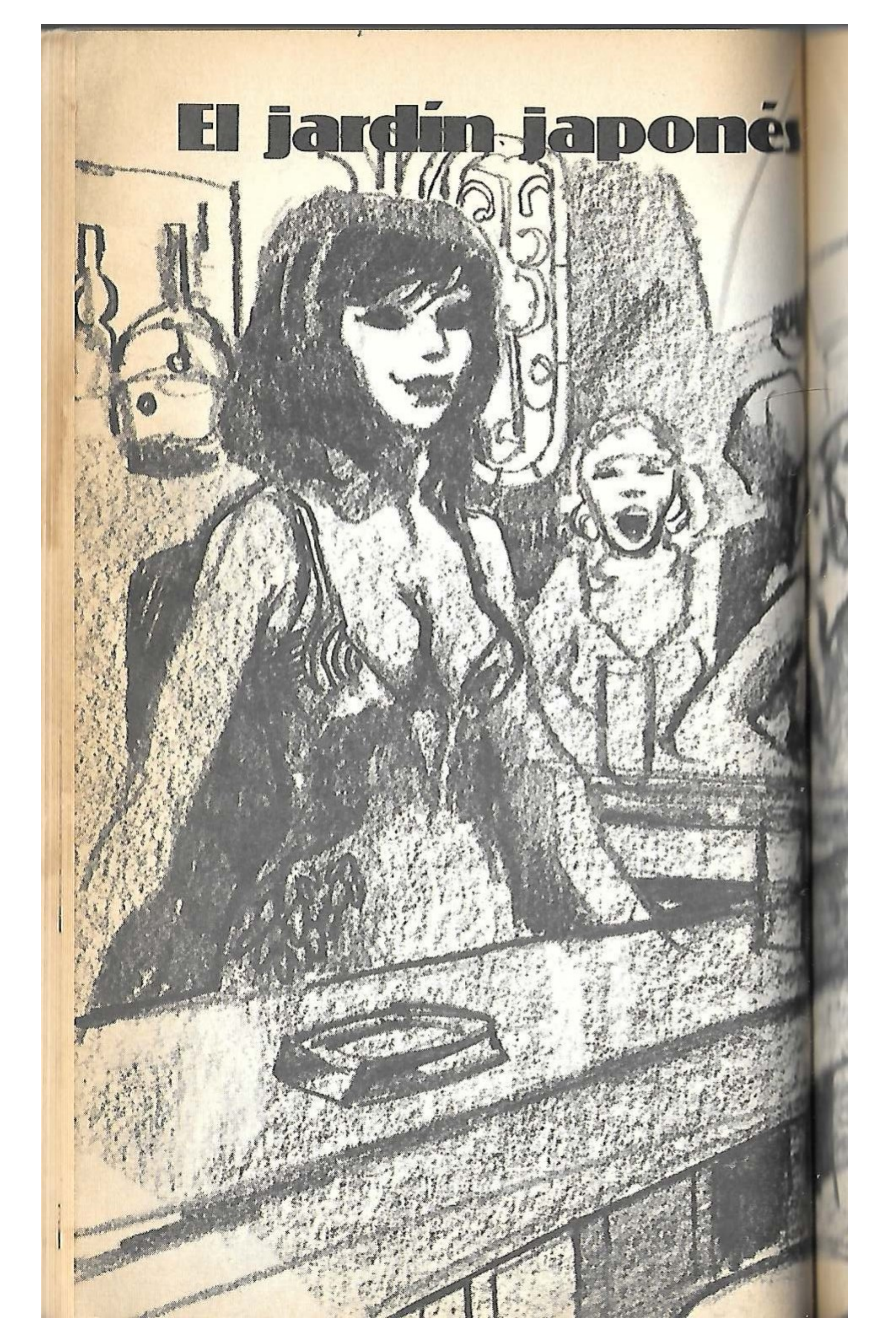
Una fuerte presión en el cuello que casi lo ahogaba le hizo volver a la realidad. Tenía el rostro cubierto de sangre y se llevó las manos a la garganta para liberarse de aquella presión. No lo consiguió. Al contrario, aquel objeto, duro e implacable como un hilo de acero, cada vez se atenazaba con más fuerza en torno a su cuello.

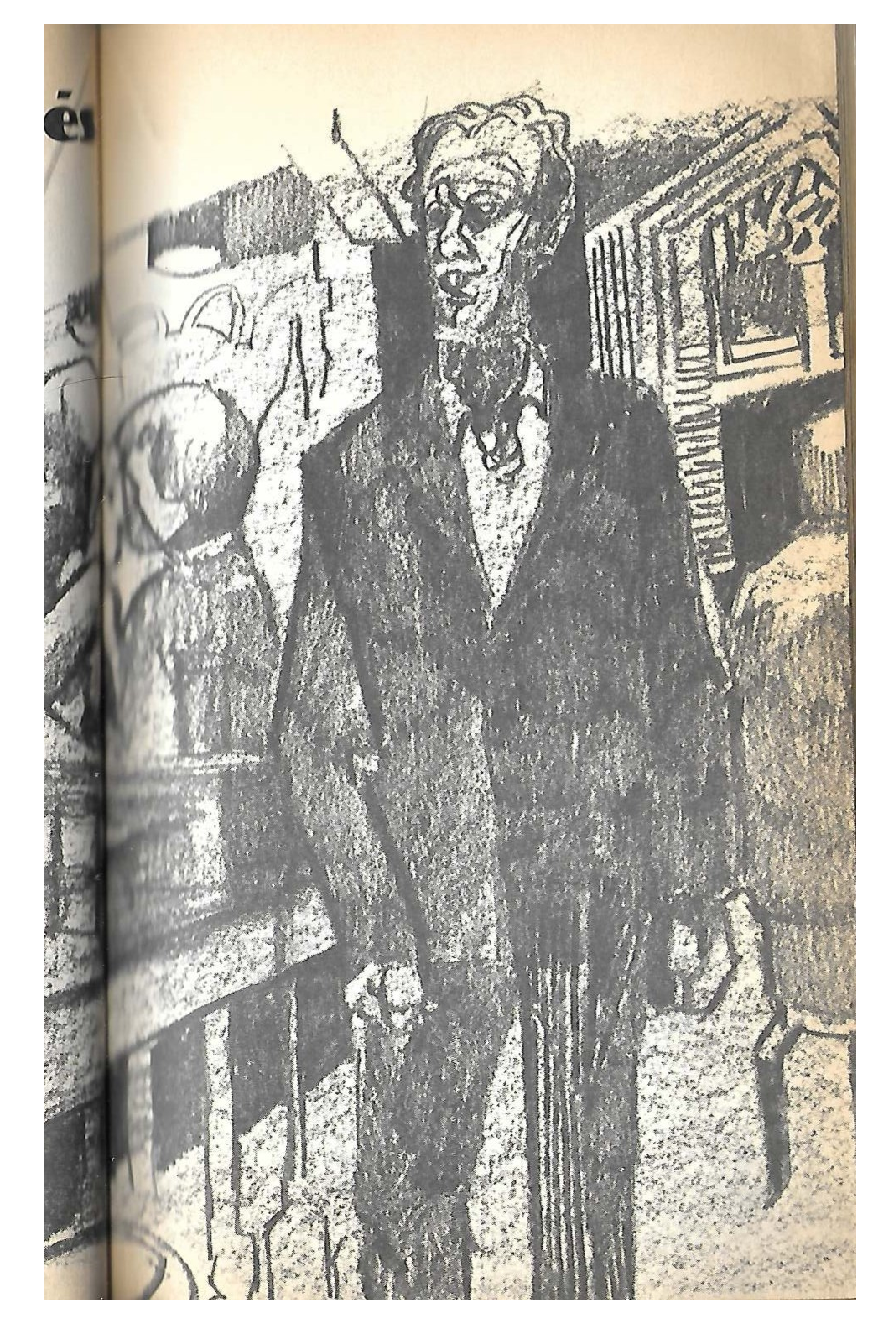
Apoyándose la espalda contra la pared, Z consiguió incorporarse con cierta dificultad y se miró en el destrozado espejo. Sobre el ensangrentado cuero cabelludo había brotado una enorme cana, ensortijada, gigantesca, fuerte e increíblemente blanca y brillante que, descendiendo por la frente y los pómulos, se anudaba alrededor de su cuello y en aquellos momentos se teñia de rojo profundizando en la garganta.

Z abrió la boca en un grito que no llegó a proferir y le pareció que el fantasma del miedo surgía de cada uno de los mil pedazos del espejo y avanzaba hacia él. Y, junto al espíritu tan sobradamente conocido, se adivinaba una silueta diferente, deforme, atormentada, gris, con la mirada cargada de años y de experiencias... y vieja, muy vieja, increíblemente vieja...



El jardín japonés





El jardín japonés

Rafael Castellano («Castleman»)

No confiéis demasiado en los vegetarianos, y menos aún en los que se dicen vegetarianos filosóficos. Ya que está escrito que toda teoría contiene el riesgo de transformarse en fanatismo y, como los extremos se tocan, a veces puede resultar muy difícil distinguir a un vegetariano de un caníbal.



SANGRE, sangre reciente. El edificio, prosaico y funcional como un barracón de penados, del Matadero Municipal, barrio de las Tres Voces, se yergue insólito en el desmonte, brillando al sol su baldosa amarillenta, sobre los montículos pardos que señalan la tierra de nadie entre el tráfago urbano de la variante y el campo propiamente dicho. Todos los lunes, todos los jueves, el cliente de la sangre fresca. Tres grandes cántaras metálicas de sangre del día. Al encargado de los mataderos le intriga el extraño sujeto que todos los lunes, todos los jueves, sin excepción y desde hace tres meses, se presenta allí y les hace el pedido de plasma rojo, viscoso. Es amable, demasiado amable, untuoso como la mercancía que solicita. En el dos caballos furgoneta puede leerse, cierto, entre dos cabezas de cerdo plan kitsch, imitación de los dibujos de Walt Disney, un rótulo que dice: «Hijo de Elías Domínguez, charcutería. Calle de la Autonomía, 15. Madrid». Y un número de teléfono. Normal. Y, sin embargo, al encargado de los mataderos su presencia le desasosiega. Es un hombre concienzudo, el cliente, que exige con cortés firmeza, a cada entrega, los certifi-

cados de la Inspección Sanitaria y los comprueba con gesto ceñudo, doctoral, profesional. Y, no obstante, al encargado le mosquea. No parece un salchichero. Solicita la sangre con una avidez contenida, pero evidente, que contrasta con su ponderación de gesto, de lenguaje. El encargado de los mataderos presume de psicólogo. Bueno, no lo llama así, le dice «pesquis» y por instinto halla algo desconcertante en el hombre de los lunes y los jueves. Quizás el halo aristocrático que de el se desprende cuando habla del tiempo con el desenfado de un coronel inglés de los que salen en los telefilmes. Tal vez la elegancia al soltarle cuarenta pavos al aprendiz por acarrearle las cántaras a la furgoneta.

Y luego está el ojo, ese ojo birojo. Un ojo de cristal de los que ponen en el Seguro, eso sí. Se nota porque no concuerda en color con el sano, y refulge, verde como un semáforo o como una joya de serrín, yerto y denteroso.

Y no hay que olvidar los dientes. Esos dientes largos, caballunos, de marfil amaranto. Se le desenfundan de la boca breve, fina, pálida, cada vez que sonríe con su oleosa amabilidad. «Son dientes de vegetariano», cree adivinar el encargado del Matadero Municipal. «Y a ver con qué se come eso, un charcutero vegetariano, un vegetariano que pide sangre fresca de matanza todos los lunes y todos los jueves, de todos modos es mucho aventurar, no sé a ciencia cierta si es vegetariano o no, aunque me da un no sé qué, ese ojo de plástico, esa palidez, esos comillos de rumiante, me da grima, sería incapaz de estrecharle la mano».

* * *

El cotarro empieza a animarse en el «Souvenir Souvenir», barra americana, descorche y alterne y para de contar. Allí cerca, en el antiguo y paradójico reloj del convento de salesianas, frente al juzgado, acaba de sonar con chasquido de óxido la media de las once. La Cruci sabe, porque este hecho viene siendo matemá-

tico, sincrónico, desde hace tres meses acá y todos los martes y viernes, que antes de que pueda contar hasta cinco va a girar el pomo de la puerta para dar paso al que ella llama «El Ojopipa» y «El Vegetales», un misterioso parroquiano que la acosa con una solicitud distante, con suave pero metódica machaconería. El fulano no es más desagradable que otros, pero la Cruci todavía no se ha hecho a la mirada de caramelo de menta de su ojo postizo, no hay duda que se lo han puesto en el Seguro, y no es de reprochar, porque la ortopedia, dicen que anda por las nubes, y por lo demás «El Ojopipa» es rumboso, la invita a cinco, seis, siete copas y no es sobón; él, entretanto, sólo toma zumo de uva o bitter sin alcohol, porque dice que es vegetariano y que los vegetarianos no lo son sólo por comer verdura y no carne, sino que además son abstemios. «El Vegetales» suele soltarle a la Cruci el rollo de la filosofía naturista y dietética, y ella lo soporta asintiendo con risa de fotofija, no en vano es una profesional.

La asedia, la hipnotiza, y Cruci sabe que, pese a todas las normas del local y a los convenios laborales no escritos pero especificados verbalmente por el dueño —«esto no es un prostíbulo, es un pub»—, acabará cediendo a los deseos del enigmático tuerto que la fascina como la serpiente al pajarillo.

Irá a su casa. A ver el jardín japonés como él dice. Otros hablan de su colección de armas, de su biblioteca, de sus vinos rancios, de sus discos. El, «El Vegetales», habla de su jardín japonés. Claro.

La Cruci no ha podido contar hasta cinco. Uno, dos tres, y el pomo ha empezado a girar con esa lentitud, esa falta de brusquedad proverbial en «El Ojopipa». Y ha aparecido en la penumbra afelpada y neblinosa del local, y las luces psicodélicas acentúan su sequedad de pergamino, sus trazas de desenterrado. Viste elegante, viste de figurín, de página de publicidad de moda masculina, con un fular al cuello muy coqueto: pero la percha no acompaña, hay algo de exangüe en las manos, en las mejillas cenizosas, en la frente ce-

rúlea. La Cruci siempre ha dicho que comer sólo verdura no es natural, porque es comida que no hace sangre.

—Sácame un zumo de uva, y tú te sirves lo que quieras.

—Gracias, Elías.

Se llama Elías. Por lo menos eso dice. Y si miente, a Cruci le da igual, porque ella no se llama tampoco Cruci, sino Santiaga. Las otras chicas de la barra, las de fuera y las de dentro, tampoco se llaman Silvi, ni Raquel, ni Mariluz, sino Estébana, Antonia, Hipólita: desde que pisaron la urbe se despojaron de aquella identidad suya del pueblo, ese pueblo donde las familias rezan por ellas y las más viejas del lugar, agoreras, saben que no tardarán en desaparecer tragadas por la metrópoli, y que posiblemente no tengan ni un entierro cristiano.

—A ver cuándo vienes a ver mi jardín japonés.

El enrolle de siempre. Es como un reloj, como un magnetofón, este «Vegetales». Y la Cruci esta noche se siente más que nunca perturbada por el ojo fosfóreo y abismal. Todas ellas están cuidadosamente seleccionadas, pechugonas, hollywoodianas años 50, costura negra en la media, tacón a lo Marilyn con nostalgia. Y, sin embargo, «El Vegetales», tan elegante, tan distinguido, tan atractivo a pesar de todo, de su ojo, de su cadavérica lividez, la ha elegido a ella. Cruci se siente halagada, y concede:

—Cerramos a la tres. A y media, bajo el reloj de las salesianas.

Los dientes caballares de Elías han reflectado, inquietantes, el inocuo láser del reflector psicodélico. Ha vencido.

* * *

Cruje la grava del jardín, cuando ambos descienden del coche —«gasta un Maserati, el carroza escurridizo éste, quieras que no me está deslumbrando, me está haciendo acunar esperanzas de ser protegida por un macarrón fijo»—, y lo primero que le choca a

la Cruci al trasponer el umbral es el embriagador aroma que flota en el ambiente, una fragancia para ella inédita de mimosas salvajes, no, no es mimosa: se trata de un efluvio más delicado y silvestre que ese otro, sacramental y cursi, del sándalo quemado; menos solemne que el incienso. Es un perfume que invita a levitar, delirógeno, ténue como polen del valle de las hadas, una emanación que intranquiliza, y de golpe sabe Cruci que esa sensación inmediata de ingravidez puede dar paso de un momento a otro a la angustia más desesperante, al horror más infernal. Lo intuye.

—Desnúdate, Cruci. Para entrar al jardín japonés hay que hacerlo sin ropa.

Obedece Cruci, y sabe que lo está haciendo automáticamente, que aquel perfume obsesivo la ha trasladado al terreno de la alucinación consciente, de la pérdida de la voluntad. Se conoce a merced de ese Elías transfigurado que exhibe un látigo en la mano, uno de esos zurriagazos que llaman gatos de siete colas, provisto de varios vástagos con una bola de pinchos en la punta.

—Eres un anormal, eres uno de esos que pegan —pudo balbucir Cruci, pero en el fondo sabe que va a ser mucho más repulsivo que todo eso.

—Ven.

Elías abrió la puerta de cristal, la empujó hacia adentro y dio la luz. Un potente cenital iluminaba ahora el jardín japonés, y Cruci lanzó un alarido sofocado al ser tocada por un tentáculo rasposo y húmedo. O no, no era un tentáculo exactamente, sino un tallo serpenteante, velludo, lascivo. Las corolas de las plantas carnívoras se abrieron entonces como picos de grajo, como fauces de la flora del averno, entrechocándose blandamente, lanzando hacia la muchacha desnuda su aliento enajenante que no era ni mimosa, ni sándalo, ni incienso. Al mismo tiempo los tallos se cimbreaban de forma siniestra, obscena, al ritmo de su música de cuchicheos de corola, restallar de hojas y tintinear de pistilos. Por un instante Cruci

se sorprendió sonriendo como las hechiceras le sonreían a las llamas purificadoras en la pira de herejes, sintiéndose liberada de la cotidiana ramplonería e inmersa en una gloriosa pesadilla viva de plantas caníbales que anhelaban su carne, que la oliscaban con furor distinto. Algunas, las vio, se rebelaban contra su amo, y Elías, en mangas de camisa, sudando una pastosa grasa, hirsuta la cabellera gris, silbaba por entre sus dientes equinos y castigaba con el látigo a las más atrevidas. Un relámpago fugaz de conservación, de necesidad de huir. Pero lo que el cerebro de Cruci ordenaba no era obedecido por su sistema nervioso, entregado éste por completo al poder de éxtasis que los pétalos terribles y multicolores exhalaban, y permaneció allí, en el borde de ladrillo del gigantesco alcorque donde las corolas abiertas se desgañitaban en inconexo parloteo. «Huye, huye», chillaba el cerebro allí, dentro del cráneo; y, en franca desobediencia ya, un pie de la muchacha pisó la tierra áspera y pegajosa, regada con sangre de vaca, de novillo, de cerdo.

—Lo siento —dice ahora la voz grave y pausada de Elías—, lo siento de veras, Cruci, pero mis amigas son antropófagas. La sangre de animal con que las riego dos veces por semana impide que mueran por inanición, pero lo que necesitan son víctimas humanas, una cada tres meses por lo menos, un cuerpo sano, joven, campesino, apetitoso, con poco tiempo en la urbe y por lo tanto sin contaminar aún con la polución, las conservas y el estrés.

El cerebro de Cruci vuelve a exigir, impotente en su caja: «Sal de aquí, grita, pide auxilio, corre». Y Cruci da otro paso hacia el macizo de tallos serpentinos, de textura pegamoide, se siente asida fuertemente por el húmero, descoyuntada, mutilada de su brazo derecho, después parsimoniosamente roído por una de las corolas. La sangre fue la señal y esta vez los pedúnculos se distendieron hacia ella, la laceraron a mordiscos voraces, y los pistilos la lamieron insistentemente, rugosas lenguas que le dejaban los senos

y el rostro en carne viva, que le sorbieron limpiamente los dos ojos de sus órbitas —sería posible que tuviera aún capacidad de reflexión, que pudiera sorprenderse meditando acerca de la indudable causa del ojo tuerto de Elías, alias «El Vegetales»— sin que ella padeciera demasiado, anestesiada por el olor aquel tropical, sobrenatural, tan ajeno al tomillo y la retama de sus años de infancia, cuando retozaba por los peñascales castellanos del pueblo que ya nunca, nunca jamás volvería a ver. A Cruci la embargó una lánguida melancolía, mientras los mordiscos cada vez más bestiales y sañudos de las plantas caníbales iban desgarrando y deglutiendo concienzudamente músculos, piel, vísceras, huesos, y la conciencia de la muerte se apoderaba cual suave sopor de las pocas conexiones neuronales no desbaratadas aún por las mandíbulas cartilaginosas de aquellas flores de hecatombe. Asumió Cruci cómo su existencia se escabullía ya irremisiblemente a través de los diez o quince esófagos vegetales que la habían despedazado, aniquilado, absorbido, sin dejar ni el menor rastro de ella, ni el más mínimo indicio de su paso por la vida. «La vida» lo llamaban a lo suyo, lo del descorche, en el pueblo, en el pub, en la calle. Sintióse la muchacha partida en dos, en cinco, en cien, y el perfume arcano se cerró para siempre sobre su alma oscurecida.

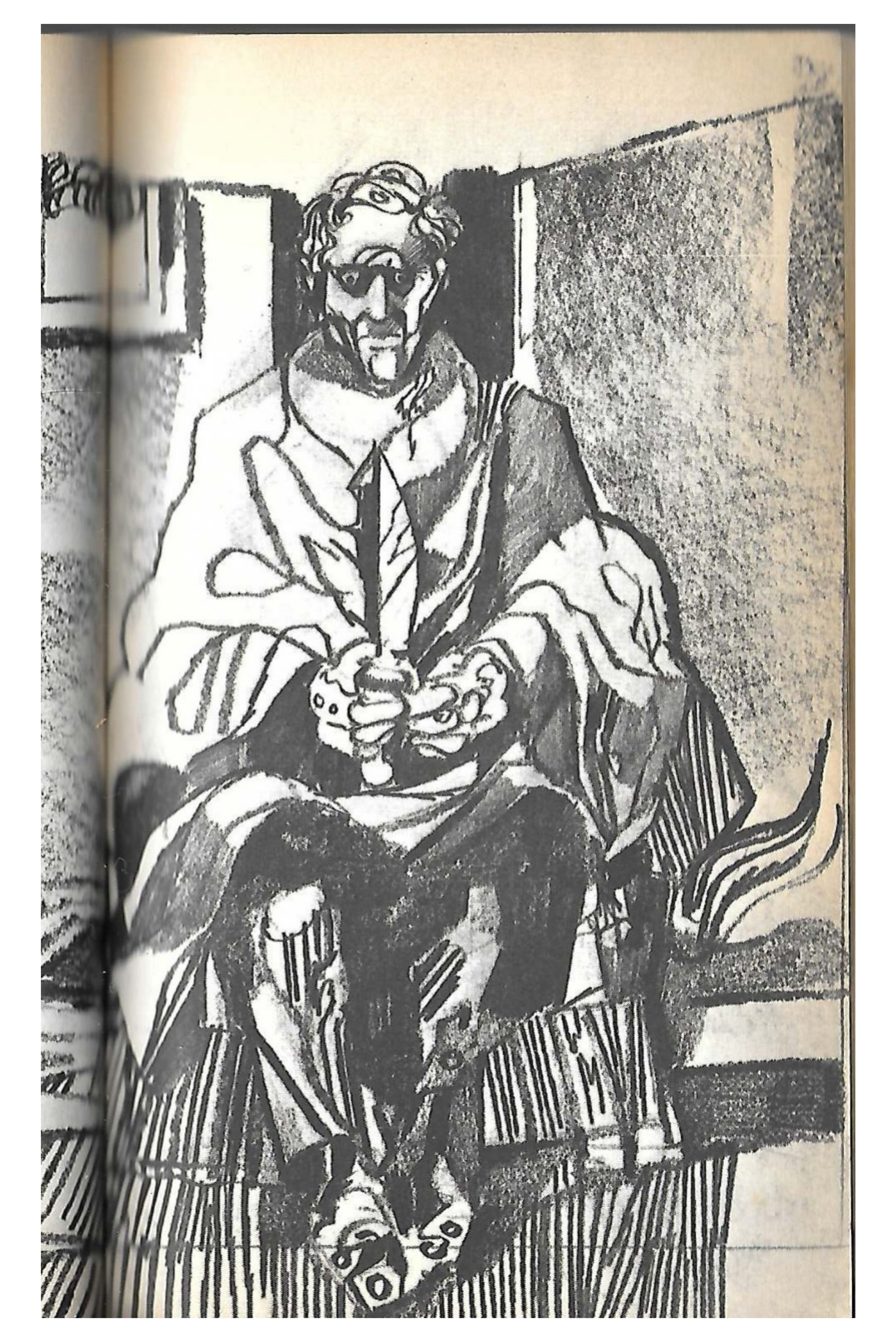
Elías le lanza ahora piropos melosos a sus plantas, las llama a cada una por su nombre, Luci, Sofi, Silvi, ahora también Cruci, y comprueba satisfecho, centelleante el ojo verde, su aspecto lozano y ahíto.

Mientras quemaba en la chimenea el vestido de la chica pensó que tendría que cambiar de zona. El encargado del Matadero Municipal del barrio de las Tres Voces tenía aspecto de poco de fiar, le solía examinar con indiscreción, y seguramente le asaltaban tentaciones de mirar las páginas amarillas, gremio de charcuteros, o de llamar al teléfono que constaba en el rótulo de la furgoneta. Nada de riesgos. Cambiaría de matadero, estaba decidido.

De matadero y de pub, naturalmente.



Los sucesores



Los sucesores

Miguel Costafreda

Desconfiad de los patios interiores, de los sótanos, tumbas, cavas y bodegas... Vigilad aljibes y pozos... Y si algo sucediera, a pesar de vuestra atenta vigilancia, no ofrezcáis resistencia, ya que todo sería totalmente inútil.



ALGUNA cosa me desveló aquella noche, y, sin saber por qué, no pude volver a conciliar el sueño. Acudiendo a mi memoria, probé todos los viejos sistemas recomendados para rendirme en brazos de Morfeo, pero tan sólo conseguí que un naciente nerviosismo fuera aumentando hasta transformarse en una desazonante inquietud. Intenté contar ovejas, y la imagen de los animales se iba haciendo difusa a medida que aumentaba el número de los ejemplares imaginados, no porque el esperado adormecimiento fuera desdibujando los perfiles de las cosas, sino debido a que, conforme iba contándolos, su silueta se metamorfoseaba dejando paso a figuras de líneas poco familiares o, mejor dicho, extrañamente alejadas de cualquier especie animal conocida. Así, al llegar al número doscientos, los ovinos, a los que me representaba saltando una pequeña pared de piedras, se abalanzaban hacia mí, su propio creador, con un aire amenazante; lo que unido a lo insólito de sus contornos me aconsejó interrumpir aquel procedimiento tantas veces recomendado y puesto en práctica para conciliar el sueño.

Imaginé después que me deslizaba por un camino insólito a través de un paisaje desnudo, e intenté que incluso los más pequeños elementos del cuadro se fueran tornando grises y despersonalizados hasta que la monotonía de la representación provocara mi deslizamiento hacia la somnolencia. Así fue al principio. De acuerdo con las técnicas aconsejadas, la hierba verde perdió su color, las hojas de los árboles se volvieron grisáceas, el propio sendero se tornó ceniciento, las azules montañas de la lejanía adquirieron un tono plomizo, pero cuando ya estaba a punto de sumergirme de nuevo en un sueño reparador, una sombra, un bulto, se fue acercando a mí por el paisaje que yo mismo había forjado en mi imaginación, y al concretarse más debido a la natural proximidad, comprendí que no se trataba de una persona ni tampoco de ningún animal. Su contorno se perfiló con tal nitidez en mi mente que me intranquilizó sobremanera, y el sistema, por tanto, dio resultados contrarios a los que yo deseaba.

Por último acudí al remedio quizá no tan tradicional, pero sí un punto más científico: fui relajando uno a uno todos los músculos de mi cuerpo a partir de los pies, y de manera ascendente, de forma que —así lo preveía— al llegar a la región próxima a la cabeza, la laxitud de mis miembros provocara la de mi cerebro. Mas, una vez llegado a la zona superior de mi cuerpo, advertí que de nada había servido aquel intento de relajación: la parte corporal de mi ser yacía presa de un agradable desmadejamiento, pero mi espíritu continuaba tan alerta como al inicio de la inútil maniobra.

Pensando que quizás un vaso de leche templada resultaría más eficaz que los infructuosos medios a los que había recurrido, me levanté corriendo el riesgo de desvelarme aún más, y me dirigí hacia la cocina.

Al pasar junto a la ventana que da al patio interior, experimenté un escalofrío. Levantando con precaución el visillo miré hacia abajo sin saber lo que esperaba encontrar, y pude ver que una sombra, no sé si

calificarla de tal modo, puesto que era blanca, se deslizaba velozmente por el suelo del patinillo y desaparecía tragada por el orificio circular que cubre la gran placa metálica.

De momento pensé que se trataba de algo creado por mi excitada imaginación, sometida a esfuerzos impropios de aquellas horas en el deseo de volver a conciliar el sueño, pero al abrir la nevera, mi mano dejó caer la botella de leche que acababa de asir, y el líquido rojizo se esparció por el suelo de baldosines. Al oprimir el interruptor de la luz, comprobé no obstante, que la leche vertida mantenía su natural color blanco, tan blanco como la sombra que creía haber visto sumergirse bajo tierra hacía unos segundos.

Después de una mañana de constantes errores en el trabajo a causa del imperfecto descanso nocturno, volví a casa tras haber ingerido un frugal almuerzo con el deseo de dormir una siesta que me compensara de la mala noche pasada.

Mientras me cepillaba los dientes no pude impedirme mirar hacia el patio a través de la ventana del cuarto de baño. Mis ojos fueron a parar sobre la placa metálica que comunica, supongo yo, con alguna cloaca, y entonces volvió a mi imaginación lo que creí haber visto la pasada noche; pero a la luz del día las cosas adquieren sus verdaderas dimensiones y perfiles, o al menos así lo queremos, y me dije que quizás algún vecino había cerrado una ventana y el reflejo de la luz en el cristal había provocado una ráfaga que mi imaginación había convertido, por obra y gracia de su excitación, en un fantasma misterioso.

La noche siguiente soñé que poco a poco iba desenroscándose el gigantesco tapón metálico de una no menos descomunal botella. Cuando el proceso llegó a término, el tapón cayó rodando y se estrelló contra el suelo con gran estrépito. En aquel momento me desperté maldiciendo la pesadilla que había interrumpido, seguramente de una forma definitiva, mi reposo nocturno.

Mientras hacía esfuerzos para dormirme de nuevo,

percibí un sonido de timbre metálico igual que si algo herrumbroso rozara contra una superficie también cubierta de orín. El áspero rumor se sucedía a intervalos regulares como si fuera debido a un movimiento giratorio.

Advirtiendo que aquel ruido procedía del patio interior, me levanté con sigilo y, asomándome con precaución a una ventana, fijé mi vista en la placa metálica situada en el suelo. A la escasa luz de la luna que conseguía iluminar el patio, pude ver que la chapa giraba lentamente y se iba desenroscando, pero, cuando sobresalía ya unos centímetros del suelo y era de suponer que estuviera casi suelta, alguien encendió la luz de la cocina en uno de los pisos superiores, y el movimiento se detuvo instantáneamente. No me atreví a descender para comprobar de cerca el estado de la chapa y me puse como excusa —aunque la verdadera razón era el miedo— lo avanzado de la hora y el ruido que seguramente produciría la puerta que permitía el acceso al patio.

A la mañana siguiente, fingiendo que se había caído una prenda de ropa tendida en el cordel, me aproximé a la tapadera metálica, que se encontraba perfectamente encajada en su marco, aunque pude comprobar que en la juntura no había restos de tierra ni ninguno de esos hierbajos que crecen tenazmente en cualquier superficie sobre la que se asienten unos granos de arena y permanezca lo suficientemente umbría.

Decidido a averiguar lo que estaba ocurriendo, me propuse pasar la noche en vela, si fuera preciso, y no perder de vista la tapadera metálica.

Aunque había oído ruidos durante toda la tarde, no advertí hasta bien entrada la noche que había nuevos vecinos en el piso bajo. Como la cosa más natural del mundo, y así era en efecto, habían depositado provisionalmente en el patio algunos de sus muebles y enseres, a la espera sin duda de efectuar una limpieza del apartamento. Aquel imprevisto acontecimiento me impedía bajar por la noche al patinillo a

menos de correr el riesgo de ser tomado por un ladrón o, cuando menos, por un curioso impertinente que se dedica a husmear entre las pertenencias ajenas. Sin contar que sobre la placa metálica habían situado un sólido armario de luna de grandes dimensiones.

El insomnio que había hecho presa en mí volvió a hacer su aparición aquella noche, pero, sabiendo que era inútil espiar por la ventana, permanecí en el lecho desvelado y con la vista fija en la lámpara de mi dormitorio.

A una hora que no puedo precisar a ciencia cierta, un rectángulo de luz apareció en el techo y comenzó a moverse lentamente y a trompicones hasta que, habiendo recorrido toda la parte superior de la habitación, desapareció sin dejar rastro. Evidentemente aquello era el reflejo de la tenue luz lunar en un espejo, y acuciado por una sospecha, me aproximé a la ventana del patio: alguien o algo acababa de correr sigilosamente al armario de luna hasta dejar libre la superficie sobre la cual estaba situada la placa.

Al cabo de un rato, llegó hasta mí el ruido producido por el desenroscarse del círculo metálico. El áspero roce hería mis oídos y provocaba en mí un extraño estremecimiento.

Tras varios minutos, durante los cuales el dibujo grabado sobre la plancha giró repetidamente ante mis ojos, ésta quedó suelta, y fue empujada desde el subsuelo hasta que el agujero se vio completamente libre. La negrura del pozo era tal, que resultaba imposible, al menos desde donde yo me encontraba, vislumbrar nada de lo que pudiera haber en su interior. Inútilmente esperé durante largo tiempo. Nada ni nadie hizo su aparición. Mi vista, fatigada de permanecer fija largo rato en aquel orificio, me presentaba fugaces y brillantes resplandores o ficticias sombras que yo sabía producidas por el cansancio. Al cabo de mucho tiempo de observación me quedé dormido en la butaca desde la que espiaba, y cuando me desperté

al amanecer con los pies yertos, la placa metálica y el armario habían vuelto a su emplazamiento original.

Aquella semana tuve que ausentarme de la ciudad durante tres días, y a mi regreso hallé mi apartamento extrañamente umbrío, como si se hubiera producido una fuga de agua durante mi viaje y la humedad hubiera impregnado paredes y techos cubriéndolos de un moho casi imperceptible. Abrí todas las ventanas para que se renovara el aire y entrara a raudales la luz del sol. Tenía la impresión de hallarme en un departamento subterráneo y no en un segundo piso alegremente iluminado, por lo menos en cuanto a la fachada exterior se refiere.

Hay ocasiones en que, tras volver a casa después de una ausencia más o menos prolongada, se tiene la sensación de que alguien ha estado habitando en ella durante vuestro alojamiento. Un cenicero situado en un lugar inadecuado, los cojines del diván distribuidos de diferente forma a como suelen estar, huellas de dedos en un cristal de la ventana... Resulta luego que el conserje ha tenido que entrar en el piso porque una sábana ha caído volando sobre vuestro balcón, o que los empleados de la telfónica tenían que efectuar determinadas comprobaciones.

Pero, cuando al cabo de tres días volví a casa, supe que alguien había entrado allí, no obstante lo cual, no me atreví a preguntar nada a la portera, intuyendo que había de darme una respuesta negativa.

Nada aparecía fuera de su lugar. El perfecto orden en que acostumbro —por pura comodidad— a dejar el apartamento no había sido alterado en absoluto, a pesar de lo cual había algo en la atmósfera, una súbita ausencia, el eco de un desconocido visitante, que todavía permanecía agazapado en los ángulos que forman las paredes con el techo.

Apenas deposité sobre la cama el pequeño maletín, descorrí precavidamente los visillos y contemplé la tapadera metálica del patio. Permanecía en su sitio, como siempre, y empecé a dudar de que lo que había

visto las noches pasadas no fuera sino fruto de mi imaginación y de los efectos de un contumaz insomnio. Porque debo decir que, durante los días en que permanecí fuera de la ciudad, mi reposo nocturno no fue turbado por el menor sobresalto y pude gozar de un perfecto descanso.

A pesar de que me había hecho el propósito de permanecer en vela para comprobar si algo anormal ocurría en el patio, la fatiga consecuencia del viaje me rindió cerca ya de la medianoche, y desvistiéndome apresuradamente, caí rendido en el lecho.

La primera vez que me desperté fue para buscar en el armario otra manta. Un frío desacostumbrado impregnaba la atmósfera del dormitorio. Me hice el propósito de mirar por la ventana cuando regresaba hacia la cama, pero juzgando que si me entretenía en otra cosa que no fuera la búsqueda de la manta había de desvelarme, volví a acostarme sin satisfacer mi curiosidad.

La segunda vez que me abandonó el sueño tuve la impresión de que no estaba solo en la habitación. El frío era tal que, de manera automática, me había cubierto incluso la cabeza, y así, yacía bajo las mantas como dentro de un sudario.

De momento no escuché ningún ruido que atrajera mi atención ni por supuesto vi nada que me produjera inquietud, pero fui encogiendo las piernas poco a poco, temiendo que alguien se sentara sobre ellas en cualquier momento.

Al cabo de un rato el frío se hizo más intenso, y noté como si un soplo de aire helado traspasara las sábanas a la altura de mi nuca. A la vez, algo arañaba en la parte baja de mi cama igual que si buscara asir mis pies. Simultáneamente se oyeron una especie de quejas o lamentos de índole desconocida e infrahumana que helaron la sangre de mis venas y me impidieron efectuar el menor movimiento.

Al cabo de lo que calculo serían dos o tres horas, me fui adormeciendo, pero no de manera natural, sino que fui perdiendo de vista el mundo consciente

de igual forma que va debilitándose aquel al que se le extrae una gran cantidad de sangre o la pierde a causa de una hemorragia incontenible. Sentía que la vida se me iba por momentos, y muy lentamente, fui sumergiéndome en un profundo pozo hasta que perdí la noción de la realidad.

Al día siguiente, que afortunadamente era festivo, me desperté ya muy entrada la mañana. La sensación de debilidad que experimentaba era extrema, y tuve que realizar un gran esfuerzo para levantarme de la cama. Ante el espejo del cuarto de baño examiné mi faz y comprobé que se hallaba exageradamente pálida. Sujetándome con las manos al borde del lavabo, contemplé unos grandes cercos bajo mis ojos; mis labios se hallaban exangües y el grosor de mi cuello parecía haber disminuido sensiblemente en una sola noche.

Al regresar al dormitorio me senté en la cama. La cabeza me daba vueltas y temí caer desvanecido. Fui vistiéndome lentamente procurando no realizar movimientos bruscos, y cuando me encontraba ya en pie, me vi forzado a tomar otra vez asiento: lo que vi en una de las paredes hizo que las fuerzas me abandonaran nuevamente.

Cerca del borde de la ventana del patio, y sobre un gran lienzo de pared, algo había producido tan salvajes arañazos y rasguños que el yeso recubría el muro estaba completamente destrozado. Parecía como si, lo que fuera, hubiera intentado entrar por la ventana y se hubiera asido con uñas o garras al alféizar y posteriormente a la pared.

Mis ojos escrutaron las huellas comprobando con terror que el itinerario que había seguido el poseedor de aquellas zarpas recorría las paredes a la altura media, igual que si la ley de la gravedad no hubiera regido durante aquel nocturno y terrorífico paseo.

Inmediatamente, y de forma instintiva, me asomé a la ventana y pude comprobar que la gran chapa metálica continuaba en su sitio, lo cual no era garantía de que no hubiera sido desplazada durante la noche, porque era de allí, de aquel desconocido subsuelo, de

donde —estaba convencido— procedía el espantable visitante que me había sumido en aquel lamentable estado de debilidad.

Lo más procedente hubiera sido tapiar aquella entrada o cimentar de nuevo el suelo del patio, pero eso era sin duda una idea descabellada. ¿Por qué los demás vecinos habrían de convenir conmigo en que era preciso tapiar aquel agujero? ¿Cómo podría explicarles, sin hacerles caer en la sospecha de que mis facultades mentales estaban perturbadas, que, por las noches, aquella tapa se desenroscaba y a través del agujero surgían determinadas cosas que ni siquiera sabía describir?

El único procedimiento, por tanto, que podía considerar viable era permanecer atento mientras los demás dormían y sorprender de una vez a los desconocidos habitantes de aquellas profundidades en el momento de franquear la salida. Cuál sería mi reacción, o qué peligros correría eran cosas que no consideré en aquellos momentos.

Desde la ventana de mi dormitorio fui testigo del desenroscarse de la tapadera metálica, pero, a pesar de que el camino para los desconocidos seres subterráneos estaba expedito, nada surgió a través del agujero durante el tiempo que permacecí en actitud de observación. Sin duda —me dije— lo que fuera, aguardaba a que yo me sumergiera en el sueño para hacer su aparición y trepar hasta mi dormitorio.

Abandonando la ventana, y después de ingerir una generosa dosis de café, cosa que confiaba ayudaría a mantenerme en vela, me acosté dispuesto a esperar la llegada de aquel inquietante intruso.

Al poco tiempo de hallarme en el lecho, escuché un sonido procedente del patio. Parecía que algo fuera arrastrándose pesadamente por el suelo. Instantes más tarde aquel intranquilizador rozamiento se modificó, de tal modo que comprendí que, quien fuera, estaba escalando el muro. Pensé instantáneamente en las tuberías que recorren la fachada y supuse que aquello facilitaría la tarea de escalamiento.

Con enorme inquietud recordé que, en mi ciega curiosidad por llegar a conocer al extraño visitante, no había previsto procurarme un arma con la que defenderme llegado el caso. Un insensato sentimiento de superioridad me había hecho suponer que el más mínimo movimiento que denotara mi estado de vigilia haría huir al intruso. No caí en la cuenta de que, a veces, los ladrones no se deciden por la fuga ante la inesperada presencia del dueño de la casa, sino que, por desesperación o maldad, hacen frente a quien descubre su subrepticia presencia.

Abandonando el lecho de un salto, salí del dormitorio, y al mismo tiempo cesaron los ruidos procedentes del exterior. Regresé de la cocina provisto de un cuchillo de respetable tamaño, y volví a acostarme cubriéndome con las sábanas, de tal forma que mis ojos pudieran contemplar a la perfección el gran rectángulo de la ventana.

Al cabo de un rato recomenzaron los ruidos. El escalamiento se había reanudado, pero, cuando todo hacía prever que lo desconocido se encontraba ya a un paso de la ventana, cesó todo rumor, y durante un cuarto de hora sólo oí el furioso latir de mi propio corazón. Luego comprendí, no sé de qué manera, que aquella cosa se encontraba ya dentro de la habitación y precisamente a mi espalda.

Presa de un pánico cerval, mi cuerpo fue recorrido por súbitos temblores, de tal forma que pensé que yo mismo iba a clavarme el cuchillo, que oscilaba violentamente a impulsos de los estremecimientos que me invadían. De una parte deseaba darme la vuelta y enfrentarme de una vez con lo desconocido, por otro lado un pánico sin límites me mantenía fijo en aquella postura, aunque sometido a violentos temblores. Poco a poco me fui tranquilizando; mis manos dejaron de estremecerse y el cuchillo resbaló suavemente entre las sábanas. Un agradable sopor me invadió y al cabo de poco tiempo perdí la noción de la realidad.

Aquella noche tuve un sueño que vuelve de ma-

nera recurrente y cuyas imágenes, vívidamente sentidas, no me abandonan nunca.

Sentí que me preparaba para un largo viaje hacia regiones ignotas. La excitación ante lo desconocido y la inquietud ante lo nuevo eran dos sentimientos que invadían mi ser a partes iguales. Sabía que algo muy poderoso, origen de todos nosotros en cierto modo, me estaba reclamando para servir de guía y de maestro a quienes habían de ser nuestros sucesores. Me resistía en principio al sacrificio, pero después, sabedor de que cualquier obstinación resultaría inútil y contraria a la postre a los designios de la madre naturaleza, me rendí ante lo inevitable. ¿No es insensato rebelarse ante la idea de la muerte? Pues, aunque este proceso, mutación, o fenómeno que todavía no me explico no significa el fin de todas las cosas, sino el principio de otras tan distintas que mi imaginación ni siquiera puede asomarse a ellas, su asunción (ahora sé que del todo necesaria) presenta tan terribles características y tan aterradoras vías que bien pudiera compararse con el pavor que inspira el óbito. Se trata de morir sin dejar de vivir. Y valga esta imposible paradoja para desvelar ligeramente lo que es inútil describir con más precisión.

Pero, por si del algún modo se puede ascender hasta las causas a través de sus efectos, continuaré relatando el sueño que tuve aquella noche a fin de procurar una mayor aproximación, dentro de lo posible, a lo que me está sucediendo ahora y, sin ninguna duda, os acontecerá a vosotros mismos la noche menos pensada.

Soñé que, presa de una debilidad no inspirada por el miedo, sino por algo que se encuentra más allá de ese sentimiento, mis movimientos se hacían lentos y pausados. Girando sobre sí mismo, dispuesto a enfrentarme con lo inevitable, me di la vuelta dentro de las sábanas y los vi en un ángulo de la habitación. Apenas tuve tiempo de experimentar náusea o pavor, porque, no bien había fijado la vista en aquello, me sentí súbitamente transportado al exterior y luego fui

descendiendo por el aire hacia un círculo negro que se abría en mitad del suelo del patio. Dije adiós a todas las cosas de este mundo con una cierta tristeza, pero con fatal resignación, aunque algo me decía que mi despedida no era todavía definitiva, y luego yo y mi indescriptible compañía fuimos engullidos por la negrura sin límites.

Interrumpo aquí la narración de mi sueño, por denominarlo de algún modo, para hacer comprender a todo aquel que lea estas líneas que, sea cual fuere la forma en que ellos se manifiesten (y no hay duda de que cualquier día de estos lo harán), no ofrezcan la menor resistencia tratando de impedir la consumación de designios que han sido trazados por potencias superiores, lo que no quiere decir que se encuentren en lugar elevado. Resulta fácilmente comprensible que cualquier persona adopte una postura defensiva ante lo desconocido, pero cuando las cosas son de verdad inevitables, esa resistencia no hace sino agravar la situación. Es preferible dejarse llevar dulcemente. Ellos saben cómo hacerlo de forma tal que, los ineludibles sufrimientos, si bien no serán atenuados un punto, resultarán más soportables. Al fin y al cabo no puede pretenderse que un nacimiento o una muerte sucedan sin dolor, y lo que estamos bordeando tiene algo de ambas cosas. Os sorprenderíais de saber qué complejos sufrimientos, de diferente especie, desde luego, experimentan todas las sustancias al pasar de un estado a otro. El hielo no se transforma en agua sin que algo se queje dentro de él, ni el agua se convierte en vapor (aunque ésta sea una transformación más gozosa) sin que se produzcan comprimidos sufrimientos e incomprensibles angustias de la materia.

De igual modo, la sustitución de nuestros seres por los de nuestros sucesores conlleva una considerable dosis de angustia y una no menor cantidad de sufrimiento, y lo peor del caso es que el proceso es lento y trabajoso. Hace bastantes meses, ya he perdido la cuenta, que cada noche vienen a buscarme para hurgar en

las más recónditas circunvoluciones de mi cerebro, y en los más íntimos pliegues de mi corazón todo lo que necesitan para sustituirnos con la máxima dignidad. No penséis en una nueva invasión de bárbaros. Esta es mucho más calculada, y aunque más definitiva y total que aquélla, mucho más sutil y sabia.

He de advertir, entonces, que prestéis atención a los patios interiores, a los sótanos, tumbas, cavas y bodegas; conviene vigilar los aljibes y pozos, no olvidarse de los subterráneos. Abrid bien los ojos cuando viajéis en los ferrocarriles metropolitanos, y, si acaso cuando el tren atraviesa un prolongado túnel notais que algo se aposenta a vuestro lado, no ofrezcáis la menor resistencia. Resultaría absolutamente inútil. Tan inútil como negarse a nacer o morir.

No obstante, a fin de eliminar la primera impresión, sabedor de que también esta noche viajaré hasta donde se encuentra el grueso de sus nacientes fuerzas (que necesitan de nuestra experiencia y sabiduría); conociendo que hasta que apunte el alba yaceré en regiones subterráneas y en presencia de espantables vecinos; presumiendo que deberé nutrir a sus todavía informes retoños con el conocimiento estancado en las células que constelan las circunvoluciones de mi cerebro; sabiendo que deberé hacer transparente mi corazón a fin de poner de manifiesto mis afectos, por si ellos decidieran o fueran capaces de imitarlos, procuraré daros una idea acerca de la clase de cosas con las que deberéis enfrentaros en una noche lejana. Y he de hacerlo deprisa, porque ignoro si estas revelaciones resultarán o no de su agrado. Es posible que entre los forzados pasos que el género humano se verá obligado a dar no pueda excluirse el que constituye la aterradora e inicial sorpresa.

Tras el lento descenso, como explicaba antes, mis impensables acompañantes y yo fuimos engullidos por un negro agujero al que fuerzas coadyuvantes a la inevitable sustitución que se avecina habían despojado de la placa de hierro que lo mantiene clausurado durante las horas diurnas.

Apenas perdí de vista la superficie de la madre tierra, e ingresé nuevamente en su seno, un espantoso terror se apoderó de mí. Ellos, conociendo sin duda mis angustias y deseosos quizá de inspirarme confianza, me atenazaron los hombros y los brazos de igual modo que una persona hace con otra cuando desea que se sienta tranquila. Pero esta acción, que seguramente resulta bienintencionada, no hace sino añadir terror al que ya os invade. Los miembros (por decirlo de algún modo) de aquellos espantosos e inevitables seres son de tan horrorosa constitución y forma, que más valiera que no se molestaran en tratar de inspirar confianza. No obstante, si las cosas sucedieran del modo que estoy relatando, no ofrezcáis resistencia, no sea que se sientan ofendidos de alguna manera y os nieguen el dudoso consuelo de su ayuda. Todo resultaría entonces mucho más terrorífico.

Una vez llegados a las regiones, no tanto subterráneas como alejadísimas, me encontré en presencia... Cuando llegué a la presencia de...

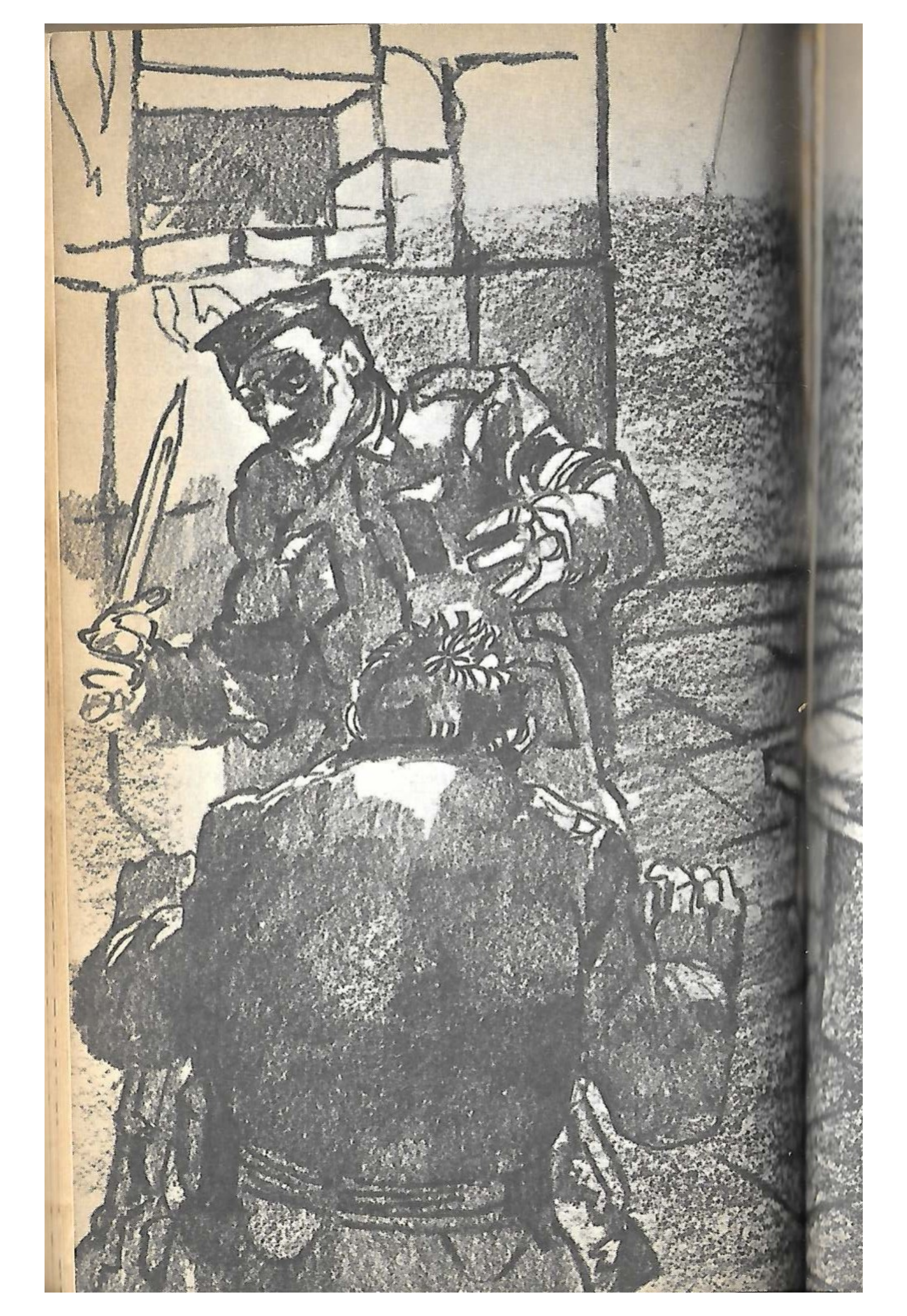
Eran como si acaso... ¿Habéis visto alguna vez...? Una vez llegados a aquella zona que...

Solamente el intento de recordar lo que dentro de poco volveré a... me llenó de... Quiero intentar describir para vosotros lo que os espantará y... Siento que... Me parece que no debo...

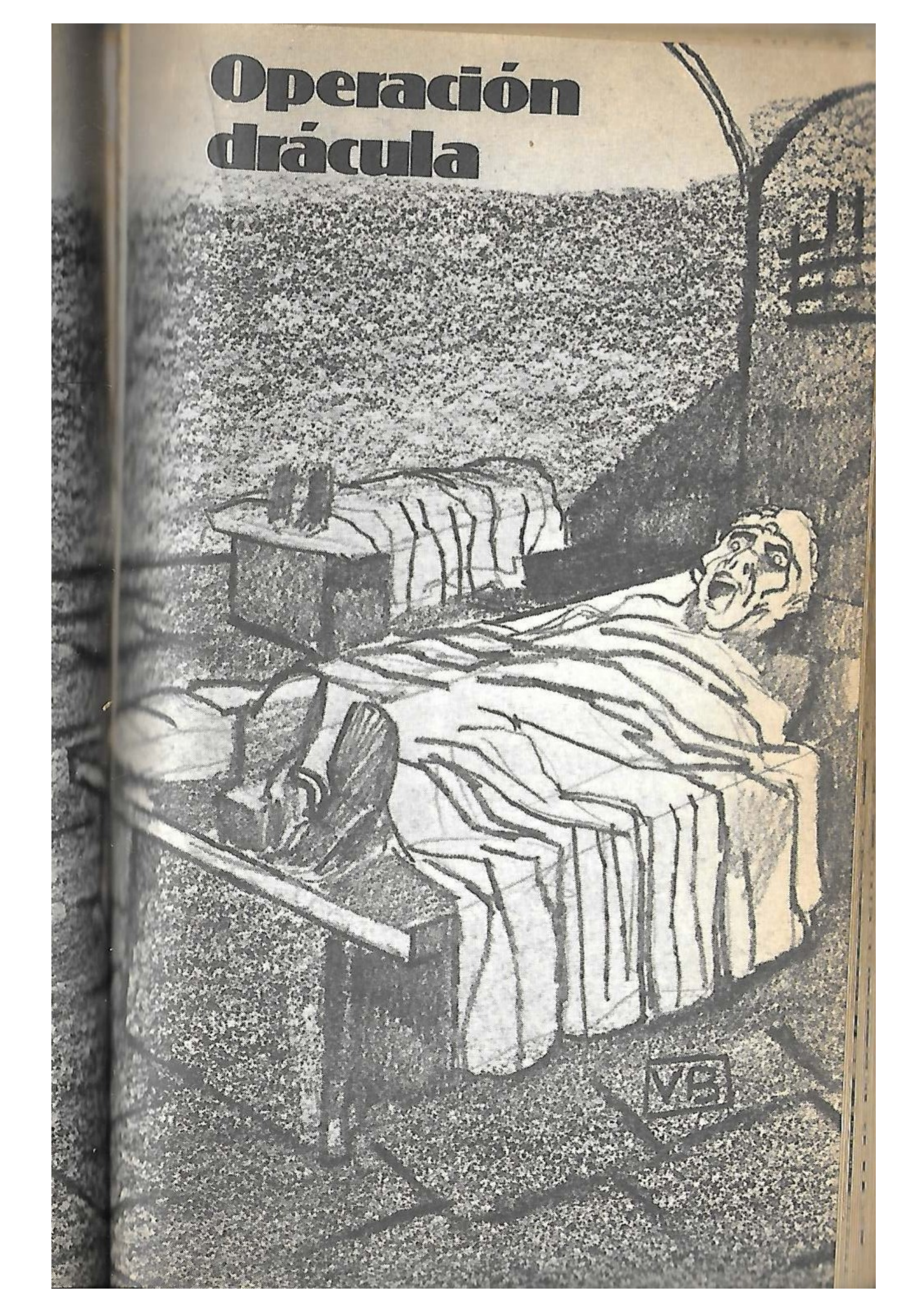
Estoy oyendo el rechinar de la tapadera metálica. Debo terminar esta descripción al fin de poneros sobre aviso... En resumidas satneuc... odot érid so... Rx... omñxtoik...

Suben. De nuevo siento la angustia dkkucjm... Quiero hacer ver que lkkjih... No ofrezcáis resistmmnvhd... mañana continuarñlck... con el relato... si me toca volver... yo ya no... rrrudhjfui... me parece que es la última vez... impedido el regreso... no... no... no... ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!!





Operación drácula



Operación drácula

J. Leyva

Al espanto, al hambre, al riesgo de la lucha y a todos los horrores que inevitablemente acompañan a los contendientes de una guerra, se sumó un horror mucho más pavoroso: el misterio por el que los rostros de los soldados muertos aparecían con las cuencas de los ojos vacías...



DESPUES de la dura refriega de aquella tarde de enero del 39 en la Ciudad Universitaria de Madrid, el sargento Altares —un minero asturiano a quien la guerra había convertido en soldado— tuvo la maldita ocurrencia de ponerme servicio de imaginaria esa misma noche. El agotamiento, el frío y el horror de la violencia pasada durante los últimos dias del feroz asedio a Madrid, acabaron por hundirme en un profundo sopor, del que —no sé al cabo de cuánto tiempo— me sacó un punzante dolor en el costado izquierdo.

Sentí que despertaba, pero era incapaz de ver algo y menos aún mover un solo músculo.

La bota del sargento Altares me golpeaba una y otra vez, al tiempo que dejaba oír su áspera voz.

—¡Jiménez está muerto! ¡Vamos, quitadle el uniforme y llevarlo al depósito!

Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que sus palabras querían decir. Seguro, sin embargo, de poder sobreponerme a tan extraña situación, tomé interiormente la decisión de no hacer ni decir nada de momento.

Advertí que me colocaban en una camilla —yo

mismo había ayudado alguna vez a los sanitarios en este triste trabajo—, y no pude por menos de sonreír al escuchar de boca del sargento Altares una absurda ocurrencia:

—Tendrán que hacerle la autopsia; son las órdenes.

¿Desde cuándo —me pregunté perplejo— obedecía una orden aquella mole de 90 kilos, de 1,90 de estatura y capaz de asustar a una compañía entera con una simple mirada?

—¡Venga, no vamos a estar aquí todo el día! —gritó Altares, una de cuyas amenazas se posó sobre el arco de mis cejas.

En ese momento comprendí que algo singular se sumaba a todo lo relacionado con mi presunta muerte, como era el hecho de no ver nada, pese a tener los ojos abiertos e inmóviles.

El sargento no quería otra cosa que cerrarme los párpados —como se hace con los muertos realmente—, pero esto, al parecer, era imposible, tal y como deduje de su insistente manoseo.

Poco después era conducido por camilleros, que habían cubierto mi cuerpo tendido con una apestosa manta del ejército. El vaivén de la camilla resultaba ciertamente incómodo, pero dejé a un lado esta sutileza al oír el comentario de uno de los enfermeros.

—Drácula ya tiene trabajo para esta noche.

¡Drácula! ¡El alemán! ¡Lo había olvidado por completo!

Desde hacía un mes —o tal vez más, pues el descubrimiento tardó en conocerse—, un suceso había conmocionado a todas las unidades destacadas en los alrededores de Madrid, al comprobarse que algunos de los soldados y compañeros milicianos caídos en el campo de batalla, eran mutilados, horriblemente mutilados después de muertos, y precisamnte en el depósito de cadáveres del hospital de campaña al que llevaban dos sanitarios, en la seguridad de llevar un muerto.

Se sospechaba y culpaba de la horripilante profana-

ción a un alemán —a quien alguien creía haber visto merodeando—, y al que bautizamos con el sobrenombre de Drácula, bromeando al principio, pero muy pronto asqueados de su repelente y contumaz acción sacrílega.

Y digo contumaz porque, pese a la rigurosa vigilancia del depósito de cadáveres, el monstruoso personaje continuaba haciendo acto de presencia y violentando la paz mortal de nuestros compañeros fallecidos, que —como se comprobó una y otra vez— aparecían sin ojos.

Dado que había órdenes muy severas de no enterrar a nadie sin una identificación formal, y no sin antes comunicar a los familiares los muertos producidos en acción de guerra, los cadáveres tenían que permanecer un tiempo, a veces demasiado —el plazo mínimo se había fijado en dos semanas, pasado el cual se procedía al enterramiento—, en el depósito. A esto era preciso añadir la exigencia de la autopsia —orden reciente a la que se había referido el sargento Altares—, lo que podía prolongar aún más la presencia de un muerto en dicho recinto, no muy bien adecuado a las circunstancias, agravada por la escasez de médicos forenses.

Así pues, por una extraña razón que no alcanzaba a comprender, yo, en persona, me veía ahora expuesto a sufrir una amarga experiencia, uno de cuyos capítulos podía contar el ataque voraz de aquel maldito alemán —si lo era en verdad—, a quien llamábamos Drácula, por llamarlo de alguna manera.

Este pensamiento puso en acción mi cerebro, pero no así mi lengua, incapaz de articular en sonidos las llamadas de auxilio y piedad que formulaba mentalmente, desesperado y en el colmo de la angustia.

No podía moverme, estaba «oficialmente» muerto —sería «una baja», en el lenguaje del ejército—, y me llevaban al depósito de cadáveres, de donde era probable que no saliera nunca, pensamiento éste que traté de alejar de mí con toda la insistencia de que era capaz.

Los camilleros se habían detenido. Escuché el ruido de una puerta metálica al abrirse y, de nuevo en marcha, advertí que era transportado ahora sobre un carromato de ruedas mal engrasadas.

Un penetrante olor a formol me sirvió de referencia para saber que estaba en la sala donde el forense practicaba las autopsias, en cuya mesa de operaciones fui depositado por los sanitarios.

Una vez desnudo y tapado hasta los ojos con una sábana blanca, que, por cierto, no estaba completamente seca, me dejaron solo, hundido en la más amarga soledad que alguien pueda imaginarse. Una lágrima se entreabrió camino en mis párpados desvelados, al tiempo que un gemido de miedo, impotencia y abandono me agarrotaba la garganta.

Luego, la idea de caer abatido por el sueño puso en ruda tensión mi cerebro, comprendiendo que, si no era capaz de controlarme moriría inevitablemente, tal vez descuartizado por el bisturí del forense, a quien ya se habría dado noticia de mi presencia en el depósito.

Luchando por no dormirme y cada vez más asustado, pasaron algunas horas, según establecí después de sumar minutos, contando del 1 al 60 infinidad de veces consecutivas.

De improviso escuché el chirrido de la puerta metálica del depósito, donde los ruidos se amplifican extraordinariamente.

No había tiempo que perder.

Ignoraba cómo, pero era preciso encontrar un medio de dar a conocer a quien entrara allí que «yo no estaba muerto», frase que repetía insistentemente para mis adentros, tratando de proyectarla al exterior.

Sin embargo, el recuerdo brutal del alemán se interpuso entre estos urgentes propósitos. ¿Qué hacer, si Drácula se presentaba allí? ¿Sería tan inhumano como para atacarme impunemente, aun no siendo yo el cadáver que él esperaría hallar sobre la mesa de operaciones?

El sonido hueco de unas botas de clavos retumbaba

como una sucesión de pequeños truenos encadenados caprichosamente. Era obvio que, quien fuese el visitante, venía directamente hacia mí. Y esta prueba la tuve en seguida, al sentir a mi lado una presencia indiscutiblemente humana, así como el calor de una mano que me palpaba el rostro, descubriendo la sábana bajo la que mis ojos estaban abiertos, fijos en el techo.

A pesar de la penumbra, advertí con enorme alegría que podía ver..., aunque en nebulosa al principio, como si un velo opaco cubriese el iris de mis ojos.

—Vaya, Jiménez... ya no tiene importancia que lleves o no bien el fusil, la escopeta, como tú decías.

Era el sargento Altares.

Había venido, sin duda, a velar mi cadáver. Durante el largo rato que estuvo a mi lado no dejó de mirarme fijamente, como si quisiera cerciorarse de que yo era consciente de su actitud.

¡Nunca lo hubiera creído! Los ojos del sargento se humedecieron... y toda su aparente rudeza de minero no hacía sino ocultar una buena dosis de sensibilidad y nobles sentimientos. ¡Quién lo hubiera dicho, viéndolo por las mañanas al toque de llamada, como un toro en celo!

Antes de darme cuenta, sin embargo, el sargento salía de la sala de autopsias, atronando el siniestro vacío de aquel lugar con sus botas.

Mi desesperación fue entonces tan grande que, en un impulso sobrehumano, giré la cabeza hacia Altares. Vi cómo se alejaba y cerraba la puerta metálica del depósito, pero mi lengua permaneció inmóvil y muda.

De todos modos, había logrado algo de la mayor trascendencia, como era girar la cabeza, aunque fuese tan sólo en unos grados. Con toda suerte de precauciones, moví el cuello a uno y otro lado, certificando que podía hacerlo con evidente soltura.

Gracias a estos breves movimientos pude observar que no estaba solo en aquella dependencia del depó-

sito: en la sala había otros cuatro cadáveres, dispuestos como yo para la disección del forense.

Un zumbido de moscas hizo que fijara la mirada con más atención en mis compañeros. Uno de ellos —un miliciano extraordinariamente delgado, que no contaría más allá de veinte años de edad— tenía la cabeza medio destrozada y en las heridas, resecas y putrefactas, se cebaba un enjambre con sañuda insistencia.

A mi izquierda, en el rincón de la sala, había otro muerto, uno de cuyos brazos —negro a causa de la gangrena— colgaba laciamente, tocando incluso el suelo: una rata descomunal roía la punta de sus dedos; las furiosas dentelladas del roedor ponían en convulsión todo el cuerpo del desdichado.

Poco a poco fui perdiendo la visibilidad de cuanto me rodeaba y comprendí que ya era de noche. De improviso, un ruido procedente de la única ventana del depósito me obligó a dirigir la mirada hacia el muro situado frente a mí.

Alguien estaba manipulando en la rejilla, que observé cómo podía ser desmontada en su totalidad. Y poco después vi que un bulto se deslizaba al interior de la sala de autopsias a través del hueco libre.

La figura se movía con notira torpeza, dejando escapar unos gruñidos sordos y entrecortados. Pensé en el alemán, en el llamado Drácula, y no me equivocaba, según pude comprobar acto seguido.

Desde mi posición, inmovilizado pero capaz de girar el cuello sin mayores dificultades, advertí que el bulto se inclinaba sobre la cara del joven miliciano y absorbía con ruidosa violencia en las cuencas abultadas de sus ojos, hasta arrancar y tragarse los redondos globos oculares del muerto, produciendo un repugnante sonido, como si se tratara de la bulba de un caracol.

Se me erizó el cabello, al tiempo que un escalofrío recorrió la extensión paralítica de mi columna verte-

bral, al notar la proximidad del profanador, pues ya no cabía dudar de su identidad.

El hedor de su aliento era nauseabundo, como el de un muerto de varios días. Su rostro, congestionado y estúpido, tenía rasgos de lobo o hiena, salpicado de pelos y sebosas tumoraciones en las que creí contemplar la existencia de un hervor de pus.

Mis ojos miraban los suyos con espanto indecible, tratando de transmitirle que «yo no estaba muerto». Pero él abrió sobre ellos la boca —donde observé que la punta de su lengua terminaba en una especie de ventosa de color verde— y se inclinó baboso y hambriento, dispuesto a inhalar el contenido de mis cuencas.

No creo que nadie haya podido gritar como yo lo hice en este dramático instante. La fría noche de aquel Madrid bajo el asedio, debió rasgarse como una copa de fino cristal de Bohemia al caer al suelo.

En cualquier caso, mis gritos fueron suficientes para despertar a toda la compañía, al frente de la cual venía el sargento Altares, semivestido, erizado y rojo a causa del frío, con un machete desnudo en la mano y una expresión de espanto inaudito.

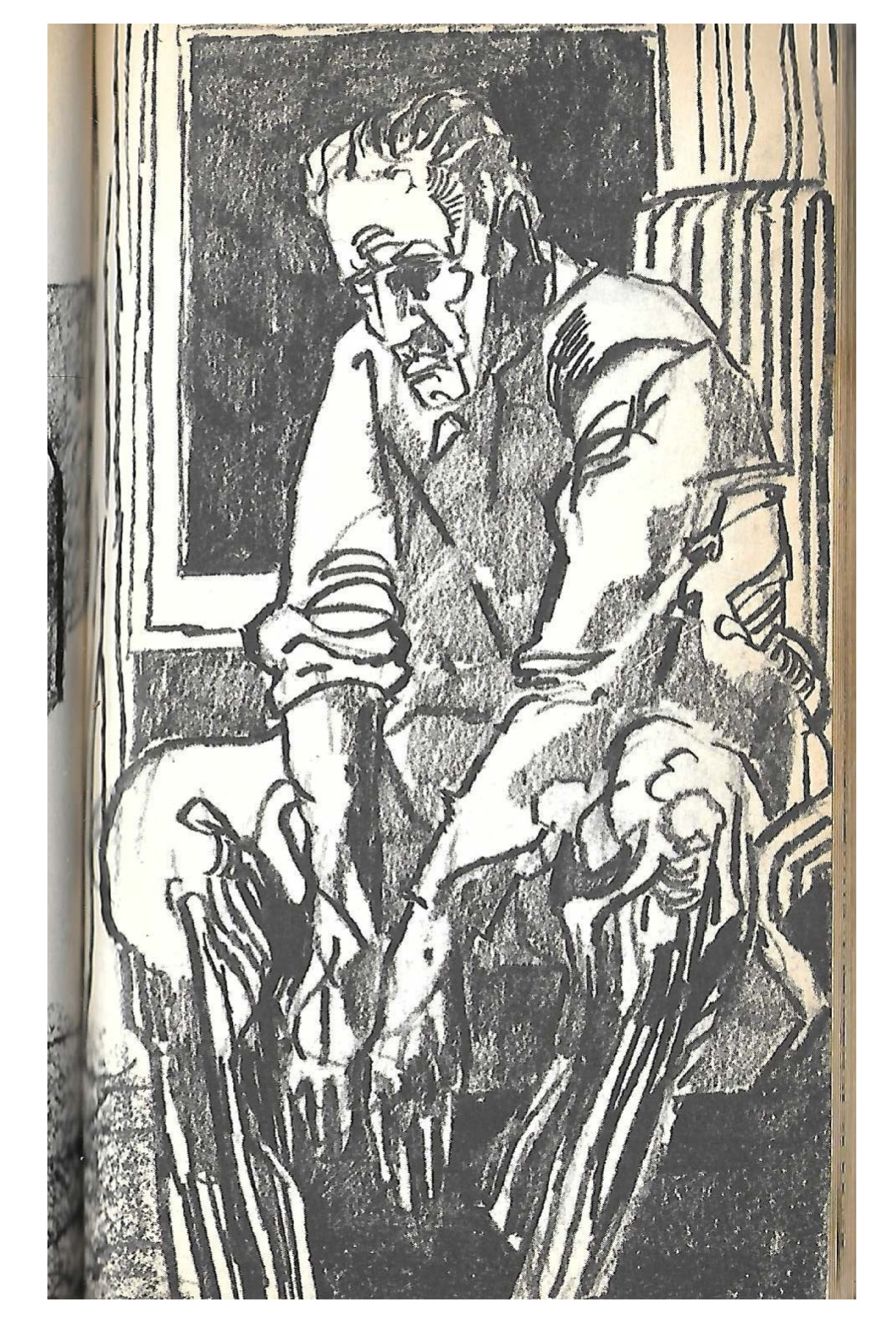
La tromba humana penetró como un viento súbito en el depósito de cadáveres... y el último de mis recuerdos de aquella noche se relaciona vagamente con la lucha feroz entre el sargento Altares y un hombre-lobo que juraba y maldecía en alemán, a quien llamábamos Drácula cuando sólo conocíamos los resultados de sus profanaciones, y no la película real de su macabro vicio.

Ahora, pasados ya muchos años de tan trágicos sucesos, aún me parece ver al sargento Altares lleno de sangre, luchando a brazo partido con el sádico alemán... y todo se me presenta como un símbolo, tan extraño como cruel y cierto en el tiempo.

Porque del rumor que me señalaba como «conejo de Indias» para la captura de un espía enemigo, más vale no acordarse.

El nacimiento de Venus

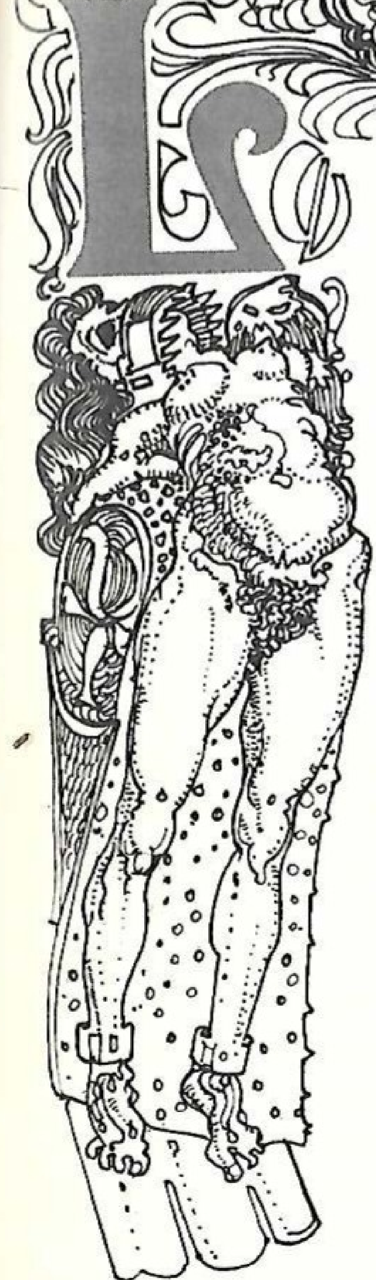




El nacimiento de Venus

José Luis Velasco

Su carrera de escritor de «best-seller» cambió radicalmente cuando conoció a aquella fascinante mujer. Hizo un nuevo libro —de éxito inmediato— que marcó en el espíritu de sus lectores la desoladora certeza de que todo afán era inútil...



A realidad, tal como se percibe comúnmente, ha dejado de interesarme. Por eso escribo ahora cuentos fantásticos. Piensen ustedes en narraciones como *Dr. Jekill y Mr. Hyde,* de Stevenson, o en *El acercamiento de Almotásim,* de Borges, y sabrán a qué me refiero. No se trata, pues de fantasía mítica, donde los sucesos o el asunto son puramente imaginativos. Elaboro historias que, tomando como base un acontecimiento francamente cotidiano, desembocan en un desenlace imprevisto que adiciona a la realidad posibilidades inverosímiles o remotas, no exentas, sin embargo, de cierto sustrato lógico.

A veces me apoyo en sugestivas creencias de los hombres, tan extendidas durante incontables siglos entre los pueblos más dispares, que han llegado a constituir una especie de ambiguas realidades manejadas todos los días con la soltura y la convicción que se aplica a trinchar una ensaimada o a cambiarnos de zapatos. Tal es el caso de entidades como «la nada», «lo eterno», «lo infinito» o «lo invisible». Estos temas, incorporados con habilidad al desenlace de un relato realista, pueden dar lugar, con ayuda de la fortuna, a desconcertantes his-

torias en cuya última página el lector recibe una inquietante dosis de extrañeza, sobresalto o sorpresa que juzgo a todas luces saludable.

He sido, hasta hace un par de años, un escritor no sólo rico, sino también famoso en todo el mundo occidental. Ustedes lo saben bien: ese tipo de autor que nunca defrauda, y cada una de sus voluminosas novelas (entre 700 y 1.000 páginas) son siempre esperadas con expectación por un público heterogéneo que abarca desde la gente rubia del norte europeo, hasta las clases medias latinoamericanas, pasando por el funcionario británico o la pomposa profesora de un liceo francés. En resumen, era un autor de *best-sellers,* la clase de libro cuyo interés se basa siempre, no en la finura de su autor para penetrar con precisión y delicadeza en el misterio de los hombres, sus relaciones o sus escenarios, sino en lo melodramático de un tema situado en ambientes internacionales y la acertada combinación de las tres o cuatro pasiones que todo el mundo entiende bien: la ambición, el amor, la traición o la lucha por el poder.

He abandonado esta clase de literatura. Mi encuentro con una mujer excepcional mucho más joven que yo, la reflexión sobre la vida durante muchos años, gozando de una existencia en las mejores condiciones para dedicarme a contemplar el mundo con la tranquilidad y la concentración que aplica un biólogo al examinar cultivos de bacterias, así como el transcurso del tiempo, que le procura a un hombre inteligente los datos necesarios para sacar conclusiones decantadas sobre el sentido del universo, me han llevado a abominar de mis producciones anteriores para quedar seducido por la literatura a que me refiero más arriba.

El descubrimiento de Helena fue decisivo para que se produjera este cambio radical en mi carrera. La encontré en San Francisco una tarde de otoño. Me había sentado a la hora en que el sol declina en la terraza giratoria del Embarcadero Center, cansado después de un día vacío y tedioso, y estaba distraído, contem-

plando el atardecer neblinoso sobre la bahía cruzada por el enorme Bay Bridge, absorto en pensamientos seguramente melancólicos, cuando me desperté de mi letargo al ver cómo se aproximaba, ya a muy pocos pasos, una joven de unos veintitantos años (no llegaría a los veinticinco) con un cuaderno y una pluma estilográfica en la mano. De inmediato comprendi que se trataba, como hubiera dicho Chandler, de un sueño. Era alta y elegante; llevaba un abrigo largo negro y un vestido corto de color malva ceñido con un cinturón ancho de cuero, unos botines claros, una mirada azul, una larga melena castaña y rizada, un perfil delicado. Al principio me dijo que era de la revista *Sunset* y quería entrevistarme. Después, cuarenta y cinco minutos más tarde, declaró que no era periodista y tan sólo deseaba conocerme de cerca. Había leído mis novelas y *no le gustaban.* Pero dijo algo que me hizo considerarla en seguida como una mujer poco común.

—Creo que usted trabaja manejando tan sólo un buen oficio con el fin de «fabricar» libros de mucha venta; se autolimita porque en pasajes secundarios de sus novelas (esos que los lectores más triviales incluso se saltan) me parece apreciar una desolación extremada, un instinto para captar el misterio que sólo he visto en escritores de la talla de Poe o Fournier. ¿Por qué no se queda sólo con eso y deja de una vez sus pedantes historias de caballeros ambiciosos que desean escalar a toda costa la presidencia de los Estados Unidos?

Al principio no le di demasiada importancia a lo que ella dijo; defendí mi trabajo tal cual era entonces, pero con el paso de los meses, cuando regresé a Europa y ella se vino conmigo y dejó de ser mi secretaria para convertirse en mi increíble compañera (increíble por la diferencia que existía entre nuestras edades) reconocí que era exacto lo que me dijera en San Francisco. Confesé también que yo lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero la petición por parte de los editores de un producto que diera satisfacción

a los gustos de mi público, y mi propia pereza para abandonar un camino, si no fácil, al menos bien dominado, que tan sólo requería el esfuerzo de realizar un trabajo rutinario con orden, me habían impedido escribir según mis inclinaciones de los últimos tiempos.

Por eso, hace ahora dos años, seducido por la literatura fantástica, reuní una veintena de relatos de este género en un sencillo volumen de 170 páginas cuyo contenido sorprendió a mis masivos lectores habituales, acostumbrados como estaban a esas historias de hoteles, travesías y adulterios, tan infrecuentes como tediosas, que les había deparado regularmente hasta entonces.

Situémonos durante la primavera que trabajaba sobre este libro. Una noche de abril, tras haberme pasado el día mecanografiando la narración titulada *El nacimiento de Venus,* Helena y yo nos acomodamos en mi habitación de trabajo, sacamos una botella de kirsch, nos servimos dos copitas, encendimos unos Ducados y le di el cuento para que lo leyese.

Desde que estaba con ella había cambiado ligeramente mis métodos de trabajo. Siempre he escrito, en primer lugar, con pluma estilográfica sobre folios Parchemin. Corrijo después este primitivo original con la intención de obtener ya la forma definitiva. Entonces lo paso a máquina. Pero terminada esta fase, ahora le entrego lo escrito a Helena. Ella plantea nuevas sugerencias: advierte, por ejemplo, mínimos descuidos cronológicos que resultan, sin embargo, importantes; la ausencia de ciertas precisiones aclaratorias sobre algunas situaciones; errores de concordancia en periodos complicados y, sobre todo, abusivas insistencias de tipo descriptivo cuya eliminación provoca, sin duda, un desarrollo narrativo más airoso. Teniendo en cuenta estas aportaciones, procedo a un nuevo mecanografiado que es ya irrevocable.

El cuento que le entregué aquella noche es el que ocupa el sexto lugar en la primera edición del citado

volumen de narraciones fantásticas. En la segunda y última tirada ha sido suprimido tras un acuerdo unánime entre el editor y yo. Tiene lógicamente, un final insólito.

La acción se sitúa en una ciudad de provincias perdida en el centro de una región aislada y esteparia. Existen en la narración imágenes fugaces y sucesivas de un parque otoñal de tristeza suma, la consunción de un protagonista solitario incapaz de provocar amor entre sus semejantes, la escena decisiva del sepelio de una adolescente durante una tarde invernal donde confluye la innombrable desolación que embarga al jinete solitario cuando se aproxima a la mansión Usher en la narración de Poe. Las diez últimas líneas del cuento contienen un final inesperado, una revelación sorprendente y horrenda (que omito desvelar) relacionada con la presencia extraña en la ciudad de una mujer ambigua y hechizante, bella y misteriosa, tal vez perversa, a la manera de lady Macbeth o de las damas de Füssli, el inquietante pintor holandés.

Helena estuvo absolutamente prendida a la narración. Cuando terminó de leerla, permaneció en silencio iluminada a contraluz por la lámpara de mesa. Su gesto resultaba indescifrable. Consumió el cigarrillo releyendo algunos pasajes mientras yo esperaba su opinión.

—Has creado una fracción de tristeza que antes no existía —me dijo.

—¿Te refieres a la muerte de la muchacha?

—No me refiero a nada concreto, sino al alevoso tono general del cuento, a su indeclinable desolación, que provoca un deterioro súbito de las posibilidades para la dicha. Es como un emisor de congoja. *Existe, a partir de ahora, una unidad más de tristeza en el mundo. Los lectores se encargarán de multiplicarla.*

Permanecí callado unos momentos, extrañado, intentando comprender con precisión lo que ella acababa de decir. Me aterró por unos instantes una afirmación de aquella especie: «Existe, a partir de ahora, una unidad más de tristeza en el mundo. Los lectores

se encargarán de multiplicarla», que suponía, si era cierto, la evasión desde unos cuantos folios de una onda execrable de tristeza o desesperanza nuevas, como si se tratase de un germen desconocido y, por lo tanto, inatacable, capaz de producir una vasta desolación cuyos efectos atroces no eran previsibles. Sin embargo, en seguida juzgué del todo exagerada la opinión de Helena, que entendí, más que como una descripción objetiva la narración, como un juicio metafórico y sentimental. *El nacimiento de Venus* era uno más de los cuentos del volumen, no precisamente el mejor para mi gusto; especialmente melancólico, es cierto, pero que no traspasaba los límites de un trabajo literario de calidad estimable.

La aparición del librito estuvo contaminada por todos los episodios que organizaba el editor a la salida de cada trabajo mío: presentación del volumen en el salón de un hotel lleno de mujeres vistosas, tipos ágiles, flashes y entrevistadores con barba; una abrumadora tarde de firmas en unos grandes almacenes y una visita a televisión para ser exhibido como un sujeto que sabía muy bien lo que se decía, lo decía sin problemas y tenía un buen aspecto. Helena y yo nos emborrachamos la noche de la presentación en las cafeterías cremosas de la Gran Vía y terminamos enlazados por la cintura paseando por los jardines de Sabatini, sabiendo que éramos probablemente felices y el libro consistía tan sólo en una anécdota; advirtiendo en ella, sin embargo, bajo la sombra del palacio y pese a las cuatro o cinco ginebras con limón que nos habíamos tomado, una especie de desencanto o melancolía extraña, inadvertida hasta entonces desde el atardecer en que la conocí en San Francisco. Le pregunté «¿qué te pasa?», y ella contestó «nada».

Helena tenía razón. Durante la semana siguiente, la crítica destacó *El nacimiento de Venus* sobre todos los relatos del volumen, pero no a causa de su particular calidad o su brillantez formal, sino por algo mucho más extraño: se insistía en su capacidad de subversión y en su insidia, que todos los críticos rechaza-

ron con una especie de horror. No se trataba, como posiblemente interprete el lector, de subversión al modo que es entendida esta palabra por los políticos (evidentemente en la narración no se atacaba a las instituciones democráticas ni se ponía en duda la estructura de la sociedad actual). Esos críticos afirmaban que el lector de *El nacimiento de Venus* quedaba atravesado por una infinita estocada de desesperanza de nueva especie, tan intensa como para provocar en el alma de nuestros contemporáneos una desestabilización que resultaba peligrosa, subversiva en una palabra; una especie (siempre según los críticos) de perfidia metafísica que marcaba en los espíritus la certeza de que todo afán era inútil.

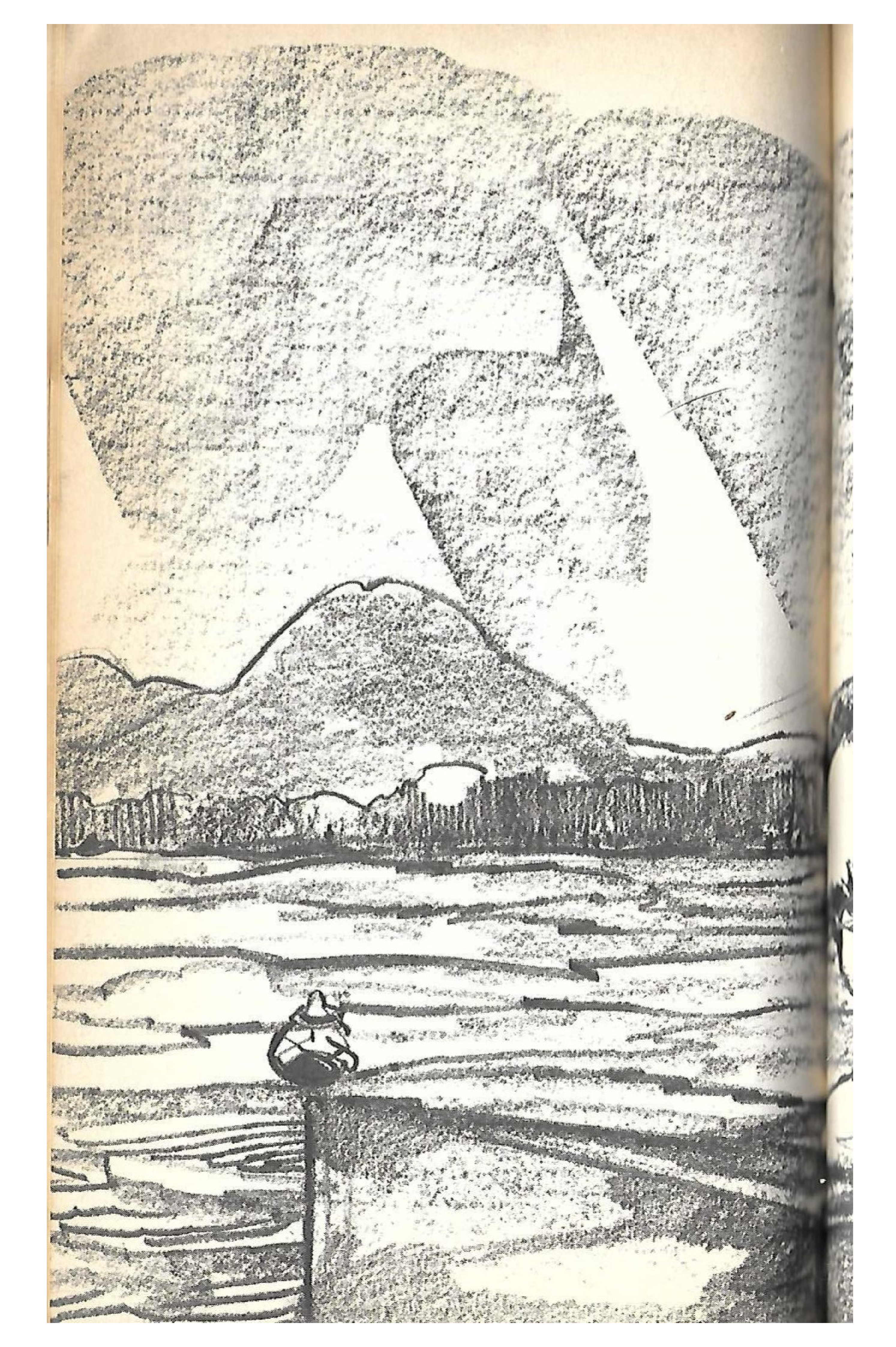
La primera edición de un millón de ejemplares fue agotada en seguida por otro millón de lectores inadvertidos, pero el editor me pidió que, para la segunda tirada, suprimiese del volumen *El nacimiento de Venus.* Así lo exigía cierto vago rechazo general detectado hacia una narración, me dijo, que no añadía nada particularmente brillante al libro y, sin embargo, quizá le restase venta en el futuro. No me importó. La gente leyó después el cuento eliminado en codiciadas copias tiradas a multicopista.

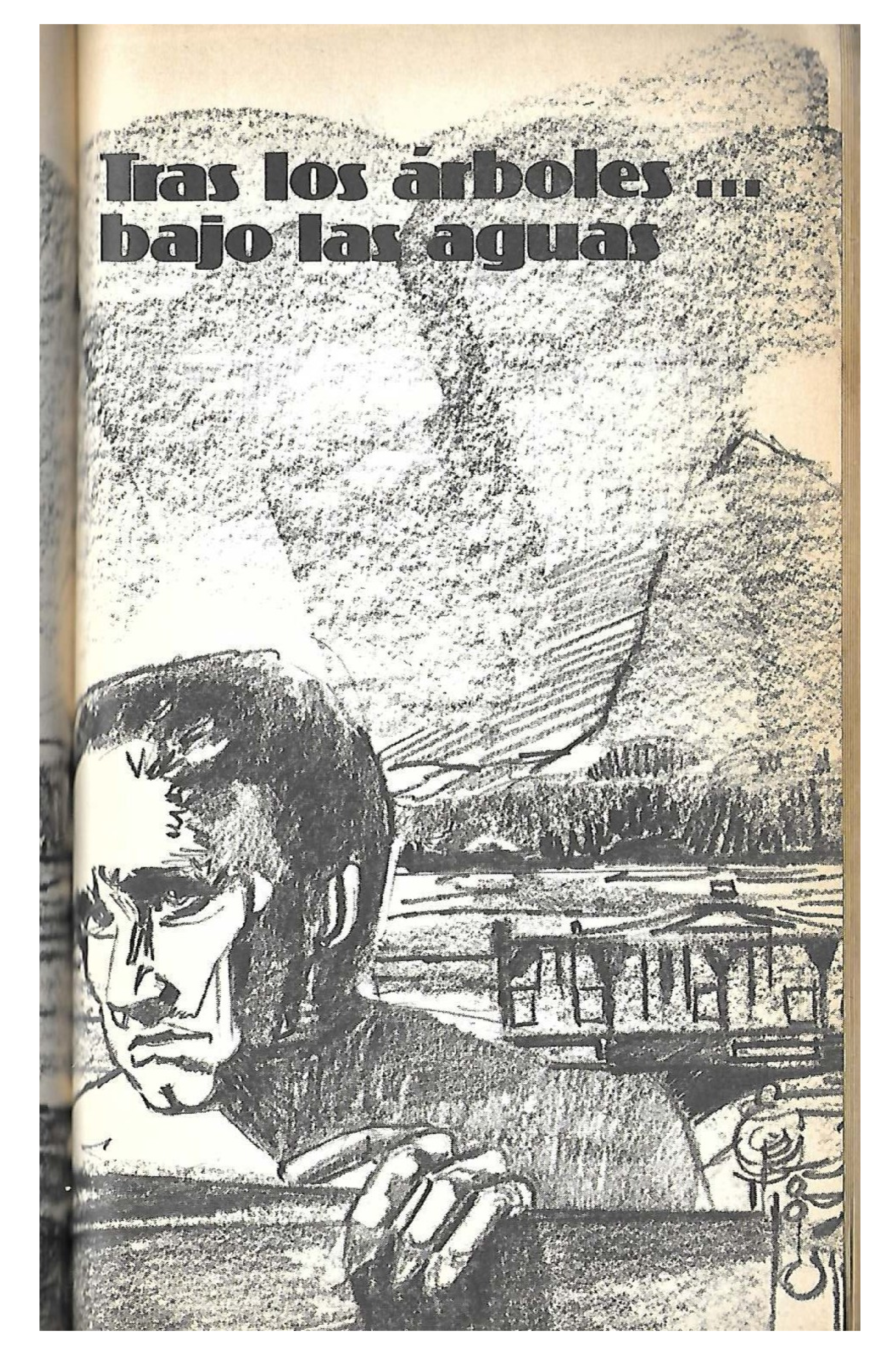
Desde entonces recibo muchas cartas de lectores alterados, advirtiéndome del peligro que supone para el espíritu saludable de nuestros coetáneos (según ellos), narraciones tan cargadas de maldad lírica como *El nacimiento de Venus.* Se entrevé en algunas de esas cartas veladas acusaciones de asesino metafísico y, desde la publicación del cuento, he creído notar en mis amables colegas escritores, así como en la prensa y el resto de los medios de comunicación, que antes me mimaban, un evidente rechazo expresado turbiamente, pero con firmeza. La venta de la segunda edición ha constituido un amargo fracaso, e incluso el estamento oficial, a través de diversos canales, ha expresado su repudio hacia una narración que juzga disolvente e inadecuada.

Tengo que decir, finalmente, que tras unos meses

de comportamiento depresivo, Helena me ha abandonado para marcharse a Colombia sin poder argumentar ningún motivo convincente. Ahora, en la soledad de nuestro piso, releo el cuento casi todos los días, intentando descubrir qué inadvertido yerro diabólico se ha introducido entre sus líneas capaz de provocar este hundimiento. No doy con ello. Después de cenar, para comprobarlo con mis propios ojos, paseo sobrecogido por una ciudad cada día más aciaga. Los cubos de basura se acumulan en las aceras y falta el alumbrado público en algunos distritos. Es muy frecuente escuchar el grito breve y desgarrado de un suicida que se arroja en la noche desde el piso alto de un inmueble sombrío. Se oye el prolongado llanto de niños, que parecen no ser atendidos por nadie, en pisos indeterminados de las calles solitarias. Muy pocos restaurantes abren ya por las noches y continuamente se cierran salas de espectáculos. Las ambulancias cruzan como fantasmas por las avenidas desiertas con una frecuencia que extraña. Dos de cada tres habitantes de esta ciudad han leído *El nacimiento de Venus*. Lo mismo ocurre en otros lugares. Sigue ocurriendo...






Tras los árboles ...
... bajo las aguas

Tras los árboles... bajo las aguas

Pedro Montero

Era hombre de gustos muy personales y aquel maldito papel pintado que decoraba las paredes le desagradaba sobremanera. Pero el alquiler del apartamento era realmente económico y, después de todo, no iba a quedarse a vivir allí toda la vida...



DEBO advertirle que una de las condiciones, que aparece claramente manifestada en el contrato, es que de ninguna manera ha de sustituirse el empapelado del piso, blanquear encima ni colgar cuadros o practicar orificios que pudieran perjudicar la decoración —explicó el empleado de la agencia—. Los propietarios tienen especial interés en que se preserve el papel de las paredes tal como se encuentra.—Manifestado lo cual, le entregó la llave para que pudiera visitar el apartamento.

Se trataba de una casa antigua y bastante espaciosa. Sus dueños, habiendo tenido que ausentarse durante algún tiempo, habían decidido alquilarla a fin de que alguien se cuidara de ella, pensando seguramente que los inmuebles abandonados se deterioran con más facilidad que aquellos que albergan algún habitante, aunque éste no sea extremadamene pulcro.

Pero aquella condición de no poder sustituir el papel de las paredes, aunque comprensible en unas personas que tenían la intención de volver a vivir en la casa en un plazo más o menos lejano, resultaba una imposición desagradable, especialmente en vista de lo extravagante de la decoración.

Un bosque y un lago.

La sala de estar, que hacía también las veces de comedor, tenía cubiertas sus paredes por un verdadero y espesísimo bosque. Pero sobre el papel adherido a los muros no había árboles estilizados o esquemáticos motivos florales repetidos hasta la saciedad, como es habitual en este tipo de decoraciones, sino que los cuatro tabiques que conformaban la estancia se hallaban ocultos por un denso arbolado, pintado de forma tan realista, que el observador situado en el centro de la estancia tenía la impresión de hallarse en el claro de un bosque.

En cuanto al dormitorio, sus paredes mostraban en toda su extensión las aguas de un tranquilo lago, y allá en el fondo de uno de los muros, precisamente en el que separaba aquella habitación del comedor podía verse en la lejanía, casi como una estrecha cinta verde oscuro, algo que semejaba los linderos del bosque que rodeaba la sala de estar.

El lecho, cuyas líneas tenían algo de bajel, permitían a la persona recostada en él hacerse la ilusión de que se encontraba navegando por las calmadas aguas del lago, alejándose o aproximándose al comedor, según la postura adoptada.

La impresión de realismo se acentuaba al contemplar el techo, decorado con nubes blancas en aquellas partes que no lo estaban por un azul que semejaba la bóveda celeste.

En realidad, Santiago no se sentía molesto por el hecho de que las paredes estuvieran ya pintadas, y admirablemente por cierto, sino que, autodidacta y con gustos muy personales en cuanto a la decoración, hubiera preferido ser él mismo quien decidiera qué motivos o cuadros debían cubrir la superficie de los muros. No obstante, en vista de lo asequible del alquiler y de la urgencia que le corría conseguir un apartamento, decidió quedarse con aquel.

Una de las principales causas que contribuyeron a que tomara la decisión de instalarse en la casa fue que, debido a que se trataba de un inmueble antiguo,

y solamente de dos plantas, la segunda de las cuales estaba al parecer deshabitada, la vivienda carecía de cualquier cosa parecida a un portero, conserje o vigilante, empleados cuya presencia, si bien puede parecer conveniente a la hora de ahuyentar hipotéticos desvalijadores de pisos, las más de las veces no son sino molestos testigos de vista e irritantes detectives privados al servicio de ninguna agencia como no sea la «auricula populi» del vecindario.

Así pues, libre de cualquier tipo de espionaje doméstico, Santiago decidió procurarse aquella misma noche una aventura de carácter sentimental.

—¡Qué oscuridad!

—Un momento —dijo Santiago que todavía no estaba familiarizado con los interruptores de la luz.

—¿Tú vives aquí? —preguntó la muchacha.

—Naturalmente.

—Podía ser la casa de un amigo.

Finalmente dio con el interruptor y la escalera se iluminó con la mortecina claridad de una bombilla.

—¡Qué tétrico! —comentó la muchacha.

Una vez en el piso, la joven preguntó por el cuarto de baño y desapareció durante unos minutos.

—¿Quién es éste?

Santiago regresó al vestíbulo donde la muchacha contemplaba un cuadro.

—No lo sé. Seguramente el dueño de la casa.

—No me gusta —sentenció ella.

—Yo soy quien tiene que gustarte, nena —repuso Santiago.

—Se parece a ti.

—¿Tú crees? —preguntó ligeramente molesto.

—Se da un cierto aire —comentó la muchacha—. ¿Y aquí qué pone?

Santiago se aproximó a la parte inferior del cuadro y leyó con cierta dificultad a causa de la débil iluminación:

—«Tras los árboles y bajo las aguas» —rezaba la leyenda inscrita en el marco.

La decoración arbórea del comedor arrancó una

exclamación de los labios de la muchacha, que aproximándose a las paredes, acarició con suavidad el dibujo alejándose poco después hacia el centro de la habitación para contemplar el bosque todo en derredor.

—Siento escalofríos —comentó—. Es una arboleda tan umbría que me hiela la sangre. ¿No te impresiona vivir igual que en el claro de un bosque?

—No tengo más remedio —repuso él—. Y al fin y al cabo no es tan trágico —añadió agachándose a recoger lo que creía un papel, pero que resultó ser una hoja seca que se deshizo crujiendo entre sus dedos.

—Está bien —manifestó la joven—. ¿Dónde está el dormitorio? —preguntó mirándole de hito en hito.

—Esa habitación te gustará más que el comedor —dijo Santiago indicando una puerta.

Ella se detuvo cerca de la cama y contempló las azules aguas y, allá en la lejanía, los linderos del bosque.

—¿De veras que te gusta? —preguntó girando sobre sí misma para abarcar todo el panorama.

—Figura un lago tranquilo con sus aguas azules. Y mira el techo.

—Esas aguas me parecen siniestras —manifestó la muchacha—. Y esas nubes, aunque no lo parezcan, son nubes de tormenta. Yo me crié en un pueblo y entiendo de esas cosas.

—Ven aquí —musitó él abrazándola. Ella se mantuvo tensa mientras él la besaba y siguió contemplando las paredes.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—¿Dónde?

—En el comedor.

—¿Quién quieres que haya?

—He visto una sombra a través de la puerta entreabierta.

—No hay nadie —replicó Santiago—. Compruébalo tú misma.

Salieron de nuevo al comedor, que en efecto se encontraba desierto, pero, aunque no lo confesó,

Santiago tuvo la impresión de que alguien acababa de esconderse, y quizá se sintió observado desde alguna parte.

—Ya lo ves —afirmó—. Ni un alma.

—Ni un alma... —repitió ella pensativa.

Regresaron otra vez al dormitorio e hicieron el amor no tan salvajemente como Santiago hubiera deseado, aunque ella procuró comportarse de tal modo que se hiciera acreedora a los emolumentos que habían fijado de antemano.

—Qué lejos está todo —musitó Santiago aspirando el humo de su cigarrillo.

—¿Lo has notado? —preguntó la joven. El la miró de manera interrogante.

—Mientras hacíamos el amor la cama se bamboleaba igual que si se tratara de una barca. Y los linderos de aquel bosque parecían alejarse —dijo ella arrepintiéndose al instante de no haber ocultado el distanciamiento propio de la costumbre.

—Yo también juraría que se ha movido —manifestó él queriendo aparecer ocurrente, pero en su fuero interno se estaba preguntando si lo que creía haber notado era fruto de su imaginación o únicamente resultado de los transportes amorosos.

Pretextando lo tardío de la hora, ella comentó que tenía que marcharse y una vez en el comedor, Santiago le entregó el dinero estipulado al tiempo que decía:

—Volveremos a vernos, ¿verdad?

—No me gusta esta casa, lo siento. No quiero volver aquí.

—¿Todavía piensas que había alguien espiándonos desde el comedor?

—Conozco a más de uno que paga entrada para gozar del espectáculo.

—Te juro que en esta habitación no había ni un alma —replicó.

—De eso estoy segura —musitó ella—. Ni un alma...

En el vestíbulo, la muchacha se aproximó de nuevo al cuadro y comentó:

—Ahora se me parece más a ti. ¿Ves esta pequeña arruga justo en el entrecejo? Es igual que la tuya —dijo pasando un dedo por la frente de Santiago.

El la ayudó a ponerse el abrigo, y mientras lo hacía, sus manos rodearon casualmente el cuello de la muchacha, y una voz le susurró desde alguna parte: «Mátala».

Una vez que la joven hubo partido, Santiago se detuvo unos minutos contemplando el cuadro del vestíbulo, en cuyos labios se dibujaba un rictus en el que no había reparado antes (¿una cierta sonrisa?) y consideró absurdo parangonar su rostro con el del caballero retratado. No existía el menor parecido.

Tomó un baño caliente y, tras beber un vaso de leche, permaneció leyendo durante cerca de una hora sentado en una butaca de la sala de estar.

En cierto momento creyó que se había abierto la ventana, porque una helada corriente de aire se posó sobre sus hombros como un gélido chal de escarcha, pero los batientes continuaban cerrados, y la falleba sólidamente echada.

Poco a poco le fue venciendo el sueño; el libro resbaló de sus manos, y se quedó dormido sobre el tapete de la mesa camilla. Entonces fue cuando los cuerpos sin alma, desprendiéndose desde detrás de los árboles de aquel sombrío bosque rodearon al recién llegado en silencio y se miraron entre sí inexpresivamente, pero con propósitos muy definidos.

En medio de la noche, Santiago, con el cuello dolorido a causa de la incómoda postura, fue despertándose. Estaba aterido de frío, sus cabellos se encontraban revueltos igual que si un gran vendaval los hubiera enredado y entre las páginas del libro encontró unas briznas de hierba.

Se cepilló los dientes con desgana y al ir a echar el pestillo de seguridad, reparó nuevamente en el cuadro colgado en el vestíbulo y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Podría jurar que el parecido entre sus propio rostro y el del hombre del cuadro se hacía cada vez mayor. ¿Es posible que una pintura llegue a

modificarse —pensaba—, o sería tan sólo efecto de la iluminación desfavorecedora?

Descolgando el espejo del cuarto de baño, lo colgó junto al cuadro para verificar una más exacta comprobación, pero sospenchando que no iba a gustarle el resultado de aquel parangón, no se atrevió a mirarse en el espejo y se acostó.

Apenas le rindió el sueño, creyó sentir la misma sensación que se experimenta cuando una barca se separa del muelle y, balanceándose suavemente, se dirige hacia la embocadura del puerto. Una brisa suave acarició su rostro, y Santiago se envolvió inconscientemente con las mantas mientras se sentía acunado por una suave movimiento de vaivén.

En cierto momento se revolvió inquieto y abrió un segundo los ojos percibiendo entre sus sueños que se hallaba bajo un cielo estrellado. Y en aquel mismo instante, quedó suspendida momentáneamente toda la actividad que apenas había comenzado a iniciarse en el cuarto vecino.

Al instante siguiente, Santiago volvió a sumirse en un profundo sueño, del que sin duda formaban parte la bóveda estrellada y el vaivén de las olas, y en aquel mismo punto los cuerpos sin alma reanudaron la lastimosa pugna para desentramarse de las ligaduras vegetales.

Presa de dolorosas contracciones y de retorcimientos casi inverosímiles, se fueron desprendiendo de la naturaleza vegetal. Sus miembros dejaron de ser uno con los verdes bejucos y sarmientos, sus troncos se arrancaron de los de los árboles, y sus indescriptibles pies, guadañas de sí mismos, se segaron de la verde hierba que los aprisionaba.

Tambaleándose, igual que la bestia recién nacida que en aquel mismo instante aprende a mantenerse en pie, los cuerpos sin alma se detuvieron brevemente deseosos de poner los ojos en blanco a causa de los inverosímiles tormentos necesarios para desprenderse de la engañosa decoración, pero sus cuencas, que ojalá hubieran estado vacías, no permitían que

aquella nauseabunda masa adoptara aquel gesto con que los verdaderos humanos expresan el más amargo sufrimiento.

Uno a uno se fueron congregando en el vestíbulo rodeando el cuadro, y con lo que quizá pudieran calificarse de gemidos lastimeros, rindieron extraña pleitesía al señor de la casa allí representado, y observaron, no con los ojos, puesto que en su lugar palpitaba una gelatinosa y babeante masa, que los rasgos de su dueño y señor iban difuminándose para dar paso a los del nuevo habitante de la casa.

Cuando se despertó por la mañana, Santiago se sentía muy débil y, dirigiéndose al cuarto de baño con la intención de examinar el estado de su rostro, que suponía muy pálido, recordó que había colgado el espejo en el vestíbulo.

Sin atreverse siquiera a contemplar el cuadro, emplazó el espejo en su lugar habitual y comprobó que, en efecto, bajo sus ojos había sendos cercos de intensa lividez, lo que contribuía quizás a acentuar lo pálido del color de su tez. Su estómago, además, se encontraba revuelto, y todo su cuerpo se tambaleaba al andar, como el de aquel que, no estando acostumbrado, desembarca después de un prolongado paseo en bote.

De pronto, una idea cruzó por su mente, una intuición y encaminándose al dormitorio, abrió la puerta de par en par: el lecho con forma de bajel, varado en medio de la estancia, con las sábanas revueltas al igual que velas arriadas le recordó la nocturna y soñada singladura cuyo decurso había interrumpido al despertar con el estómago revuelto. Y seguro de que iba a encontrar lo que buscaba, alzó las mantas y tanteó debajo de la cama, precisamente junto a las barras que sostenían el somier. Allí estaban, como había sospechado: tallados en madera blanca y después suavemente torneados, sujetos a los bajos del lecho, había dos remos.

* * *

—El otro día no estaba aquí este espejo.

—Lo cuelgo ahí de vez en cuando para ver si es verdad, como dijiste, que me parezco al personaje retratado.

—Compruébalo tú mismo —repuso la muchacha—, no es porque yo lo diga, pero para mí que sois parientes cercanos.

—Cada vez más cercanos —musitó él.

—¿Qué...? ¿Y dices que es el dueño del apartamento?

—Lo imagino tan sólo.

—Es curioso —comentó la joven con gesto de evocar un recuerdo—. Yo tenía una compañera de la que se enamoró un argentino, y tanto la quiso que se casó con ella. Ya ves tú —prosiguió melancólica— al cabo de unos meses nos volvimos a ver y hablaba exactamente como su madrido, se le había contagiado el acento.

—¿De veras?

—Con esto quiero decirte que debe ser verdad eso de la gran fuerza de los sentimientos— intentó ironizar, pero sin conseguirlo—. El cariño hizo que se aficionara a los gustos de él, pero lo del acento...

—La voz tiene mucho poder. Quién sabe de dónde surge, aunque la gente cree que de la garganta —comentó Santiago pensativo.

—¿Y no es verdad?

—En absoluto. La palabra es como un líquido que se vierte por el embudo del oído y va a caer directamente dentro de las almas, que es de donde ha surgido.

—¿Y los desalmados? —preguntó la muchacha distraídamente.

—Esos no tienen voz —repuso lúgubre Santiago.

—¿Quiere decirse, entonces, que aquellos que carecen de voz, por ejemplo, los mudos, tampoco tienen alma?

—Al contrario. Más bien podría decirse que la palabra en ellos se ha metamorfoseado. Los sordomudos, por ejemplo, emiten las palabras con los dedos,

sacudiéndoselas, como si con las manos continuamente recién lavadas, nos salpicaran con una lluvia de vocablos que nos empapa el ojo, que es un paraguas que en vez de rechazar los aguaceros los recibe con liberalidad y los filtra hasta el alma, la cual se comunica con los otros a través de los sentidos.

—Entonces en mi oficio no puede haber gente desalmada, porque yo empleo continuamente los sentidos al hacer el amor. Por ejemplo, contigo. Me gusta verte, tocarte, gustarte... ¿Cómo puede haber gente tan cruel que nos llame desalmadas?

—Hablan por boca de ganso, o son como esas aves que aprenden a articular palabras sin saber lo que dicen. Así, lo mismo que los loros, que como no tienen alma, emiten los vocablos desde la garganta, esas personas, si es que tienen espíritu, lo tienen tan petrificado que son incapaces de vibrar alegremente para formar palabras. Esas gentes hablan con la garganta.

—Es curioso —comentó la muchacha mientras fijaba sus ojos en el cuadro—. Está tan bien pintado que es como si de un momento a otro fuera a hablar.

—No creo que pudiera —repuso Santiago esquivando la mirada del personaje representado en el lienzo—. Y... —se interrumpió.

—¿Qué?

Santiago enrojeció al advertir que el aire permanecía estancado en sus pulmones. Durante unos instantes no pudo articular palabra, y realizando un gigantesco esfuerzo, consiguió finalmente decir:

—Nada.

—Es curioso —comentó la muchacha—. Durante estos instantes en que has permanecido callado he notado como si el señor del cuadro se pareciera más a ti. Ha sido como un salto.

Santiago seguía confuso sin atreverse todavía a creer que, mientras momentáneamente había perdido el uso de la palabra, una voz, no surgida del alma, sino de una garganta, y ni siquiera humana, le había susurrado con urgente insistencia: «Mátala, mátala».

—Tienes razón —comentó él ofreciendo una copa a la muchacha—. No me gusta esta casa. Al principio me pareció curiosa por la decoración, y debo confesar que el precio del alquiler es sumamente barato, pero ahora me siento inquieto en ella...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la joven.

—¿El qué?

—Me ha parecido ver como si un viento agitara las copas de esos árboles.

—Se trata de árboles pintados —dijo Santiago intentando tranquilizar a la muchacha.

—Ya lo sé, y sin embargo... Es como si alguien estuviera espiándonos desde detrás de esos inmensos troncos —repuso ella abandonando los brazos de Santiago—. Tenía esa misma sensación en... bueno, en una casa donde trabajé, hasta que descubrí que la jefa alquilaba a algunos pervertidos sitios detrás de un espejo trucado, que gozaban mirándome hacer el amor con un hombre.

—Pobrecillos...

—Qué generosidad la tuya... Aunque quizá tengas razón; pobrecillos. Gozando por delegación y condenados, Dios sabe por qué, a esconderse continuamente detrás de los espejos... Eso no es vida. Qué tristeza... ¿No has oído un gemido de dolor? —preguntó la muchacha poniéndose tensa de repente.

—Ha sido el viento fuera —repuso Santiago no muy convencido.

—«Tras los árboles y bajo las aguas» —rememoró ella.

—Ignoro lo que significa. Respecto a lo que me has dicho de tu amiga la argentina... Sospecho que las identificaciones pueden no ser sólo consecuencia del amor, sino también del odio.

—¿Del odio? —repitió la muchacha.

—Claro —manifestó Santiago—. Del mismo modo que tu amiga, de manera inconsciente, ha llegado a imitar el acento de su esposo, cosa que puede ser considerada como un acto de amor, así también, hay quien adopta el tono de hablar de otra persona o re-

meda sus gestos únicamente para burlarse de ella, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó la joven.

—El peor de los casos puede ser el vudú, por ejemplo, en el que se llevan a cabo ciertas prácticas de hechicería sobre una imitación del individuo. Por eso temo...

—¿Qué es lo que te asusta?

—No lo sé con certeza, pero no resulta tranquilizador darse cuenta de que alguien, el protagonista del cuadro en este caso, está imitando mi rostro.

—¿De veras que no es pariente tuyo?

—Temo que aspira a serlo por vía de una fatídica adopción, cuya naturaleza no se me alcanza de momento.

—No te entiendo.

—Es... —quiso decir Santiago, pero de nuevo el aire se estancó en sus pulmones y su garganta permaneció a la espera del necesario soplo que es la vía por donde circulan las palabras. Su barbilla tembló a causa del esfuerzo, y sus labios adoptaron la forma conveniente para modular el sonido, que hasta después de unos segundos que le parecieron horas, no surgió de su laringe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—...Nada —consiguió articular él dificultosamente, y temiendo que la muchacha le hiciera una nueva pregunta, y que la voz no acudiera a sus labios, la besó con desesperación.

Entonces fue cuando, por tercera vez, una voz desalmada susurró a sus espaldas: «Mátala, mátala».

Apartando las sábanas con verdadera rabia, Santiago casi arrojó a la joven sobre la cama y comenzó a abrazarla apasionadamnete, y ella, que a fuerza de entregarse había ya aprendido a adoptar los gestos del amor y a lanzar suspiros de fingido placer, experimentó por vez primera en muchos años la doliente dulzura de lo verdadero.

Así embarcados en el furioso combate del amor, no advirtieron que el bajel sobre el cual se debatían,

abandonaba la orilla y adaptando sus necesarios balanceos a los de sus propios cuerpos, se fue adentrando en la inmensidad de las aguas azules.

Y apenas el flotante lecho se alejó de las costas de la sala de estar, todo el bosque pintado en las paredes fue agitado por una ráfaga de viento helado, y detrás de las formas vegetales comenzaron a desentumecerse otras formas, que, en puridad, no podrían ser calificadas como formas de vida, sino, más bien, como formas de muerte.

Los mudos y desalmados cuerpos, sometiéndose a los torturadores esfuerzos imprescindibles para recobrar, tan sólo momentáneamente, su propia identidad, fueron desentramándose de la engañosa floresta. El inmensísimo dolor provocado por los inverosímiles retorcimientos y las descoyuntantes posturas, hubiera provocado lastimeros ayes de sufrimiento si la voz pudiera todavía acudir, desde el negro agujero que había dejado la ausencia de sus almas, hasta la corroída garganta y los inexistentes labios.

Así y todo, se oía como un rechinar de dientes, aunque no los había, y un tabletear de descarnados huesos puestos al descubierto. Las hórridas figuras, en lentísimo y lúgubre ballet, y a fuerza de increíbles contorsiones, conseguían arrancarse a sí mismas del denso boscaje e iban poniendo pie, por decirlo de forma comprensible, sobre el suelo de la sala de estar.

Una vez congregados, los espantables cuerpos sin alma, formando un semicírculo, en cuyo centro se encontraba el cuadro del vestíbulo, se hincaron de rodillas, si así pudiera semejante postura ser descrita, y adoraron con temblorosos movimientos el retrato del dueño de la casa, cuyos rasgos, ya casi difuminados, dejaban paso al rostro del último inquilino.

Ajeno a cuanto sucedía en la sala de estar, Santiago continuaba navegando furiosamente sobre el cuerpo de la muchacha, cuando, de pronto, al arribar al puerto del placer, advirtió que se encontraba muy lejos de la orilla. El bajel-cama se balanceó peligrosa-

mente, y el azul cielo se tornó oscuro y borrascoso.

Santiago se incorporó espantado y vio que estaba rodeado de procelosas aguas que comenzaban a picarse a causa de las furiosas ráfagas de viento que se cernían sobre aquel dormitorio de pronto convertido en lago.

Las sábanas eran agitadas por el huracán como velas desprevenidas que unos segundos antes se hubieran encontrado al pairo. La cabecera, cual roma proa, recibía de plano la fuerza de las olas y se sumergía peligrosamente a cada embate. La cama toda, o el bajel, se encontraba a merced de la tormenta inexplicable en aquel pintado lago.

De súbito, como sumándose a los silbidos de las ráfagas huracanadas, una voz que no podía serlo, un grito desalmado, un alarido exánime clamó junto al oído de Santiago: «Mátala, mátala».

El intentó zafarse de aquella incomprensible e inhumana articulación. Miró a la muchacha y vio que, espantada, se asía fuertemente a los costados de la increíble nave.

«Mátala, mátala», repetía átonamente aquella mugiente ráfaga y la siguiente racha del vendaval sugirió: «Aplaca la tormenta. Aquieta las furiosas aguas. Sacrifica a una nueva Ifigenia».

Ya a punto casi de naufragar, Santiago fijó su mirada en la joven, agazapada y con la cabellera revuelta por los dedos del viento. Sus manos descendieron hacia ella, y con súbita furia, intentó separar a la muchacha del navío haciendo fuerza para desenclavar sus dedos que se asían a las barras metálicas de la cabecera.

Ella se resistió, pero Santiago, dotado de un ímpetu infernal, fue doblando los dedos de la joven hasta descoyuntarlos y partirlos, y cuando ya tan sólo el índice y el pulgar de la mano derecha sostenían a la aterrorizada mujer, la empujó brutalmente, consiguiendo que la infeliz se precipitara en las procelosas aguas que la acogieron con avidez.

No satisfecho con abandonarla a aquel cruel destino, Santiago sujetó la cabeza de la joven y la man-

tuvo sumergida hasta que los dedos de ella, que habían vuelto a engarfiarse en el bajel, a pesar del horrible descoyuntamiento a que habían sido sometidos, perdieron fuerza y se desasieron. En aquel mismo instante el cuerpo de la muchacha se hundió bajo las agua, que, casi al punto, se tranquilizaron aquietándose como por ensalmo. El viento se calmó y las tormentosas nubes se rasgaron, alejándose hacia los confines del horizonte y dejando paso a un cielo pintado de azul.

Recordando el emplazamiento de unos útiles que nunca pensó que podrían ser usados, Santiago sumergió sus manos bajo los costados de la cama-bajel y extrajo los dos remos, y sujetándolos a sendos pivotes soldados a los largueros del lecho, remó con todas sus fuerzas hacia la casi invisible línea oscura que constituía los linderos del bosque.

Bogó y bogó desesperadamente, hasta que en recompensa a sus esfuerzos y sin saber exactamente cómo, se halló súbitamente en tierra firme, si de tal modo pudiera ser calificado el piso de la alcoba.

Desembarcó del lecho con pie vacilante, considerando que ya se encontraba a salvo y se precipitó hacia la puerta del comedor con el firme propósito de abandonar definitivamente aquella casa, ignorante de que, del mismo modo que los parientes y amigos esperan ansiosamente a quien acaba de desembarcar, así también, aunque muy diferentemente, era esperado él por los que ya se consideraban familiares suyos en virtud de un incompresible rito de adopción.

Apenas traspasada la puerta de la sala de estar, se vio rodeado por la más horripilante cofradía de cuerpos sin alma que, alegrándose por su arribada, creían sonreírle, cuando lo que se dibujaba en sus siniestros rostros no era sino una demoníaca mueca sin sentido.

De igual modo que, en ciertos puertos de la tierra, los nativos reciben a los recién llegados colgando de sus cuellos hermosos collares de flores, así también, los macabros cuerpos sin alma se colgaron del cuello

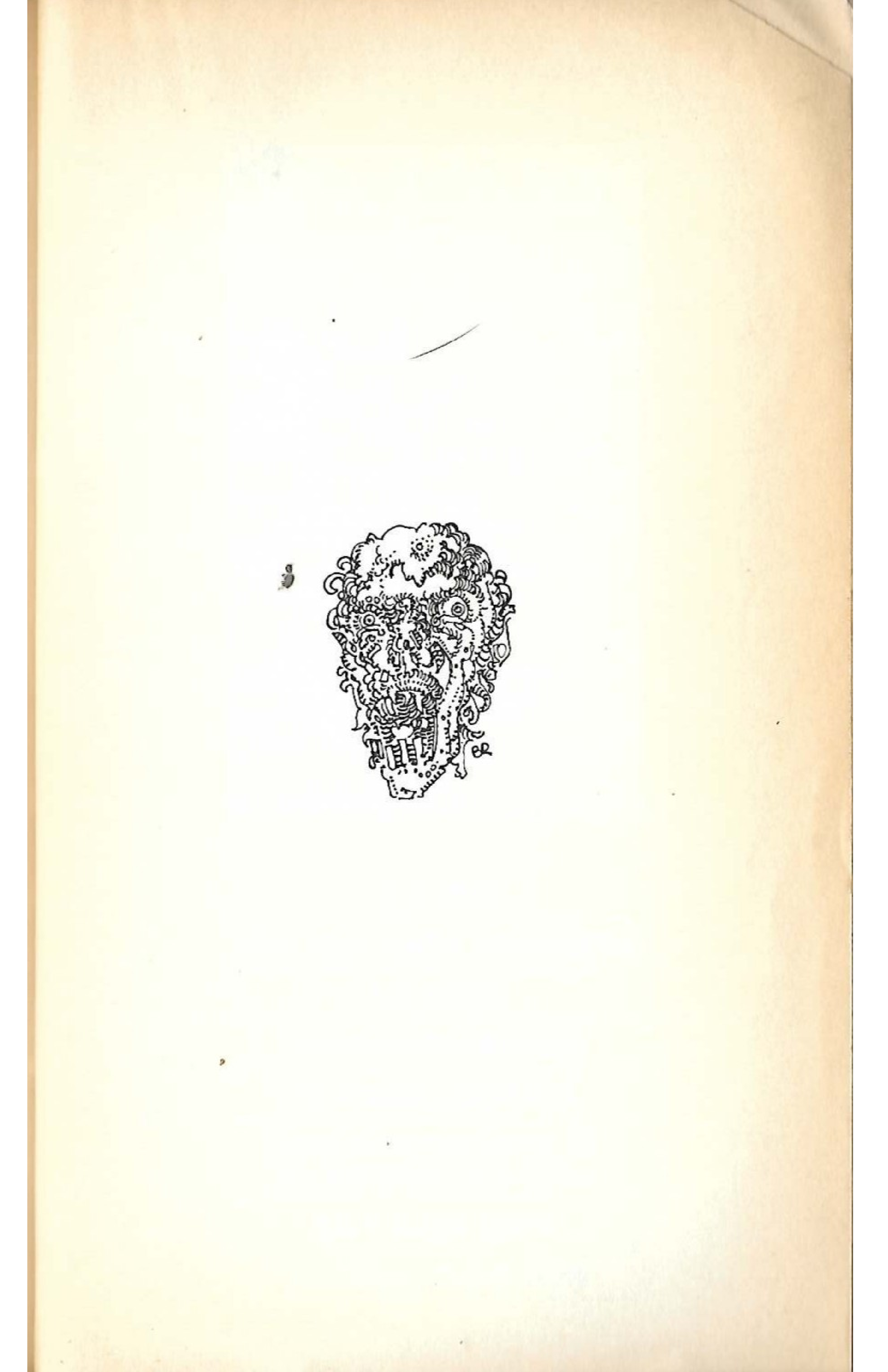
de Santiago y rodearon su garganta con pintadas lianas y bejucos, que sin remedio iban estrangulándole.

Bailando a su alrededor con torpes y vacilantes movimientos, se fueron internando en el vegetal entramado de los muros y arrastraron consigo al infeliz inquilino, el cual, una vez que se vio oprimido contra la pared, pensó que iba a perecer aplastado, pero el destino le guardaba una última sorpresa, porque, poquito a poco, al mismo tiempo que su alma se iba desprendiendo, su cuerpo fue entrando en la pintada selva sin más dificultad que la de sufrir horrendos dolores y una diabólica transformación.

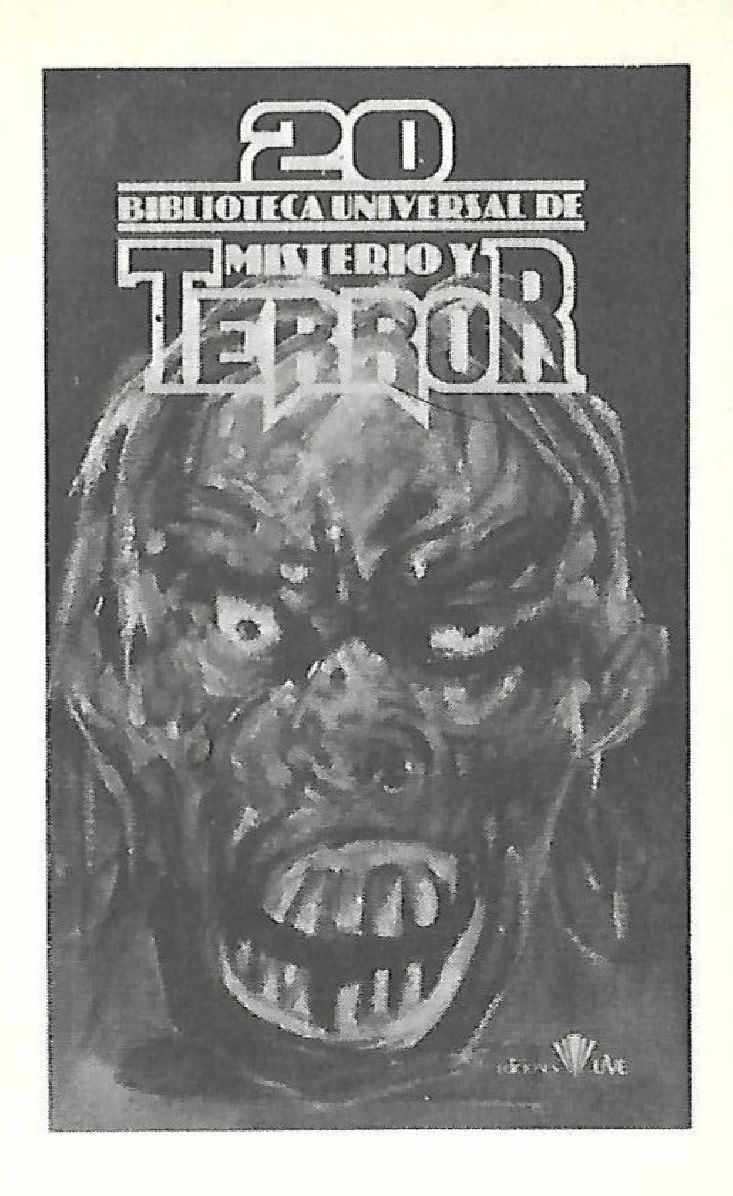
Cuando tan sólo una mano sobresalía de la fingida y vegetal pared, el alma huyó definitivamente de aquella ominosa región donde tan sólo los cuerpos pueden permanecer, y aún así a costa de resultar para siempre ya irreconocibles. El que había sido Santiago se integró en la corteza de los árboles, se fundió entre la pérfida floresta y hundió sus raíces entre la verde y venenosa hierba. Y, como el resto de sus cadavéricos acompañantes, deseó con el vacío y negro hueco que había dejado su alma, que otro nuevo inquilino arrendara la casa, a fin de obtener la posibilidad, aún por breves momentos, de abandonar aquel infierno verde.

A los pocos instantes de estos extraños, pero no por eso menos ciertos sucesos, el piso volvía a recuperar su apariencia habitual. El cuadro del vestíbulo mostraba el busto de un desconocido caballero, seguramente el dueño de la casa, la cama yacía inmóvil en medio de la pintada alcoba, y los árboles dibujados con asombrosa fidelidad sobre el papel del comedor, habían adquirido un cierto aspecto amable.

No obstante, en el fondo de la bañera, repleta de agua hasta los bordes, yacía el cuerpo sin vida de una joven ahogada.



PROXIMA APARICION



LA SED

CON LOS OJOS ABIERTOS

LA CENA

MARIA DIOLINDA

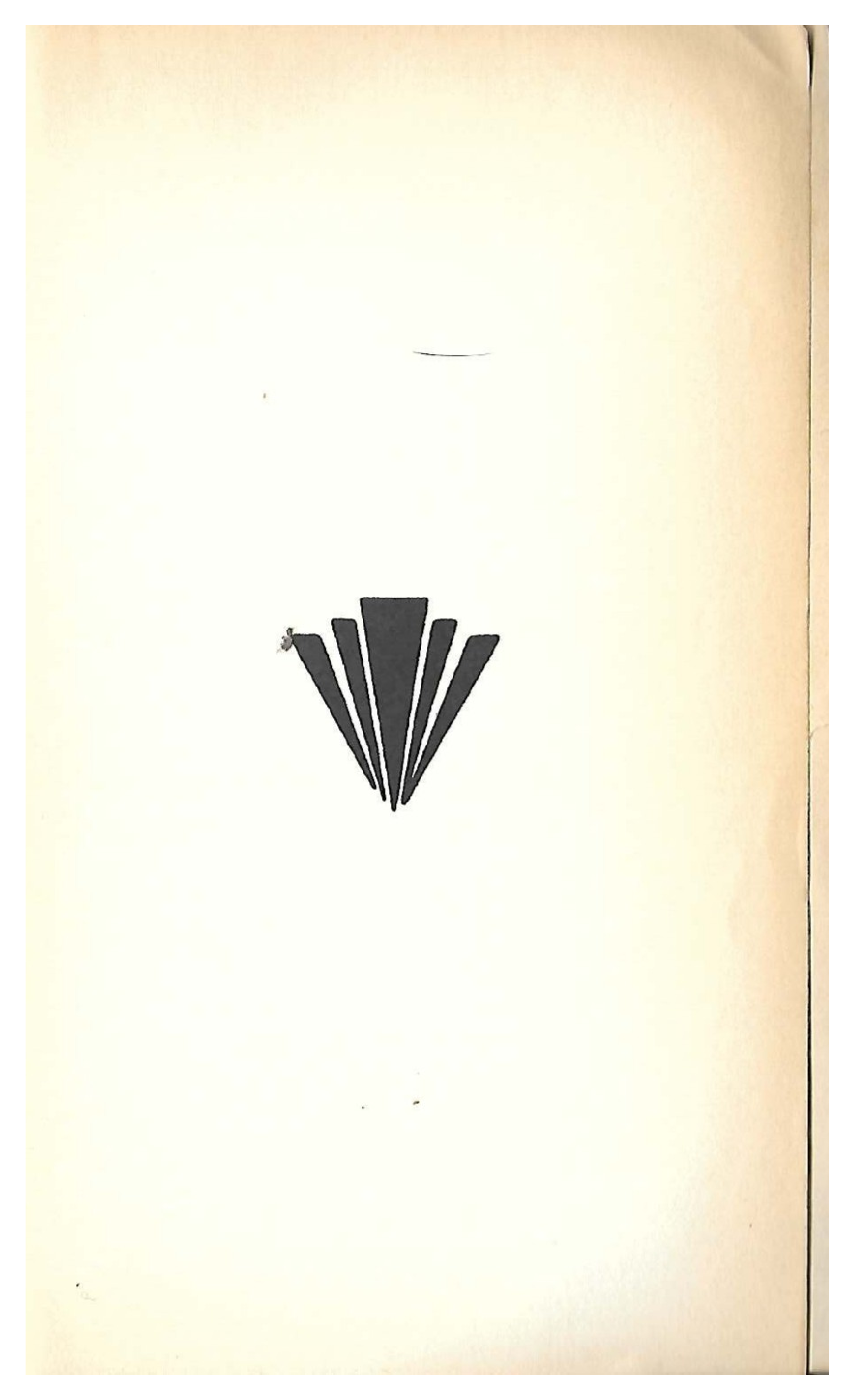
EL EMPAREDADO

ENCANTAMIENTOS EN
LA FRONTERA U.S.A

LA CABELLERA

EL POZO PINTADO





RR 19

LOS HORRORES DEL CASTILLO DE MAGSON

LA CANA

EL JARDIN JAPONES

LOS SUCESORES

OPERACION DRACULA

EL NACIMIENTO DE VENUS

TRAS LOS ARBOLES ... BAJO LAS AGUAS